SILVIA PLAGER
ELSA FRAGA VIDAL

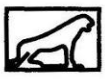
Nostalgias de Malvinas

María Vernet, la última gobernadora

SILVIA PLAGER

ELSA FRAGA VIDAL

Nostalgias de Malvinas



Javier Vergara Editor
GRUPO ZETA

Barcelona / Bogotá / Buenos Aires
Caracas / Madrid / México D.F.
Montevideo / Quito / Santiago de Chile

Diseño de tapa
Raquel Cané

Diseño de interior
Verónica Lemos

© 1999 Silvia Plager y Elsa Fraga Vidal
© 2000 Ediciones B Argentina s.a.
Paseo Colón 221 – 6º - Buenos Aires - Argentina

ISBN 950-15-2051-X

Impreso en la Argentina / Printed in Argentine
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Esta edición se terminó de imprimir en
PRINTING BOOKS - General Díaz 1344
Avellaneda – Prov. de Buenos Aires, Argentina,
en el mes de octubre de 2000.

A María Sáez de Vernet, que merece
estar en la historia por su valor, y porque
el registro de sus días en Malvinas
reafirma una pertenencia.

LAS AUTORAS

…Y entonces, madre, cuando el ancho río de la infancia quedó atrás y no hubo más que costas bajas, recortadas y solas y un mar inmenso que deja en la boca un gusto salobre, casi amargo, en cada golpe de ola, pensé mucho en usted.

Pensé en usted también, madre, en las tormentas cuando, desde mi cabina, oía rugir aquellos muros de agua, tan temibles como esos seres que habitan en sus profundidades y que amenazaban tragarse la goleta…

1

No hay peor cielo que el mar.

Desde adentro, María Vernet, mira hacia afuera, ese afuera desconocido como la pesadilla por venir. El piano, objeto desmesurado, es un amigo que ha llegado de lejos para hacerle compañía. Tendrá que inventar acordes que armonicen con el viento, las olas de ruido cóncavo y el horizonte lejano y distinto.

El tiempo, ese espacio engañoso, le dice que hace sólo cuatro días que ha llegado a las islas. Mañana ha de cumplir con sus deberes de gobernadora. Luis Vernet, su marido, comandante político y militar de las Malvinas por orden del gobierno de Buenos Aires, le ha encomendado la organización del primer acto cultural. Tiene miedo. Su embarazo, y su poca salud, quizá defrauden a aquellos que esperan que la velada se parezca a las de Buenos Aires.

Ya nada podrá ser como en Buenos Aires. Deberá crear nuevas formas: nuevo paisaje, nueva y dura vida.

Piensa en lo dulce de ciertos frutos de piel áspera, el amor de Luis y su sueño empecinado, que él le ha explicado muy bien. No es su propósito hacer de Malvinas un remedo de la capital; la misión de ellos es crear las condiciones para que este grupo de cien personas se duplique y haya gente que quiera venir. Espera que la música de su piano, el canto, y la biblioteca en varios idiomas que han traído, ayuden.

A pesar del mal tiempo han desembarcado las provisiones y los muebles. Mañana estrenarán las nuevas habitaciones que les prepararon. Abrigada por los edredones y el fuego de la chimenea de hierro, anhela poder dormir.

Oye el llanto de Sofía. Corre hacia la habitación contigua pero se detiene en la puerta. Los niños deberán acostumbrarse a la nueva ama. Todos deberán acostumbrarse.

Toma el velón, se acerca al escritorio y, de uno de los cajones, extrae su diario.

Mientras el viento se arremolina bajo los aleros y nubes oscuras comienzan a llover astillas de hielo, María Sáez de Vernet, escribe.

Cuatro veces en los largos cuatro días, escribió en él. Pocas palabras: las necesarias. Y muchas, acalladas, como corresponde a una dama patricia.

Sopla sobre la llama. Es un soplido de alivio. Ésta será la última noche en que dormirán en el cuarto que Emilio Vernet, su cuñado, les ha cedido.

Inmóvil, aún despierta, cree estar otra vez en el barco. Se aferra al larguero de su cama. ¿Es el vaivén de mar abierto o el de la silla en la que, en andas, la condujeron hasta las casas? Tiene la boca seca; añora el puñado de frescura que alguien, al pasar junto a una barranca cubierta de nieve, le alcanzara como ofrenda y buen augurio. Una bufanda de lana, cedida por un marinero, le abrigó la cabeza. Rememora el viaje: la única vez que pudo asomarse a cubierta en los quince días, Luis la había arrebujado en su paternal capote. Piensa en los vestidos de gasa y muselina que ya no usará, en el barro que festoneará los ruedos de sus faldas, y en la mirada de su marido, ahora ausente de aquel tierno deseo que la acompañaba aún cuando él estaba lejos.

Su mano se desliza sobre las sábanas, otra nieve.

Oye el silencio. Felizmente no hay llanto de niños: Luis Emilio y Luisa, los mayorcitos, extrañarán las comodidades y el regazo de la abuela. Sofía, que durante el viaje la rechazaba por verla siempre en cama, ahora sólo quería estar con ella. Si hasta el día de su llegada, en el abrazo con su hermano Loreto, que la había antecedido en las islas, hubo de dejarla entre los dos, casi ahogándola.

Los ojos se le cierran. Mañana, 20 de julio de 1829, su quinto día en Malvinas, abrirá su casa, y tocará el piano.

2

El aroma de los bizcochos de anís aventa el aire húmedo, y el galpón, devenido en sala de recibo, ya no parece tan desnudo.

Esa noche se gastarán más velas que en toda una semana. Los bancos de madera contrastan con las sillas tapizadas en damasco y el sillón de gobelinos, que intentan devolverle su casa porteña.

Contempla el grabado con la imagen de sus padres. La nostalgia es como el mareo en alta mar, muerde la boca del estómago. Recomponerse resulta imprescindible.

En la apacible corriente de los afectos y la repetición de los actos mundanos, recibir era algo sencillo. ¡Qué distinto ahora! Desea con fervor estar a la altura de sus deberes. Teme que su fragilidad le impida soportar la velada. Loreto le ha dicho que pronto estará igual de saludable que él.

Como invocado, su hermano entra con una ráfaga de aguanieve. La toma de la cintura, y la levanta con cuidado.

—Qué bien huele aquí, hermana.

—¿Cantarás hoy, Loreto?

—Por supuesto, y lo haré con Emilio, si es que tocas el piano.

—Se lo he prometido a Vernet. Aunque casi no he podido dormir, y mi voluntad sería retirarme pronto.

Loreto quiere ver a sus sobrinos. María le pide que entre en el cuarto sin hacer ruido. Le ha ordenado al ama que les dé de comer antes de lo acostumbrado. Aquí anochece temprano, y no será difícil convencer a los niños de que ya es tiempo de ir a la cama.

La oscuridad prematura es un pozo.

Pero la luz de las velas, la buena lectura, la música y las tertulias, tal vez logren penetrar en ese túnel que comienza a abrirse cuando el sol se oculta.

Sobre una mesa de arrimo improvisada están las copas para los licores, y en la otra, cercana, los vasos de peltre que han facilitado los colonos.

La negra Gregoria trae un plato con pastelitos de guayaba para que su señora los apruebe: todo un lujo en las islas, con el dulce y las grageas traídas de Buenos Aires. La golosina es un ramalazo de su antigua vida. Se los comería todos.

Luis Vernet felicita a su mujer. Los colonos estarán encantados. También él lo está.

Se acerca a la chimenea, aviva el fuego y se frota las palmas. Enseguida llegará su hermano Emilio con las partituras. Vernet opina que no vendría mal tocar una polka para animar a aquellos que, acosados por las dificultades, tal vez se cohíban o entristezcan. En Buenos Aires comenzaban a ponerse de moda las vidalas y los cielitos. Sería apropiado alternar los *lieds* con la nueva música.

Emilio entra con ánimo entusiasta, cuelga el capote y abre el piano, invitando a su cuñada con ademán galante.

—Todo saldrá bien —le dice.

Los alegres acordes de una mazurca reciben a los primeros colonos, que llegan precedidos por Loreto.

—Por aquí. Por aquí —los guía.

Formales, hombres y mujeres saludan a María, que ha dejado de tocar y se acerca al grupo. Vernet descubre admiración en las miradas. María Sáez de Vernet brilla como solía hacerlo en sus salones. Es increíble que en sólo cinco días haya podido recuperarse de un viaje en el que temió por su vida. Siente culpa: él ha sido el cordel que, poco a poco, ha ido arrastrándola hacia esa visionaria pasión suya: Malvinas.

Cuando Emilio sugiere que el gobernador abra el baile, Iutta, una alemana de gruesa figura, se sienta en el taburete y toca los primeros acordes de un vals.

Los anfitriones giran ante la mirada respetuosa de sus invitados. Loreto, para romper el hielo, saca a bailar a una muchacha de trenzas castañas.

Las negras, en un rincón, observan la escena. Pronto comenzarán a circular con sus bandejas. La gobernadora ha sido clara: esa noche seleccionará a las mejores para su servicio. Maravilladas por el cuadro vivaz, esperan que dentro de poco tiempo a ellas, adornadas con los abalorios que los señores les han traído de Buenos Aires, también les toque el turno de tener su fiesta.

Como en una burbuja luminosa y confortable, suspendida en un universo inhóspito, los primeros pobladores celebran su comunión con las

islas.

Mejor no pensar que con sólo trasponer el umbral de la puerta hallarán la constante presencia del viento. Mejor no pensar. Mañana, tal vez, les resulte útil rememorar el amable consuelo de los licores, la leve caricia de la danza y el bullicio gozoso de las voces.

Antes de dormir María escribe:

… Sé madre que usted no aprueba esta aventura. Y aunque ha tenido la delicadeza de callar, algo esquivo en su gesto, habitualmente tan gentil, me lo ha demostrado. No se apene, madre. Sé también que valora las cualidades de Vernet y que durante nuestros diez años de matrimonio ese afecto se ha doblado.

Aún soy su niña, madre. Pero al avistar estas islas neblinosas supe que en ellas hallaría mi fuerza…

Apaga el velón y se acuesta.

Su marido hace rato que descansa. Ella, en cambio, no cree que pueda dormir: todavía resuenan en sus oídos los acordes del piano, la polka sobre todo, plena de sensuales remembranzas y tan movida; le duran los efectos del mareo por el mal viaje, y la excitación de la llegada.

En la tranquilidad, el ruido envolvente del mar se hace oír con más fuerza y acalla el sonido del piano ilusorio.

Aún quedan rescoldos en la chimenea.

3

Deja caer la caperuza sobre la capa. Se maravilla de que el viento, en vez de cortar, acaricie. Los bucles van a sus mejillas y ella los aparta con un ademán que a causa del encierro creía olvidado. Si no fuera por su diario, hubiese pensado que sólo ha transcurrido un larguísimo día gris en el que lo único vivo fueron los llantos y risas de los niños y la música del piano.

El martes 21, el miércoles 22 y el jueves 23 —se ha acostumbrado a registrar sus días— temporal o garúa no dieron tregua. Afortunadamente, el trabajo del herrero quebró con su sonido metálico el tic tac monocorde del reloj. Debieron cambiar el caño de la chimenea por uno más largo, para ello trajeron las planchuelas de hierro de la corbeta *Ucrania,* que naufragara a una legua de allí.

Sus botitas pisan el pasto tupido. Caminar sobre la verde blandura le provoca placer. Se había hecho a la idea de que sólo pisaría piedras y barro.

Esa mañana, el rayo de sol oblicuo que hacía arabescos sobre su colcha fue un animalito tibio y amistoso. Su mano adormilada le acarició el lomo. Y despertó feliz.

Ahora, va hacia el puente de cara al sol. El arroyo de aguas cristalinas la tienta y toma un sorbo del cuenco de su mano, que se hiela. Irá hasta la casa más próxima a pedir un vaso.

El colono se ofrece a acompañarla hasta el manantial donde ellos se surten de agua. Que no piense que ese frío es el más grande, él lo ha sentido peor en su tierra. En Alemania la nieve perdura por varios meses; en estas islas, apenas pasan dos días se derrite.

La pequeña corriente de agua brota del costado de una loma. Plantas de diferentes clases la bordean. María no las conoce. Son tantas las cosas de las Islas que no conoce… Esa ignorancia asusta y excita. Aprender será un desafío. Hablan de los beneficios del agua y María se complace evocando a su hermano Domingo. Cómo disfrutaría él de esa agua y ese

lugar. Once años le lleva: es casi un padre para ella. Ojalá los visitara algún día.

—¿Le ha quedado familia en Alemania?

—Mis padres y los de Iutta, frau Vernet —contesta Otto Hermann en un castellano duro.

La gobernadora se avergüenza de su nostalgia. Ella, aunque en uno de los puntos más australes y perdidos, está en la patria. El colono extiende su brazo como queriendo marcarle el rumbo hacia esa Alemania que ella supone menos exótica y lejana gracias a la lectura de Goethe. En Buenos Aires, crecía la inquina contra los "gringos". María piensa en la lucha que ahora los iguala: un portugués, alemanes, españoles, ingleses, gente de tantos países, negros venidos de Dios sabe dónde, y gauchos, cada uno de ellos con un frío y una mirada diferentes.

Con grandes ademanes, Otto llama la atención de un hombre corpulento que regresa de su cacería y le pide que se acerque: la dama se complacerá admirando las aves, explica.

El hombre deposita su carga sobre una roca.

—¡Qué hermosas y coloridas! ¡Y qué gordas, además! —María acaricia las plumas. Se siente una Eva en un paraíso por descubrir.

No sabe qué hacer con las dos que le acaban de regalar. Otto traduce lo que el cazador intenta decir: asadas son sabrosas. Los colonos miran el abrigo de buena tela que la cubre. Que no se preocupe, se las alcanzarán hasta las casas, sería una pena que se manchara.

La negra Gregoria pregunta si debe desplumarlas.

—La cocinera ya sabrá qué hacer con ellas, ¿acaso no prepara patos y gallinas? Dile que no haga puchero, son para el asador.

Gregoria quiere saber qué aves son ésas que nunca las ha visto.

—Por hoy las comeremos sin saber su nombre.

María bromea con la criada. Parece haber recuperado la salud y el humor. Y ordena que esa noche dispongan la vajilla de las grandes ocasiones y el centro de plata con las hojas que ha traído del manantial.

Alrededor de la mesa, Vernet, Emilio, Loreto y María, con los ojos puestos en la fuente que acaba de dejar la criada, sienten aprensión. Las aves, con su piel dorada y su aroma prometedor, no parecen diferir de las conocidas. Todos aguardan, con cierta reserva, que el dueño de casa las

trinche. Incluso la negra queda un momento expectante. La carne, jugosa, cede blandamente bajo la presión del cuchillo.

Comen con la alegría del que descubre. Hay voluptuosidad en el acto simple de alimentarse. María vuelve a comentar el encuentro con el cazador. El gobernador promete agradecer el obsequio.

—Buena gente, estos alemanes.

—Buenos hasta que no se demuestre lo contrario —dice Loreto—. No olvidemos que si se desea poblar no hay que preguntar demasiado. Cuando Rivadavia envió a su ministro para negociar la llegada a Buenos Aires de doscientas familias europeas, le dio todas las facultades pero no sé si hizo las averiguaciones necesarias.

—Nuestros colonos me han parecido cordiales —lo corta María.

—Seguro, hermana, quién puede no serlo contigo. Pero así como nosotros, cada uno arrastra una vida que ha dejado atrás. Heider y Herr, por ejemplo, fueron mercenarios contratados por Brasil cuando la guerra, y Ramírez dejó en su España una familia numerosa y muerta de hambre.

—Tal vez el buen hombre busque afincarse, hacer fortuna y traer a los suyos.

—Vamos, Loreto, asustarás a María —bromea Emilio.

—No creo que deba asustarse con la verdad —replica Loreto.

—¿Acaso no nos mueve a nosotros también el deseo de progresar y hacer dinero? —pregunta Emilio.

—Y el de servir a la patria —agrega Vernet, mirando a María—. El gobierno de Buenos Aires me ha conferido un cargo y una responsabilidad.

—Y estamos orgullosos —apunta María con un suspiro que desea poner punto final a la discusión.

—Sigamos comiendo y disfrutando —propone Vernet—. Si no nos caerá mal el plato y diremos que la culpa es de quien nos obsequió las aves.

Ríen. Buenos compañeros, la risa y el vino. La gente desconocida, esa otra isla por descubrir, mientras tanto queda afuera. Igual que el viento. Igual.

María acerca los licores y propone un brindis.

—¿Qué se festeja, hermana? —pregunta Loreto.

—Nuestro encuentro con el nuevo mundo; ¿te parece poco?

—No puedo creer que esta mujer emprendedora sea la pálida viajera que desembarcamos en una silla —dice Vernet. Y levanta su copa a la salud de todos.

Hablan entonces de que los niños crecerán sanos. Van dejando atrás los temores. Las tormentas y las lluvias finalmente un día cesan. María les cuenta de la Alemania que Otto le pintara. En esas tierras también el frío

era largo y la noche interminable. Piensan en Buenos Aires, en los salones caldeados y en la tertulia. Se preguntan, con cierta extrañeza, si cambiarían aquello conocido por lo porvenir. Atrás también han dejado escasez y luchas. Las de aquí no son fratricidas sino contra la naturaleza.

La criada sirve pastelitos y té.

María se levanta, se acerca a la ventana y mira el cielo.

—¿Hará buen tiempo mañana? —pregunta.

—Parece que te has engolosinado con los paseos —dice Loreto.

María vuelve a la mesa y toma un pastel.

—Es que quisiera llegar al lugar de pastoreo —dice, como excusándose de su avidez.

—Podrás, hermana, la luna está muy fuerte.

4

Loreto, echado boca arriba sobre el pasto, juega con los niños. Sofía se lleva a la boca una brizna y el ama se la quita.

—No la hagas llorar —le dice María—. Aquí todo es más limpio.

Piensa en las curtiembres de las afueras de Buenos Aires, en los tambos, en las carretas y diligencias… Piensa en los olores que ahora le parecen irrespirables. Piensa, también, en ella misma, que está comenzando a considerar como peligroso lo que antes le parecía seguro.

Elisa, una muchacha blanca de facciones delicadas, sonríe asintiendo. María trata de leer en ese gesto; el ama es de pocas palabras pero parece querer a los niños. Una joven casadera tiene otras necesidades y María teme que los abandone.

Loreto mordisquea una raíz tierna.

—Verán qué gordo crecerá el ganado —dice—. Aquí no existe, que yo sepa, hierba venenosa como el "mío mío"; caballada que no es del pago y come de ella, cae muerta. Buen pasto para hacer la guerra pero no para pastorear.

Elisa se persigna. Tal vez algún mal recuerdo del continente.

Se levanta viento. María cubre las caras de sus hijos con los echarpes. Los tres pares de ojos brillan, curiosos, por sobre el abrigo.

Loreto les enseña una nube en forma de oveja y bala. Las bocas de las que salen los balidos infantiles están bajo el tejido de lana. Ríen del sonido. Ríen también, y sin decirlo, de la esperanza de vencer el viento.

El viento se come las palabras.

—Sopla duro —dice María—.Y pide al ama que se lleve los niños a las casas y les dé leche caliente.

Los mayores protestan. Elisa se va con Sofía en los brazos.

—¿Quisieron quedarse? Ahora, a ser valientes. Bajen la cabeza y entrecierren los ojos.

Loreto carga a Luisa y María aferra la mano de Luis Emilio.

Como otro mar, surge, detrás de una loma, el campo de pastoreo.

Altos pajonales lo protegen. Vernet, Loreto, Emilio, y su gente, habían viajado con anterioridad a las Islas. Y ahora el resultado de sus esfuerzos estaba a la vista. Loreto hace un movimiento abarcador con su cayado.

—Se poblará de ovejas —dice—. Ahora sólo nos quedan veinte. Las otras murieron en el viaje, quizá les ha hecho impresión el cambio, después de estar tantos días en la bodega.

Los hermanos hablan de sus sueños; la grandeza suele tener un precio distinto para cada uno.

Los niños ruedan por la pendiente, dando gritos de júbilo.

María se acuesta sobre la hierba y siente una energía nueva. La luz la ciega y frunce los párpados hasta convertirla en rombos de colores.

Loreto apoya su mano sobre la de María y murmura:

—No creo que me resulte fácil dejar las islas. Es duro aquí, pero tiene una gran ventaja: se trabaja en libertad.

María le dice que si se aquerencia, tendrá que pensar en mujer que lo acompañe. Y no se le ocurre ninguna niña de sociedad con el temple necesario…

—No te preocupes, hermanita, sabré amañarme.

Cosas de hombre, diría Vernet, piensa María. Recuerda a uno de sus sirvientes palmeando las nalgas de la negra Julia, y las conversaciones susurradas. En las cocinas y galpones hierve la vida, se dice. Y evoca la suya. La de antes. La de cuando era un remolino de temeroso deseo en los brazos del hombre que acababa de desposarla.

No se le ocurre qué añora cuando se encienden en su memoria las íntimas confidencias de sus amigas, las risas apagadas, los ojos húmedos… Pero sabe que esa añoranza alimenta el insomnio y agranda la presencia adolescente de una María ávida, curiosa.

Los marinos cuentan que en sus viajes por el sur se han encontrado con indios que, semidesnudos, viven en la nieve. ¡Ya quisieran ellos tener esa resistencia!

Las ráfagas que anuncian tormenta los empujan, inquietos, hacia las casas. Envueltos en las capas de los mayores, los chicos saborean la aventura.

Frugal, la merienda los aguarda.

María y los niños beben leche caliente con canela. La cebadora le alcanza a Loreto, con sus manos morenas, el mate de plata.

—Loreto, ¿te acuerdas de las torrejas con miel?—. A veces, en su estado, María se antoja con las confituras y los postres de Buenos Aires. Imposible comerlos aquí, ¿cómo hacer torrejas sin pan? El bizcocho y la galleta que trajeron se han terminado.

Recuerda las colaciones que su padrino traía de Córdoba. Le pedirá a

su madre que le mande la receta de los alfajores que la negra Dominga había aprendido a hacer en Santa Fe.

Las familias alemanas le han prometido, para cuando lleguen las provisiones que Vernet encargó al continente, una torta que llaman *apfelstrudel,* para la que necesitan orejones de manzana delicada.

5

—Son los negros —responde Vernet a María.

Si estaba segura de que eran ellos y no otros los que provocaban ese sonido monótono y acompasado que le traía de repente la furia de las olas contra el casco de la goleta, por qué lo ha preguntado. Ojalá Vernet, que acaba de salir, los hiciera callar, pero no ha querido pedírselo.

La lejanía también llora en su parche. Y ellos están lejos, más lejos aún que ella.

El tam-tam del tamboril golpea con la misma persistencia que el agua en la proa. Su cabeza también puede partirse, naufragar como la *Ucrania,* encallar. ¿Habrá encallado María Sáez de Vernet en esa orilla o su destino será cruzar el triste mar del regreso?

Noche cerrada y fría. Los cantos y alaridos calientan el aire, los recuerdos. Y en ellos se enciende una muchacha pálida, que se embriaga con halagos en los salones festivos. Ah, esa grávida frivolidad que caía de los ornamentados cielorrasos para reinar en los incansables pies, en los roces... Debe rescatar aquella alegría y hacerla su compañera. La melancolía de la incertidumbre no sembraría buena semilla. Han anclado en las islas para bien, qué duda cabe. Sólo para bien.

Junto al fuego, trata de leer en él. Antes, mucho antes de que ella naciera, los negros habrán bailado sus candombes en los corrales de Buenos Aires.

Ha intentado escribir en su diario cómo era ese baile. Feo, lo ha llamado. Se arrepiente, ¿qué significa eso? ¿No llamarían feo, también, a su modo de vida en las Islas los petimetres y las damitas de Buenos Aires?

En la música vive el alma de los pueblos. ¿Es más valioso acaso un *lied* que una vidala o un candombe?

Se pone de pie y va hacia la luz del candil. Si tan sólo pudiese leer…

Un grito, como de animal herido, la estremece. Se abriga con el pañolón. El diablo, a quienes los negros llaman Belcebú, parece no haber faltado a la cita. El diablo también puede cruzar el océano, hablarle al

oído... Shhh. Ese susurro dentro de ella es como el sonido que sacude, constante, las ventanas.

Les ha traído ropa y adornos porque quiere que estén contentos a su servicio. Por qué no regalarles, entonces, el color de ese canto que les pertenece. ¿Por qué desea hacerlos callar? Oscura la noche, oscuro su canto. Y oscura esa voluntad suya de rescatar los ruidos cotidianos que domaban silencios y vigilias.

En su camisón blanco, casi espectral, se ve en el espejo y se desconoce. El viento, finalmente, no aturde tanto, y hasta puede ser un aullido de lobo que acompaña.

Mira el reloj con cuadrante lunar, recuerdo de su hermano Domingo: el péndulo marca las once y media de la noche. Ese mismo reloj marcó horas más livianas y breves que aquí se arrastran, morosas.

La presencia de su madre solía consolarla, cuando niña, de la pesadilla. ¿Y si le escribiera?

Como en esos amaneceres calmos después de la tormenta, brota el silencio. El viento también se ha calmado. Y se hace necesario agregar un leño a la chimenea. Ojalá que en la cama no se hayan enfriado los botellones calienta pies. Ya están dispuestos el té y las copas con el licor que acostumbran tomar antes de dormir. En Malvinas se aprecian más los pequeños ritos cotidianos.

María moja la pluma y escribe.

Querida Madre:

—Ya los he mandado callar —dice Vernet, que acaba de entrar.

En el reloj suenan las doce.

6

Mira la nieve a través del cristal. Ve cómo se van borrando las aristas, los volúmenes, cómo se suaviza el suelo. Buenos Aires es un sueño distante. En las Islas todo es tan intocado como esa nieve que cae sin medida.

Los chicos juegan afuera con el ama. El frío parece rozarlos sólo lo suficiente para sonrojarles las mejillas. Hacen bolas de nieve que al rodar se agrandan. Luis Emilio le lanza una al ama. Quisiera acompañarlos, hacer un muñeco como aquellos que ha visto en los grabados europeos. Si no fuera por su embarazo, saldría. Envidia un poco a Elisa, que se comporta como una niña más. El ama tiene la misma edad que ella cuando se casó, pero se la ve más libre.

La superposición de abrigos oculta las formas de los cuerpos. ¿Habrá sido real esa María de escotes y piel tersa que aguardaba de los demás la palabra invitadora? Acostumbrada al soliloquio, y a las tiernas conversaciones con los niños, teme que el mandato que le han conferido la sobrepase. Cuánto poder ejerce la palabra cuando no será refutada: los negros escuchan, los colonos escuchan…

Los hombres no están. Luis ha ido a relevar el terreno y a visitar el saladero; Emilio y Loreto salieron con los peones a buscar ganado en pie para entregar al bergantín *Betsie.* En ausencia del gobernador, los pobladores esperan el gesto abierto de su palabra, y ella comienza a sentir ese peso.

Vernet ha destinado para los alemanes —que hasta ese momento habían ocupado una casa provisoria de tablas levantada por Emilio, Loreto y los capitanes— la construcción que fuera el Hospital de los Españoles, cuyas gruesas paredes de piedra habían resistido el tiempo. Se pregunta si ya habrán colocado las puertas y ventanas que faltaban. En los primeros días, los colonos se habían acomodado en las piezas de los altos, las que después les hicieron falta a los Vernet para guardar provisiones y muebles.

En la Alemania de Otto Hermann, la nieve tardaba meses en

derretirse. Se consuela pensando que, a pesar de las estrecheces, tal vez estuvieran sufriendo menos que ella.

María no puede imaginar la costa nevada. El cielo plano, gris, roto por el vuelo de las gaviotas, grises también. Y más tarde, la negra blancura de esas noches frías.

Cómo describirle a su madre esto, tan nuevo para sus ojos. Si cuando los cierra, y quiere recordar el paisaje, se le desvanece. Todavía acompaña su paso el fru fru de la postergada seda y en muchos de sus sueños aún habita el cuarto de la infancia y ve las manos infantiles preparadas para el rezo. Ya no invoca en sus oraciones a la Inmaculada sino a Stella Maris, patrona de los vientos y las aguas. También invoca a la paciencia. Y ruega porque se acallen los tumultos jóvenes de un cuerpo que ha perdido formas pero no ganas. Pobre Luis, tan preocupado por su familia y sus tierras que tal vez no sepa leer en la ancha cintura de su mujer, en la piel tensa del vientre, en los suspiros… Abrazos que acunan más que aprietan. Y un inconfesable deseo de sentir la entrega pesada del hombre quitándole el aire. Borrar los pensamientos sombríos con cada exhalación. Hasta vaciarse.

Apenas se divisa la bahía.

Imagina tras la niebla a la *Ucrania,* ese dedo oxidado que señala el cielo.

La negra Gregoria entra con la pañoleta húmeda por la nieve y los ojos enrojecidos. Le cuenta que no hallan a Julia, que es la encargada de servir el té. María la tranquiliza; ella le ha encomendado ir al saladero a anunciar su visita y a traer pescado para la cena. Seguramente doña Mariquita la habrá invitado a matear para paliar el frío.

—Menos mal que no les nevó la noche del baile.

—Viera misia María qué compañera la luna y cómo sonaban de lindo los cantos. Y eso que el mulato Pedro no pudo cantar por su garganta ardida. Pero no era nuestra intención molestar.

—Se los mandó callar porque ya era medianoche y habían hecho suficiente bulla. Además podrán bailar todos los domingos. El comandante Vernet lo autorizó, te lo aseguro.

—Ya está caliente la leche para los niños. Qué buena ha resultado su vaca, y qué repuesta está; ni un solo día ha dejado de dar leche.

A María le causa gracia que las negras llamen *su vaca* al pobre animal que ella se ocupó de hacer alimentar durante la travesía para que no se debilitara. Sin embargo, había llegado tan flaca que apenas podía caminar. Y, días atrás, cuando salió hasta el arroyo, la siguió como un perro manso. La Tristona, la habían bautizado, después de que perdiera su ternero. La mano de María va a su vientre. Si nace sana y niña, le gustaría llamarla

Malvina.

7

Hoy, como ayer, amaneció claro y con viento fuerte. Atareada con los preparativos, sólo había escrito en su diario *sábado 8 de agosto.*

El capitán Mateo Brisbane, ayudante principal en las Islas que comandaba el bergantín *Betsie,* y su segundo, vendrían a tomar el té.

María y Luis disfrutan estas visitas de los Bruks. Son una oportunidad para recibir noticias del continente y escuchar historias que se aparten de la tranquila vida cotidiana. Son también un motivo para lucir la vajilla que Ana de Riglos les regalara para su boda.

Hay una cierta reminiscencia de los salones de Buenos Aires en su manera de recibir: sencillez más hidalguía.

María se encargará de servirles la merienda, con los bizcochos de cuajada que hace la negra Gregoria y buen té inglés, que ella mezquina tanto y ofrece sólo en esas ocasiones, ya que de ordinario toman té de "lucen", una hierba de allí que llaman té de Malvinas, muy buena con miel y un poco de canela, como le gusta a Luis por las noches.

Es lindo ver fondear los Bruks en la bahía. Los mástiles orgullosos, las jarcias tensas y la morbidez del velamen, cediendo al brío de los gavieros. Y más linda es aún la esperanza de recibir carta. Las cartas son otra vela. Al leerlas, María también viaja. La ansiedad a veces le seca la garganta. ¿Estarán bien los suyos?

Cuando la *Betsie* parta, le gustará estar de pie sobre la barranca, a orillas del mar y decir adiós con la mano a la goleta hasta que sólo sea una luciérnaga que las aguas se traguen; y volver después lentamente a casa y en el camino recoger una esponja que lleve aromas de sal al baño de su hermano Domingo, tan distante. Se figura en Buenos Aires, ofreciéndole la esponja. Y cree sentir el calor del beso fraternal.

Cuando sale de su ensimismamiento, deja vagar la mirada por los objetos que adornan el austero salón que, antes de su llegada, y a pesar de las buenas intenciones de Luis, Emilio y Loreto, lucía desguarnecido. María admira la voluntad de Vernet, que en su primer viaje a las Islas levantó,

junto a su gente, las instalaciones para recibir a su familia y acomodar a los colonos. Qué inhóspita habrá sido entonces Malvinas. Piensa en esa extensión de más de cincuenta islas y doscientos islotes que es ahora su hogar. Y ella, casi siempre en un mismo punto: la Soledad.

En un lugar de preferencia, Luis había colgado un cuadro. Enmarcada en un óvalo de madera de guindo, una muchacha de bucles y hombros de terciopelo, sonríe. Es una sonrisa de labios cerrados, apenas esbozada. Una Gioconda del sur con escote de blonda y camafeo. Tal vez Luis necesitó apelar a esa imagen suya porque supo que, después, una mujer de vientre combado y cabellera recogida iba a reemplazarla. Pero debajo de esa apariencia de matrona aguarda la otra. Y ella intuye que él tiene remordimientos. Cada tanto lo descubre recorriendo la inalterada belleza del retrato como pidiéndole disculpas.

María ve, sobre una repisa el mate de plata que perteneciera a su abuelo. El mismo mate que anoche, en su sueño, le alcanzara la negra Julia.

Protegida por el alero, espía el baile de los negros. Las caravanas que penden de las orejas, los collares, los pañuelos y las faldas enloquecidas, giran en círculo. Torbellino, mar embravecido de colores y un viento que huele a rancio. Chicharrones y sobacos, caras húmedas. Manos al cielo y en los parches. En el centro de la rueda, el mulato Pedro danza semidesnudo; ni el frío ni la noche parecen tocarlo. Solo. Igual que un bergantín en el oleaje. Oleaje de carne y calor que se levanta como una masa de agua oscura, gigantesca.

Julia se aparta del grupo. Le alcanza un mate: el de su abuelo, y la arrastra hacia el centro del baile. El mulato, piel sudada, brazos poderosos, le rodea la cintura. Oye el tum tum de los tamboriles, el canto gutural, y acompaña su ritmo frenético. Por qué en vez de huir se queda allí, danzando una danza de pesadilla que, sin embargo, la hace feliz.

Rechaza ese recuerdo perturbador, y dispone los bizcochos sobre la bandeja. Las mermeladas de mora y guinda en las dulceras de cristal, voluptuosas como algunos sueños incomprensibles, expanden círculos rojos sobre el mantel blanco. Un rayo de luz, regalo inusual a esas horas, estalla en la azucarera y los cubiertos de plata.

Oye las voces de los hombres que se acercan y se recompone frente al espejo.

—Bienvenidos, bienvenidos —dice María, extendiendo su mano al capitán Brisbane, un hombre robusto de finos modales.

Ya entra Gregoria con el servicio de té y detrás de ella, Julia con la

jícara de chocolate y los buñuelos. No se cebará mate esa tarde.

Hablan de los progresos. El plan próximo de Brisbane es levantar el ancla, fondear junto a Long Island y recibir, con Vernet y Emilio, las reses vivas que deben llevar a la Isla de los Estados. Si continúa el buen tiempo, Loreto volverá a Soledad para empacar ocho novillos más. Otro de los trabajos es dejar en Los Estados al señor Banks y su gente, encargados de cortar madera. Después, si la naturaleza lo permite, ir a Georgia en busca de nueve hombres que naufragaron allí.

—El 30 de agosto tomaré posesión de la Isla en nombre del Gobierno de Buenos Aires y honraremos a Santa Rosa. —El gobernador se pone de pie, apoya su mano en el hombro de María y anuncia—: Para celebrar nuestros diez años de casados, organizaré carreras cuadreras. La ocasión merece un gran festejo.

—No me lo habías dicho, Luis —dice María con un tono tierno de reproche.

—Es que era una sorpresa. Pero ahora ya lo sabes.

Gregoria acerca en ese momento el oporto, y el capitán Brisbane pide un brindis por el matrimonio Vernet.

Después, María cuenta que se ha propuesto reunir a las mujeres para confeccionar ropa y velas. La vestimenta que acostumbraban llevar en su antigua vida ya no les sirve. Los capotes, ponchos y botas son de rigor, y no siempre pueden traerse del continente. Resulta más sencillo encargar las telas que, si el tiempo lo permitiera podrán llegar con las provisiones, que pedir vestidos ya confeccionados, pues los talles son diversos. Las velas, dada la poca luz diurna en invierno y la escasez de días soleados, se consumen en gran cantidad.

—Lástima que nadie sepa hacer pan. Las negras son duchas en hornear bizcochos y freír buñuelos, pero se extraña tanto el pan… —María sueña con una hogaza tibia y crujiente—. Sería bueno poder untarlo con mantequilla.

—A diario la fabricamos con la leche gorda que dan las vacas —dice Vernet—. El campo de pastoreo resultó mejor de lo que pensábamos gracias al trabajo de Loreto y el portugués Jacinto.

—Me ha sorprendido la altura del pasto —dice Ruiz Puente, español, segundo de Brisbane y descendiente del primer gobernador en la Isla. En más de una ocasión ellos han comentado documentos en los que los antecesores de Ruiz Puente registran su opinión sobre Malvinas: “la cosa más ruin y estéril que se pueda imaginar”.

—Seguro que en otros tiempos faltó conocimiento. Hay aguadas, turba suficiente, buena tierra para plantar papas y vegetales… —se entusiasma Vernet—. No faltará mucho para que podamos cultivar cereales.

Estableceremos aquí una empresa pujante.

—Pero debemos agradecer que los españoles, a pesar de su rechazo por el lugar, vigilaran y reconocieran estas costas... y por eso son argentinas hoy. ¿No lo cree gobernador?

—Así es. En el decreto de mi nombramiento queda bien claro que las islas pertenecían a España y ahora son argentinas como el resto del territorio.

—Si no me equivoco —tercia Brisbane—, hubo un período francés; aún pueden verse las ruinas del otro lado de la loma, frente al mar.

—He leído acerca de Bouganville. Me gustaría visitar el antiguo fuerte —dice María.

—Iremos. Ése fue el asentamiento más importante previo a nuestra llegada. Estoy seguro de que los actuales pobladores lograrán sobreponerse a las dificultades. Debemos impulsarlos a que se afinquen definitivamente y formen familia. Los niños que nazcan en Malvinas crecerán acostumbrados a este clima y este paisaje.

—Para eso hace falta un sacerdote —responde María con la mente puesta en la negra Julia, el mulato Pedro—. Son todos solteros y hay más hombres que mujeres. Si no tomamos medidas terminarán amancebándose.

—Si estuviéramos en alta mar, yo podría casarlos —dice el capitán Brisbane.

—Ya pedimos sacerdote —afirma Vernet— mientras tanto veremos qué hacer.

—Los cuidados que hoy tiene la señora respecto de los negros —sostiene el capitán—, obedecen a la abolición de la esclavitud; pero no todo el mundo acata todavía esa ley. Como los portugueses contrabandeaban esclavos, a Inglaterra se le dio el control sobre esos Bruks.

—Los ingleses tuvieron el monopolio del tráfico en el dieciocho. Si después se convirtieron en los campeones de la abolición fue debido a que comenzaron a aplicar la máquina en su industria. Recién entonces abolieron la esclavitud en sus colonias y semicolonias. Ellos no iban a permitir que lo manufacturado por los esclavos fuera más barato que lo que hacía la máquina: así, Inglaterra pudo vender sus tejidos a todo el mundo sin tener competencia. Como verá, querido Brisbane, no fue una cuestión de humanidad sino de conveniencia —retruca Vernet.

—Así, desgraciadamente, se han hecho los reinos y naciones: por interés —agrega Ruiz Puente.

8

Nada rueda más lentamente que la rueda del aburrimiento.

Los hombres se han ido a recorrer las islas. Y María planifica su propia aventura.

El cielo, menos encapotado que los días anteriores, no ha logrado intimidarla. Media legua distaba el saladero, y ella había enviado recado anunciando su visita.

Envuelta en grueso paño de la cabeza a los pies, un poncho de vicuña le cubre la boca. Contra su cuerpo, una canasta con pasteles de membrillo que lleva como obsequio a doña Mariquita, para consolarla un poco. Ésta y su marido se lamentaban, en los primeros días, de haber venido a un desierto.

Acaso, piensa María, ¿no es desierto también el mar cuando los días y noches se alargan como un médano interminable? ¿Y el canto pegajoso y triste de los negros perdiéndose en la letanía oscura del viento? Y la memoria, cuando los rostros se desdibujan tragados por la distancia y el tiempo.

En la bahía, la silueta amigable de la *Betsie.* Los marineros descargan gruesos troncos que usarán en la construcción de nuevas instalaciones. María se acerca; ahí el espectáculo del trabajo también es un entretenimiento.

Los hombres que habían naufragado en las costas desiertas de Georgia, han vuelto con el capitán. Además, trajeron maderas y árboles de diferentes clases. Uno cuya corteza pica como el ají; otro de color amarillo, que María sabe que puede servir para teñir; otro, fragante. También un arbusto pequeño que abunda en las islas y que, aún verde, arde como yesca. Lo usan para leña y le dicen grullera.

Con la canasta tibia siempre apretada contra su pecho, deja la bahía y asciende lentamente la loma. En la cumbre se detiene a descansar; gira la cabeza y mira hacia las casas. Le arden los ojos por el aire helado. El humo blanco que asciende desde las chimeneas de las cocinas compone

una visión tan tibia como los dulces que lleva de regalo.

El saladero está próximo a la orilla del mar. Le han dicho que primero deberá cruzar arroyos. Pisa con cuidado, teme resbalarse. Vernet la ha alentado a visitar a sus vecinos. Claro que, junto al aliento, vienen las mil recomendaciones.

Después de un rato, divisa el saladero. Se sorprende de la sólida construcción de piedra y madera, bordeada por un arroyo y un manantial.

Una vez allí, Doña Mariquita la hace pasar y traba puertas y ventanas.

—No había tanto viento cuando salí —dice María.

—Es que en el puerto está más protegido.

La encargada del saladero, una gallega de cara redonda, ojos vivaces, y pelo trenzado alrededor de la cabeza, recibe los pasteles con exclamaciones de agradecimiento.

Ofrece mate o té, lo que la señora guste tomar.

A pesar del mal tiempo, María insiste en visitar el saladero.

Las instalaciones por ahora son precarias, se excusa José, el marido de doña Mariquita.

Don Julio, el pescadero, les provee de pesca tan abundante, que a veces no dan abasto y deben pedir ayuda a otros colonos. Mariano, el aprendiz, un joven alto, de torso amplio y manos cuadradas, atareado sobre una mesa de madera, raspa las escamas de los pescados y los destripa con ágiles movimientos; luego, los coloca en una pileta. En un galón están los ya salados. En cubas de madera, acomodados por capas, los en proceso. En otra barraca, en hilera, cuelgan los puestos a orear, componiendo extraños banderines de piel brillante. Los cristales de sal relucen en la penumbra. José dice que, aunque más rudimentario, el procedimiento es similar al que usaban en su Galicia natal.

El olor es fuerte y produce náuseas a María, que las disimula en su pañuelo perfumado.

Doña Mariquita lo advierte y propone volver a la casa. Quizás un licor vendría bien.

María, ya repuesta, se interesa y pide detalles.

Don Julio está orgulloso y sorprendido por la generosidad de estos mares verdes y profundos. Cuando es tiempo de agarrar, no hay red que aguante. El Mediterráneo, en cambio, es azul, y por lo tanto más pobre en pesca.

—Y pensar que apenas llegados quisimos dar la vuelta —dice doña

Mariquita.

Se ha hecho tarde. María debe emprender el regreso.

José le aconseja que no vuelva sola. Mariano ya está por terminar la labor del día y podrá acompañarla.

El aprendiz va callado. De vez en cuando —cuidado, misia— le indica con pudor las irregularidades del terreno, que conoce palmo a palmo. No se anima a preguntarle por Elisa, con quien bailó en la velada de bienvenida. Mariano viene de los corrales de Miserere, donde las mozas son bravas, y se ha deslumbrado con la finura del ama.

—Hay pocas muchachas casaderas, ¿no es verdad? —dice María, como adivinándole el pensamiento.

—Y, sí —responde él tragándose el impulso de nombrar a Elisa.

Un hermano menor de Mariano, trabaja con Loreto en el campo de pastoreo. Y los padres se ocupan del tambo.

La luz oblicua del atardecer se refleja en el arroyo. María recuerda el agua limpia que bebió del cuenco de su mano en aquel primer paseo. Ahora, a pesar de tener las manos protegidas, siente la misma sensación. Convivir con las lenguas del frío, con el latigazo del viento, con las piedras y el barro. Y no quejarse. Ve el aliento de Mariano en el aire quebradizo. Ve sus palabras no dichas, que humean. Conoce la reserva de los isleños ante su presencia. María Sáez de Vernet no deja de ser la gobernadora.

Cuando llegan a una bifurcación del camino desde donde ya se ve la casa, María lo despide:

—Gracias, volveré pronto al saladero.

Qué protector le parece su hogar después de haber caminado aterida. Los candiles encendidos crean una atmósfera amarilla y cálida. La observa antes de entrar como quien goza anticipadamente de un placer.

Se promete realizar una reunión para que los jóvenes se traten: tertulias o bailes. Nada más triste que sumar soledades. En Puerto Soledad se hace imprescindible la compañía.

Los niños corren a recibir a su madre.

—¿Nos has traído el corderito?

—No, no, cómo podría haberlo cargado yo sola. Le pediremos a Loreto que nos preste uno, el más pequeño... Pero sólo por un rato. Los corderitos no pueden estar lejos de su mamá mucho tiempo, apenas unos momentos, como ustedes. Y ahora, cuéntenme en qué han pasado la tarde.

—Elisa nos ha enseñado a armar collares con conchillas y a hacer pajaritas de papel —dicen excitados. También han practicado los saludos

de sociedad, el del caballero y la dama. Ríen y hacen reverencias.

María mira al ama con ojos nuevos. Esa bella muchacha será muy requerida, piensa.

Una negra del servicio la ayuda a quitarse el abrigo y le ofrece algo caliente.

—Gregoria, al pasar por las Bruks de los negros, he oído un griterío. Seguro que es, otra vez, una cuestión de faldas. El gobernador ya tomará medidas.

Gregoria, con la cabeza gacha, hace un gesto de disculpa.

María piensa en esos dieciocho negros contratados por diez años y en las doce muchachas negras. Se las disputarán, seguramente. Entre los blancos sucederá lo mismo. Habrá que estimular la inmigración femenina.

Ya en su cuarto, se acerca a la ventana. Eleva la mirada y ve las constelaciones. ¿Betelgeuse era esa estrella tan brillante que le señalaba su padre? De repente la luna, como una hoz, va segando los nubarrones y aparece un cielo duro, alto. Bajo esa bóveda enorme había caminado toda la tarde. El cielo de Malvinas no tiene la humildad del de su infancia.

Si supieras, madre, escribirá esa noche a Buenos Aires.

Cree que su madre no podría imaginar a don Julio, el pescadero, con sus redes que regresan trayendo, a veces, hasta dos mil pescados.

Se ha entusiasmado con el saladero. Queda poco en mí —se dice sonriendo— de aquella dama que hacía labores y tocaba el piano.

9

María escribe en su diario.

Muy buen día de Santa Rosa de Lima y por lo que determinó Vernet tomar hoy posesión de la Isla en nombre del gobierno de Buenos Aires…

Las cintas blancas y azules que puso en los sombreros de los hombres son pequeños pájaros de buen agüero para esta tierra.

Veintiún cañonazos saludan a la bandera nacional.

A pesar de que en el continente la situación política es difícil e inestable —la guerra entre las provincias, Paz, López, Quiroga y la revolución unitaria no dan tregua— allí todo parece calmo y posible. Hasta la esperanza.

El grupo de colonos, compuesto por diez ciudadanos de Buenos Aires, blancos, diez marinos de habla inglesa, doce familias de varias nacionalidades, siete alemanes, seis ingleses solteros, algunos indios y cuarenta negros, vivan a la patria.

Una patria diferente, tal vez, para cada uno de ellos.

La patria también vive en los sueños. Y cada uno la construye desde una historia distinta. En Buenos Aires, los hermanos parecen no serlo. Y en Malvinas, hombres y mujeres provenientes de diversos puntos del mapa, comparten un mismo sueño.

Es posible que el amor a esa tierra nazca, de esa heterogeneidad, más fuerte y verdadero.

El sol, un regalo, atenúa el frío y el viento.

El gobernador lee el decreto en el que se lo designa Comandante Político y Militar de las Malvinas. Cargo por el cual hará observar las leyes de la República por la población de dichas islas.

Vernet y las autoridades que lo secundan aguardan, en fila, el saludo de los colonos.

En las pestañas de María se astillan lágrimas de emoción. Ruega a Dios que los vicios de los hombres, la vanidad, la intemperancia, la codicia, puedan acallarse. Y que el alma crezca.

10

Bebida, tabaco y mando: eso son los hombres. Biberones, blondas, pucheros, música: eso son las mujeres.

Hay una Historia a la que le importa el puñal certero, el paso firme, la pluma entintada, el parte de guerra. Pero hay otra que fluye subterránea, silenciosa y llena huecos: es bálsamo que conforta al guerrero, sábana que acoge al enfermo, cántaro que calma la sed.

María busca en libros y documentos los datos que le permitan ser algo más que la mujer del gobernador. Los que los antecedieron en las islas tienen su historia: son la historia. Ella, en su nueva patria chica, se siente por primera vez protagonista de aquella en la que muy pocas mujeres brillan. Recuerda a Mariquita Sánchez y a algunas damas patricias que, junto a los hombres de la patria, ayudan a hacerla grande.

Aún no se sabe con certeza quién descubrió las islas. Imposible pensar en esas carabelas desafiando olas monumentales y vientos con vocación de tifón.

Lee:

> Existe la posibilidad de que las islas fueran avistadas por Américo Vespucio en 1502 o por Esteban Gómez, que regresaba a España en 1520, después de desertar de la expedición de Magallanes. España también considera que el descubrimiento fue hecho por la *Incógnita* que integraba la armada del obispo de Plasencia en 1540.
>
> Las islas figuraban en cartas náuticas de los años 1522, 1529, 1536 y 1541, y se las llamaba, *Islas de San Antón, Sansón, de Los Patos o de Los Leones.*

Continúa leyendo con esfuerzo; la luz que entra por la ventana es cada vez más débil:

> Gran Bretaña asigna el conocimiento a John Davis, quien las

habría avistado en 1592. Posteriormente, las exploró en 1594, Richard Hawkins, quien las denominó *Maidenland.*

El 24 de enero de 1600, el marino holandés Sebald de Weert avistó las islas y las llamó *Sebaldinas.*

En 1698, la Compañía de Pesca del Mar del Sur con asiento en Saint Maló, Francia, envió al archipiélago flotillas de pesca. A partir de ese momento, se las llamó *Malouines.*

Hacia 1748, el comodoro Anson, de la Armada Británica, recomendó al Almirantazgo la ocupación de las islas por su ubicación estratégica y su abundante pesca.

En 1764, el marino francés Luis Antonio de Bouganville, llegó desde Saint Maló y tomó posesión de todas las islas en nombre de Luis XV. Se estableció en la Malvina Oriental y fundó el primer asentamiento con 150 colonos bien organizados.

España reclama, el gobierno francés reconoce los derechos hispánicos y entrega Puerto Luis al gobierno español, previo pago de una indemnización de 618.108 libras francesas a Bouganville. Las islas, hasta 1810, fueron españolas.

María enciende el quinqué y lo lleva al escritorio. Se ha puesto oscuro a pesar de la hora temprana.

Los niños aún duermen. Será difícil mantenerlos otro día dentro de la casa.

Mira llover.

En Malvinas aprendió que la lluvia no es la misma en todas partes. Ahí, es como si el agua se devorase las costas. Esa masa impenetrable es un telón del otro lado de la ventana. Piensa en su excursión cancelada, en el bergantín *Betsie,* y en su bauprés, apuntando ya al cielo, ya al mar. Tan oscilante como su ánimo.

Sobre el aparador, Gregoria le ha dejado bizcochos de avena. Aunque no es su costumbre beber por las mañanas, se sirve una copita de cordial. El malestar mañanero aún le dura, qué pena no poder ir hasta las ruinas. El aire la hubiera tonificado.

En los documentos está registrado el paso de diecinueve gobernadores después de Ruiz Puente, el antepasado del segundo de Brisbane. No conoce ni siquiera sus nombres. La abruma esa cifra. ¿No llegarán a ser los Vernet un número más? Piensa en su futuro y en el de su familia. Tal vez en sitios más lejanos aún que Buenos Aires se agiten las ambiciones y otros decidan por ellos. Siente que su destino estará inexorablemente unido al de esas islas. El destino, en Buenos Aires, era más previsible. Estaba relacionado con el crecimiento de los hijos, la vida social, el

desenvolvimiento económico... Antes, ella permanecía ajena a los negocios. En Malvinas, se interesa por las transacciones y tratos que se llevan a cabo. Riqueza en su fauna, valor estratégico; qué ambiciosos serían los proyectos a no ser por la dureza del clima. Las islas —que según acaba de leer son desprendimiento de la Patagonia— presentan gran semejanza con ella en fauna y flora.

Gregoria entra dando voces:

—Ama, ama, ha llegado el capitán.

María agradece la excusa que le permite abandonar la lectura.

Brisbane acaba de dejar su capote empapado en manos de la negra Julia.

Vernet ha ido por ganado, tuvo que buscar refugio en casa de colonos cercana al campo de pastoreo, y aún no ha llegado.

—Misia María —dice Julia—. No se imagina lo que ha dejado el capitán en la cocina.

—Es una cabeza de albatros, señora —interrumpe Brisbane—. Un gran pájaro de Georgia cuyos huevos pueden consumirse.

—¿Podrán aprovecharse como los de gaviota? Aunque a mí mucho no me agradan, a decir verdad: tienen la yema roja y gusto a pescado. ¿Comerá con nosotros, capitán?

—No, gracias, sólo un té. Ya he comido tasajo y galleta con mis hombres en el barco.

María cuenta que ha estado toda la mañana buscando datos acerca de las islas. Pregunta por un inglés llamado Byron, que fundó Puerto Egmont en la isla Trinidad, y si tiene algo que ver con el poeta.

—Era su abuelo —responde el capitán encendiendo el hornillo de su pipa—. Después de ese episodio subrepticio, los ingleses no hicieron nuevos intentos de asentamiento. Pero tenemos que estar atentos. Casi han terminado con las focas y cada vez llegan más al sur para cazarlas.

María oye al capitán. Pero su atención está en la cocina. Piensa en el ave decapitada y una imagen se le aparece fugazmente: cabezas ensartadas en picas, hombres pasados a degüello.

La guerra civil, esa herida que sangra.

11

En las ruinas de Bouganville habitan las ánimas.

María cree ver corsarios tras los muros. Es un día diáfano y en el brillo del sol en las piedras hay relumbrar de espadas. El viento trae sonidos de navíos fondeados, rumor de velas que flamean, órdenes de mando.

Las voces inocentes de sus hijos penetran en la muralla de su ensueño como otro sol tibio, y las visiones desaparecen.

Vernet, María y los niños, han llegado bordeando la costa del mar hasta donde los buques hacen aguada. Han podido disfrutar del hermoso arroyo que cae a la bahía grande. Luisa, a horcajadas de su padre; Sofía, en brazos del ama; Luis Emilio, de la mano de su madre.

Al doblar una parte alta de la barranca, hallaron más de cien patos de una especie que no vuela. Vernet dijo que apenas entran en el agua, se los agarra fácilmente; Luis Emilio lo intentó, a pesar de la negativa de su madre.

Para gozar de la vista, se sientan a descansar.

Elisa, con las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, canturrea una canción infantil. Los chicos hacen rondas.

El pasto es tupido y corto como un colchón. Cuesta pensar en las continuas tormentas cuando el clima, casi primaveral, hace brotar las flores y los pensamientos optimistas.

A sus espaldas, en la cumbre de una de las lomas altas que cercan el valle, las ruinas del fuerte.

Imponente. Su sombra oscurece la ladera. Desde allí se domina toda la bahía. Los cañones, espectrales, vigilan.

12

La luz del candil ilumina las caras de las mujeres inclinadas sobre la costura. La de María, tranquila, refleja esa resignación dichosa ante la próxima maternidad. Si bien un parto constituye un riesgo, que allí se ve acrecentado por la falta de asistencia médica y la soledad, la alegra que su hijo sea un nativo de las islas.

Los niños duermen y el ama ha venido a ayudarla.

Con sus pequeñas facciones contraídas, como si el trabajo le causara preocupación, Elisa no quita los ojos de la tela. Sus dedos van y vienen: puntadas parejas que María acaba de alabar.

Ese día, como el anterior, no se había podido salir a causa de la lluvia. Las labores domésticas, pequeño refugio cotidiano, alivian el paso grave del reloj.

María, por el rabillo del ojo, vigila la tensa compañía del ama. Sospecha que ella quiere preguntarle algo y no se atreve. Las mujeres, acostumbradas a los silencios elocuentes, han aprendido a leer en ellos. ¿Será el mozo del saladero el responsable de esa arruga en la frente? Quién si no. María no ignora que la escasez de mujeres y la hermosura del ama creará discordia. Aún no se ha sentido el chicotazo de ese látigo en la isla. Pero vibra ya en el aire.

Es frecuente que, en las mañanas neblinosas, ella divise en la bahía buques imaginarios. En la niebla que envuelve a Elisa, también puede haber esa clase de amores.

La negra Julia entra con chocolate caliente.

—Aviva los leños de la chimenea —le pide María—. Está haciendo mucho frío.

Por un rato largo, sólo se oye el tintineo de las cucharitas en la porcelana.

—Misia María —dice como para sí misma Elisa—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego. —María apoya la taza en la bandeja—. Dime.

—¿Cómo es el amor?

—Alguna vez le hice a mi madre esta misma pregunta.

—Disculpe, señora mi atrevimiento, pero mi padre, la única familia que tengo, es muy huraño.

—Verás, Elisa, a mí el amor se me hace ligado a la familia, al respeto, al deber…

María entiende que la muchacha espera otra respuesta. Seguramente ha visto cómo ríen los negros y aquello que les brota de los cuerpos cuando las más jóvenes pasan a su lado. También la sumisión respetuosa de las mujeres de algunos colonos, y la avidez de los solteros.

"No te preocupes, hermanita, sabré amañarme", le había dicho Loreto ante su preocupación por saberlo solo. Amañarse era otra clase de amor. Muchas veces, en el cuchicheo de los hombres, y también en el de algunas mujeres, hallaba explicación a esta palabra.

Elisa bebe el chocolate y duda. Desea insistir pero teme que la esposa de un hombre de rango no haya experimentado los mismos deseos y vacilaciones. Son muchos los matrimonios concertados por conveniencia y las infidelidades castigadas. Y los pudores resultan tan fuertes como la misma pasión.

La lluvia, esa otra pasión de la naturaleza, penetra la tierra, que se entrega, mansa.

Elisa ha visto aparearse a los animales sobre esa misma tierra, ha oído jadeos en la bodega del barco, y las bromas de algunos hombres; ha vivido en los sueños lo por venir y ha olido el perfume dulzón que su padre traía en la ropa, al volver de la taberna. Viudo desde que ella naciera —diecisiete años atrás— buscó siempre compañías pasajeras. Él había convencido a su hija de que en un mundo por hacer, podría ser tan señora como las señoras. Y allí está ella, con la señora, intentando hablar de amor.

—No te apresures, Elisa, lo conocerás cuando llegue —dice María con la esperanza de haberla conformado.

—Pero hay gente que queda sola, quizá porque no lo supo reconocer a tiempo. ¿Y si yo también fuera una de ésas? Pero no me haga caso, suelo pensar tonterías. Ya mismo le voy a dar a Sofía su medicina, la pobrecita todavía tiene tos.

Querida madre:

Hoy me han preguntado cómo es el amor. Si la tuviera delante no le estaría contando esto. Pero la necesidad de confidencia me lleva a

usted madre, siempre tan serena. Aquí el aire es frío pero no apaga las pasiones…

Mientras beben el té de lucen previo al reposo, María le comenta a Vernet su preocupación por el ama. Quién sabe cuánto resistiría alguien tan joven y sensible. María, enternecida aún por las dudas de Elisa, evoca sus primeros interrogantes, sus primeros temerosos ardores. Y la bienhechora y confusa caricia que la hacía soñar.

A las once entra el ama. Ya le ha dado la medicina a la más pequeña y los tres duermen. Los ojos de Elisa rehúyen los de su patrona. Sus preguntas anteriores, fuera del ámbito íntimo y silencioso de la costura, aún hacen eco en su corazón alborotado.

Oyen ruidos en la escalera que lleva al almacén. Se miran. Quizás el viento. Hay ventanas que ceden a su presión. O un bulto que se ha caído. Ellos han visto cómo apilan los víveres sin tener cuidado. Preguntan varias veces en voz alta. Las voces se amplifican en la calma nocturna. Vernet se hace de un arma.

Crujen los tablones bajo los pasos firmes. Con la espada amenazadora en una mano, y un farol en la otra, recorre las habitaciones. En la última la descubre, escondida entre los barriles de azúcar: casi una niña, se ovilla aún más ante la figura erguida. Ella desearía no tener que escalar con su mirada la enérgica silueta del gobernador. La luz hace brillar el acero y los ojos celestes, enormes, de la intrusa.

Vernet la toma del brazo y la increpa.

—Nada he venido a robar —se defiende ella, a punto del desmayo.

Sobre el piso hay una bolsa aún vacía. Vernet se la devuelve con ira. Pensar que la hija de uno de sus colonos se ha atrevido a violar su casa y su despensa. No tomará medidas que la afecten públicamente, pero hablará con sus padres.

María y Elisa, al pie de la escalera, la ven bajar. El llanto no logra afear la perfección de esa cara. La silueta, envuelta en toscas telas de abrigo, se adivina esbelta y orgullosa. La noche sigue haciéndose oír. Sale a ella, y desaparece.

El ama se ha retirado. El matrimonio Vernet, junto a la chimenea, charla sobre el acontecimiento que ha instalado los vicios de la ciudad en la aparente calma del poblado. El viento y las sombras acrecientan la osadía: varias leguas ha debido caminar. Quizás alguien esperase afuera. Quizás haya sido impulsada por otro a cometer el robo. Quizás la necesidad o la obediencia, o la decepción. Difícil sitio Malvinas para una belleza que debiera lucir en salones. María recuerda la conversación con Elisa. Cosas de mujeres, piensa, que no pueden interesar a los hombres, y

ofrece un licor a su marido. Vernet se muestra preocupado. Los padres de la muchacha, colonos de trabajo, tal vez tomasen a mal su acusación. Tal vez hasta mintieran por defenderla. El silencio: justificación del hecho. La palabra: elemento de discordia. Cuánto más sencillo abrir surcos en la tierra. La justicia trastabillaba en Buenos Aires, ¿valdría la pena erguirla ahí por un asunto doméstico? Una firma artera bastaba, a veces, en el continente, para que se fusilara sin motivo cierto. El veneno de la intriga señoreaba en las calles y en las casas. No había escape. Tarde o temprano la ciudad les mordería los talones.

En el reloj la hora marca el tiempo del reposo. En el ánimo, la del desasosiego. A la mañana siguiente Vernet deberá levantarse más temprano que de costumbre. Hoy ha visto un barco, a cinco leguas, que trataba de entrar en la bahía. Se impone saber si ha sido la *Betsie* la que izó la bandera, y tiró dos cañonazos. Los puertos, esa otra puerta, también pueden ser violados por ladrones.

Vernet ha dado vueltas en la cama, pero finalmente duerme. La mirada de María, araña que teje sombras en el cielorraso, no descansa. En su tela ve Bruks y toneles, muchachas jóvenes y bellas, arcabuces y espadas. Ve torsos sin cabezas. Bergantines sin banderas. Campesinos sin tierra. Mujeres sin hombres.

El viento imita los pasos furtivos en el piso alto. Y la lluvia imita el llanto. Imitación de qué heroína será ella, se pregunta. Las muchas lecturas entretejen sus tramas imaginarias con las que María teje, día a día, en silencio. Se le vuelve a presentar la figura de su marido en busca del ladrón como un Telémaco que entra en los infiernos en busca de su padre, Ulises. Por la mañana lo escribirá en su diario, piensa.

La carta a su madre ha quedado incompleta. Se arrepiente de haberla comenzado. Bastante con tener lejos a dos de sus hijos y a sus nietos. Bastante con los cambios políticos de un país convulsionado. Bastante…

Se incorpora y mira el chisporroteo de los leños. El fuego aquieta sus pensamientos. Mantenerlo encendido es lo que importa, reflexiona. Y se vuelve a acomodar blandamente en las sábanas que su cuerpo ya ha entibiado.

13

A pesar del barro, María luce la capa de terciopelo que le regalara su madre. Es amplia, y así logra disimular sus caderas que se redondean, aunque el brillo de su mirada la delata. Piensa en el niño que nacerá en las islas. Locura ha dicho su madre.

Pero no; y si es mujer se llamará Malvina.

Loreto, Guillermo, y el encargado del almacén se levantaron temprano. Veinticinco gauchos y cinco indios —el grueso de los peones— están allí desde mucho antes. Corre el mate y se oyen rasgueos de guitarra. A las islas parece haber llegado aquello que acontece en el continente. Una nueva clase, desestimada hasta ese momento, es utilizada como fuerza política. Rosas los ha encumbrado y ellos encumbrarán a Rosas.

Las pardas y negras, adornadas como para el baile, reparten buñuelos recién fritos. Un olor espeso, tentador, que se mezcla con el del agua florida de las mozas, alborota a los hombres. Prometen, esas carreras cuadreras. Cuando el aniversario de los Vernet también se habían corrido. Y fue tal el éxito que decidieron organizar una cada mes.

Desde el alba han comenzado los preparativos. Pocos eran los pasatiempos en las islas, y muchos los trabajos. Desafío y fiesta. Relincho de caballos. Risas. Requiebros. Ropa dominguera.

Los hombres que Brisbane rescatara de las costas de Georgia son recibidos como héroes. Sentado en un palanquín improvisado, uno de ellos, que ha perdido los pies a causa del congelamiento, recibe los saludos solidarios de todos. En su cara curtida hay un gesto amargo, que pronto se dulcifica.

Oculta a medias, una muchacha no logra, sin embargo, impedir que María la reconozca. Ésa que toma de las manos al marino es la misma que días atrás entrara a robar en el almacén. Desde lejos, María se pregunta qué hacer. Quisiera saber el motivo por el cual en medio de la noche, y por un poco de azúcar —cuánto podría cargar en su bolsa— había violentado

la casa del gobernador, arriesgándose tanto. Nunca quizá como aquel que exhibe sus muñones y recibe su piedad. La carencia, ese otro muñón, quizá los uniese.

Luis Vernet da la orden de comenzar. El juez ya está en su sitio. Una larga línea de cal señala el lugar de partida. Tras ella resoplan los caballos; de sus narices brota vapor. Sosteniendo con fuerza las riendas, los jinetes tratan de mantenerlos a raya. Una nube súbita de tierra indica la partida. Surge un griterío. El jolgorio durará hasta tarde.

Vernet se acerca a su mujer con tierna disposición y le alcanza una silla.

—Te hará mal permanecer mucho tiempo de pie.

—Gracias, Luis. Pero hoy estoy bien y no me pesan el frío ni el embarazo. ¿Recuerdas la carrera con la que festejamos nuestro aniversario?

—Cómo no recordarlo, si desde ese día Loreto se lamenta de haber salido segundo de Guillermo Dickson y espera la revancha de hoy. ¿No quieres una taza de chocolate? Te la traeré.

Qué distinta esta fiesta de la del aniversario. Aquella vez no pudo evadir la melancolía, y en lugar de ver el espectáculo, ahí estaba una muchacha de diecinueve años, de talle fino y vestido blanco, que escuchaba al padre Agüero unirla a un hombre para toda la vida. Su boda había sido bendecida con mucha pompa. En esta catedral de brumas y aguas tumultuosas, María renueva sus votos.

Doña Mariquita, la del saladero, acompaña a Vernet, que llega con el chocolate. El mantón cruzado sobre el pecho es hoy festivo y festivos son sus ademanes. Quiere volver a agradecer a María aquellos buenos dulces. Los habían comido de a poco para que duraran más.

Se congratulan: la pesca es tan abundante que las instalaciones ya resultan chicas.

—Hay planes de comerciar con Brasil, como ya saben —dice Vernet—. A medida que sea necesario lo agrandaremos. Pronto también comenzará la salazón de carne, y el curtido de cueros. Brisbane se encargará en su próximo viaje de traer todo lo necesario.

Las mujeres lo miran, asintiendo.

El aroma del chocolate tienta a doña Mariquita que, a instancias de María, va a servirse.

A un costado del galpón han hecho una fogata. Sobre ella, una gran olla de cobre. La negra Gregoria, con un palo de higuera, no cesa de

revolver. Julia, a su lado, echa los trozos de chocolate, la leche y el azúcar. Con tal gentío no habrá comida ni bebida que alcance.

Dentro de la barraca, en el aceite hirviendo, nadan los pasteles. Una mulata soba la masa y otra la estira. Los dedos morenos cortan el dulce, hacen repulgues, preparan almíbar, echan grageas. El calor de los fogones lustra las mejillas de las cocineras. El frío que trae doña Mariquita desaparece; con lo bien que se está aquí no dan ganas de marcharse. La convidan y agasajan. "La del saladero" es querida y respetada: nunca niega un pescado y a todos recibe con alegría.

Elisa y los niños van de un lado a otro.

—No, Luis Emilio, basta de dulces. Ya has comido suficiente.

—Pero aún no probé los de membrillo.

—Si tu madre te autoriza…

María abraza a sus hijos. Sobre la falda sienta a Sofía y le sube la capota a Luisita, que ha estado con dolor de oídos.

—Puedes servirte uno más, el último. Y apenas finalice esta carrera, deberán volver a casa con el ama. Se ha levantado viento.

—Pero el tío Loreto ha ganado la primera y ha prometido ganar la segunda…

—Debes obedecer a tu madre —dice el ama con los ojos puestos en otro lado.

María sigue la dirección de esa mirada: Antonio Dickson, hermano de Guillermo, erguido en toda su altura, se apea del caballo y hace un saludo con la mano. Elisa, que ha notado que es observada por su señora, toma a Sofía de los brazos de su madre.

—Hace frío. Iremos a buscar el pastel para Luis Emilio y luego, como usted mandó, a casa.

Se levanta un rumor de voces. Vitorean a los ganadores. El encargado del almacén, que ha perdido en la última carrera, invita a una payada al paisano Nicanor, tan buen verseador como él.

María ve a Mariano, el mozo del saladero, ajetreado entre rebenques y monturas. Se apena por él.

14

Le gusta el vuelo de los pájaros. Cuando emergen de la niebla en formación, imagina pequeñas goletas que surcan las nubes de aquel mar alto, menos temible que el surcado por ella. Como rioplatense conoció la desmesura: la pampa, un mar; el río, otro mar. Pero ninguno como éste. ¡Y los pájaros...!

Por la cabeza del albatros que Brisbane le dejara en su cocina al regreso de Georgia, puede figurarse el resto: alas enormes, patas poderosas. En la melancolía de ciertos atardeceres cree verlo planear sobre los mástiles. ¡Y el gris de las gaviotas!, más gris que las olas de las que surgen veloces, con su presa.

La fauna de las islas, ese perpetuo asombro, tan nueva para ella como sus sensaciones, está presente aun en los días de encierro: gritos ásperos, graznidos... Más allá de su ventana, las gaviotas no se resignan a la partida de los Bruks. Siguen junto a ellos. Envidia esa compañía y esa libertad. Si ella pudiera tan sólo avistar las costas familiares, dejar recado a los suyos, verlos por un instante y retornar...

Cuando con los niños salen a recoger conchillas y piedras para enviar al continente, saludan el paso feliz de las aves. Una de ellas come de la mano de Luis Emilio. Su hijo se ilusiona con que siempre es la misma, y hasta la ha bautizado Marina.

En las islas debió aprender nuevos nombres: lobos, becacinas, pájaros niños, tan gracioso su caminar bamboleante; parecen estar vestidos de frac. Con las suaves plumas amarillas que los adornan podría improvisarse un tocado para llevar a Buenos Aires. Sus huevos son sabrosos, tres veces el tamaño de los de gallina. Las cocineras hacen flanes y tortillas; rinden mucho por su tamaño.

Junto al arroyo hay abundancia de patos de diferentes plumajes. Con colorida parsimonia nadan en círculo. A veces la mirada de María se abstrae y un repentino chapoteo la sobresalta.

Esa mañana la lancha ha traído dos lobos de un pelo. Era la primera

vez que los veía y le parecieron grandes y gordos, tan distintos, por su desagradable aspecto, de su perro pomerania que quedó en Buenos Aires, o los caballos de Domingo y Loreto, los pájaros de su quinta de San Isidro o las gallinas domésticas…

Días atrás el negro boyero le regaló un pajarito recién nacido, del tamaño de una nuez, que corre muy ligero. A esta especie la llaman P'sekue. Los primeros momentos lo mantuvo en su seno, le dio de comer en la boca y lo hizo dormir en un canasto junto a la chimenea, que se apagó por la noche. Muerto de frío, tardaron cinco minutos en revivirlo. Cuando ya repuesto corría por la mesa, Luis Emilio y Luisita lo festejaban con risas. A pesar de lo que disfrutaban, reprueban que se saquen los pichones de sus nidos y dicen que si pudieran devolver a su madre los patitos que les han traído, lo harían.

La tarde es inusualmente serena. Vernet alienta a María a apartarse un poco del recorrido habitual y andar sin rumbo.

Del otro lado de la loma, en un pequeño valle, hallan el sepulcro de un capitán de barco. Con letras blancas, sobre una tabla pintada de negro, su tripulación había escrito su epitafio. La conmovió que esos hombres rudos tuviesen el cuidado de cubrir la sepultura. Una bolsa de lona enmarcada en madera impedía que la lluvia borrase lo escrito. Esa muerte le recordó al pajarito P'sekue, que también murió fuera de su nido.

Evita pensar en la muerte, y mucho más en una muerte solitaria. La vida que le crece adentro la compromete. Se apoya en Luis, que la abraza. Sospecha que a él también, a veces, lo asaltan pensamientos oscuros. A menudo descubre la preocupación en su mirada, aunque nada le dice, para no angustiarla.

—Luis, ¿puedes pensar que nuestras tumbas en un futuro estén aquí?

—¿Por qué, no? Patria no es sólo donde se nace sino también donde se muere.

15

Ese mediodía habían almorzado las becacinas. Pero al llegar los postres, los hombres protestaron, ¿no podrían servir membrillos y yema quemada en vez de los pasteles de siempre?

—Haberlo sabido —se lamentó María. Jacinto, el portugués, había venido esa misma mañana con siete huevos de pato.

Al ver aparecer nuevamente al portugués con una media tina con doscientos huevos de "pájaro niño", Gregoria le pregunta si piensa que en esa casa sólo se come tortillas.

—Pues también con el huevo puedes hacer dulces y candeal — responde Jacinto, el pastor de ganado.

—Parece que conoces de cocina.

—¡Cómo no! Entre mis muchos oficios estuvo el de panadero.

María, como si estuviera asistiendo a un milagro:

—¿Podrías hacer pan aquí?

—Pues harina no falta, ni grasa ni agua. Una orden y lo haré.

Las manos magras y huesudas de Jacinto golpean la masa; hay que domarla y hacerla airear. Canturrea un fado. Las negras revolotean a su alrededor: misia María les ha ordenado mirar bien y aprender. Se vive un clima de fiesta. Crepitan los leños en el horno. A falta de pala, al palo de higuera con que revuelven la mazamorra se le ha adosado una media lata.

El ama trae a los niños para que vean cómo se hace el pan.

Jacinto les ofrece un trozo de masa a cada uno para que la moldeen. Bajo un paño limpio los bollos son puestos a levar.

En la cocina hay un aroma largamente añorado.

—¿Cómo es Portugal, Jacinto?

—Blanca.

—¿Y su gente?

—De trabajo. Menos los príncipes.

—¿Cómo son los príncipes, Jacinto?

—Un destello que va en carruaje.

—¿Y cómo son sus castillos?

—Una isla dorada con altas chimeneas como bonete de gigante.

—¿Y por qué son tan altas esas chimeneas, Jacinto?

—Porque sus cocinas alimentan la realeza de Europa.

—¿Alguna vez has entrado en ellas?

—No. Pero he esperado fuera de palacio a que vinieran por nuestra leña. El mozo que entró dijo que los ojos se ciegan, los oídos se aturden, y las narices se embriagan.

—¿Has dejado familia en Portugal?

—Vivos y muertos.

—¿Y no sientes nostalgia?

—Marino con nostalgia no zarpa nunca.

—Pero tú no eres marino, Jacinto.

—En Portugal todos lo son.

Circulares unos, alargados otros, la corteza lustrosa y crujiente recibe la caricia del dedo de María. Les enseña la yema roja a los niños para que no la imiten; quema, pero no ha podido resistirse.

Luis Emilio y Luisita no pueden creer que aquellos bollitos aplanados con los que ellos jugaran son ahora algo que huele tan rico.

—Paciencia —dice el ama— enseguida se enfriarán y podrán probarlos.

María comienza a llorar.

Le alcanzan una silla y un vaso de agua. La miran beber con preocupación.

—Es que soy feliz —exclama con un suspiro—. Ahora no falta nada para que esta casa y estas islas sean un hogar.

María bromea acerca de palacios y reyes y dice que ella se siente una reina. Entonces comunica a sus súbditos que Jacinto será, desde ese momento, el real panadero de su corte. Reparten el pan para que cada uno de los que están ahí lo saboreen: negros y pardos, criollos y extranjeros. Y ríen. Ríen porque Jacinto, el pastor, les ha dado el pan.

16

Amaneció garuando.

Después del almuerzo, con el cielo ya despejado, ven entrar un buque.

Cuando avistan que enarbola la bandera de Buenos Aires, algunos saltan y otros baten palmas y dan gritos de júbilo.

Vernet encomienda a Loreto que, en el bote, y con cuatro marineros, se acerque al bergantín que ya ha fondeado.

No tarda en regresar. Viene acompañado del capitán y con las cartas que el señor Lanús ha traído del continente. Al enterarse de su presencia, el gobernador decide subir a bordo, y darle la bienvenida.

Con los ojos puestos en el palo mayor, donde ondea la bandera, Vernet siente la inquietud que significa recibir noticias. Nunca se sabe qué se traen los de Buenos Aires. María, con avidez lógica, está en las casas leyendo las cartas de padres y hermanos. Sobre el escritorio de él quedaron los documentos y los periódicos que ha hecho pedir.

La negra Gregoria anuncia que el gobernador y el huésped se aproximan. María manda disponer un cuarto para el señor Lanús.

Contiene la emoción que le causaron las cartas, y sale a recibirlos. Ha perdido el hábito de las visitas inesperadas. Apenas presentados, no cesa de hacer preguntas sobre Buenos Aires.

—El señor Lanús se quedará con nosotros varios días y ya tendrás tiempo de enterarte —le dice Loreto, tratando de calmarla.

—Será un honor que nos acompañe. Ya he dispuesto un cuarto para usted.

—Agradezco, señora. Pero dormiré en la goleta con los demás.

La mañana siguiente, por suerte, se presenta soleada.

Ofrecen un desayuno de agasajo a Lanús y a sus hombres, que disfrutan del pan que Jacinto les enseñara a elaborar. En Buenos Aires era

un artículo de lujo, y se buscaba el pan hecho con harina norteamericana. Los huevos de pájaro niño, primero sorprenden, pero enseguida son aceptados y ponderados. Algún marino dice que jamás hubiese pensado que esos pingüinos que parecen hombrecitos de frac, dieran algo bueno que comer. También se cortan gruesas tajadas del jamón inglés que la *Betsie* trajo consigo.

Uno de los comentarios del señor Lanús es acerca de la caída de Rivadavia. Según él, mucho tuvieron que ver los dueños de los saladeros, que no aceptaron las transformaciones en el campo y en la aduana. En especial, el arribo de ovejas que podrían desplazar a las vacas.

—Nuestro paseo hoy será, justamente, al saladero —dice Vernet, mientras le muestra al señor Lanús una planilla en la que constan las entradas y salidas del establecimiento, rubricada por su administrador, Enrique Metcalf.

—Qué interesante, ¿así que también han comenzado a salar carne de oveja?

—Sí, ya la estamos enviando al continente. Y pronto lo haremos al Brasil: carne y cueros. No hay que olvidar que ya en el año veintitrés, el noventa por ciento de las exportaciones provenientes de la provincia de Buenos Aires destinadas a Cuba y el Brasil era de carne vacuna salada…

María envuelve una hogaza y jalea de michay para llevar de obsequio a doña Mariquita.

Cuando Elisa entra, los ojos de los hombres se detienen en ella.

Dejarán a los niños con el ama: la visita será de orden protocolar.

En su bolsa, María lleva un vaso para que el señor Lanús pueda apreciar la excelencia de las aguas que encontrarán a su paso.

Ya en camino, hallan a los Wagner, una de las familias alemanas, cultivando su huerta. Éstos, descubriéndose, saludan a los señores.

—Qué buena tierra, parece. Tan distinta de lo que uno imagina desde Buenos Aires.

—Así es señor Lanús —dice Vernet—. Desde lejos se imaginan muchas cosas. La distancia puede embellecer o deformar.

De pronto la comitiva queda deslumbrada por un espectáculo inusitado.

Allá abajo, a pesar de que la temperatura y las aguas son frías aún, un grupo de negras se bañan en un arroyo.

Llevan camisas blancas que se adhieren y transparentan los cuerpos morenos. En la orilla, puesta a secar, está su ropa.

En su propio rubor, María adivina la mirada posesiva de los hombres.

Desde la altura las ven saltar y las oyen reír. Las gotas del chapoteo irisan al sol.

Vernet ha quedado cohibido por la escena, los murmullos y sonrisas de las visitas.

—Pronto haremos un casamiento de morenos —dice—. Es difícil, sin la asistencia de la religión, mantener las buenas costumbres.

—No es de extrañar que con morenas como éstas…

Al descender la loma, y ya cerca del mar, aparecen las construcciones del pescadero.

María señala las casas. Y, con orgullo, les hace probar el agua del manantial que brota a un costado.

José, Mariquita, y don Julio, el pescadero, puestos en conocimiento de la visita, esperan a la entrada. Todos, hasta el peón, se han endomingado. Mariano, el mozo, que ansiaba que el ama también fuera de la partida, apenas oculta su desilusión.

Afuera, en una silla y al sol, Jon —el náufrago que perdiera sus pies en Georgia— zurce las redes. Para estar cerca de él, Leonor, la "ninfa de las bolsas de azúcar" —como habían dado en llamarla desde aquella noche del robo en el almacén— colabora en la salazón.

Entonados por el vino y los buñuelos de pescado, los huéspedes dicen que el asado comido en las vísperas, y estas delicias, difícilmente se hallen en Buenos Aires.

—Quizá les resulten más ricas por lo inesperadas. Muchos, así como mi madre, creen que aquí no comemos —dice María.

El señor Lanús va tomando nota en una libreta. Se asombra de los galones repletos y de la abundante pesca. Les advierte que esa riqueza puede tentar y que deben estar prevenidos. A Parish, agente de negocios de su Majestad Británica, no se le escapa detalle.

—¡A ver, Julia, que no falte nada! ¡Y las salsas a punto!

La alegría que estos huéspedes han traído a María, la impulsa a lucirse como anfitriona. Siente que las noticias de los suyos le dan fuerzas para seguir adelante. Esa noche servirán comida de la mejor: grandes mejillones de la zona, cordero al asador con salsa de menta fresca, y papas de su propio cultivo. También habrá *kuchen* de miel y *strudel* de manzana —que les ha hecho llegar Iutta— y flan del cielo con natillas.

En el momento en que Julia y Marta disponen el mantel, María se figura verlas con las provocativas camisas mojadas.

—A quién se le ocurre, recién comenzada la primavera, bañarse al aire libre. Las que sufran un resfriado, se lo tendrán merecido —dice, sin comentar que las han visto, además de ella, gran parte de los viajeros.

En Buenos Aires, todos los ocho de diciembre las aguas eran bendecidas por franciscanos y dominicos: así se inauguraba la temporada. Los porteños, que habían adoptado la costumbre de bañarse en su río, cuando las temperaturas se tornaban insoportables, hasta lo hacían de noche. Dentro de un marco dorado se enciende en la memoria de María la imagen de hombres y mujeres iluminados por candiles, bañándose en medio del oscuro temblor ribereño.

También recuerda el extenso cordón de morenas lavanderas que aprovechan el trabajo para pasarse chismes y confidencias. Ese rumor parlanchino, unido al del fregado y golpeteo sobre las piedras, es un concierto diario.

En el Río de la Plata se realizan bautismos y casamientos, se forman arcos de ropa blanca, y los homenajeados desfilan debajo de ellos acompañados por el ritmo de los gritos y los tambores. Que sus negras se bañasen en público, entonces, no debería causarle escozor. Tal vez su servidumbre, a pesar del tiempo todavía frío, y en pleno lavado, haya experimentado la necesidad de revivir aquel rito de zambullirse y juguetear, mientras la ropa limpia se va secando.

Además María conoce la dificultad de la higiene en un clima que exige recaudos: recoger la leña y poner a calentar los enormes recipientes con el agua, trabajosamente acarreada. Por eso les alaba la diligencia, y les promete acelerar la confección de vestidos para que puedan lucirlos en sus bailes de los domingos.

Ya a solas, María se sienta y contempla las galas dispuestas para la comida. Se queda sentada unos minutos y piensa: ¿este salón será el mismo de aquella primera recepción a los colonos? Apenas alcanza a ver el cielo por la ventana, pero imagina el ocaso. Un ocaso rojo que presagia calor. Un ocaso prometedor como un amanecer.

Alrededor de la mesa, los ojos vivaces, las caras lustrosas, los huéspedes no cesan de dar plácemes y agradecimientos. Después de meses de tasajo y galleta, los perfumados aderezos, y la lenta cocción que le ha dado al cordero el punto exacto en que la superficie tostada no le quita jugo a la carne, los maravillan.

—Usted, misia María, debería ser condecorada —dice, achispado, el señor Lanús—. Las batallas no se ganan sólo en el frente. Y por la que usted libra para crear en estas benditas islas un hogar como el mejor de Buenos Aires, se hace merecedora de varias medallas.

En la goleta han traído, además de ron, buen vino de Cuyo, al que

hacen honor.

—Cuando pase un tiempo —opina Loreto—, sería interesante que gente del gobierno se atreviera por estos mares. No hay carta que describa lo que los propios ojos pueden apreciar.

El señor Lafont, un francés que por hallarse en el bergantín ha sido invitado a la cena, dormita. Su cabeza, embutida en el buche de cuello y corbata, intenta, de a momentos, erguirse, pero de inmediato se balancea.

—El pobre no habla otra lengua que francés —lo excusa María ante sus compañeros que, riendo, cada tanto lo sacuden para despertarlo.

—Y se ha mandado sus vasos de vino y una montaña de mejillones, amén de las costillas ensopadas en salsa… —interviene Emilio, molesto por la descortesía de quien ha sido bien agasajado.

A los postres no pueden evitarse los comentarios sobre aquello que preocupa.

—Lo andrajosa y hambrienta que ha regresado la tropa de la guerra con el Brasil, a pesar de darnos la victoria, habla de lo poco que cuidamos nuestro ejército nacional. Esperemos que el general Paz actúe en consecuencia, porque ni yerba tenían cuando la guerra…

—Tener comida, así en la paz como en la contienda, es lo primero.

—Que vengan aquí. Verán que aunque a veces escasean algunas cosas como jabón de olor, cerveza u otros lujos, lo esencial abunda —dice María en su nuevo papel de malvinense—. El día que llegué, Loreto me sorprendió con un asado con cuero más sabroso que los de Buenos Aires.

El señor Lanús celebra el espíritu patriótico que anima a la dueña de casa y compara su salón, aunque más pequeño y con menores pretensiones, al de Ana de Riglos.

—Hay una realidad concreta que no se puede dejar de lado y es el crecimiento de Buenos Aires a pesar de la situación difícil. Cada vez se abren más talabarterías, más fábricas de velas, de carros…Y nuestro puerto importa, de Gran Bretaña solamente, cuatro millones de pesos fuertes. Imaginémonos esa cifra sumada a las que mueven las importaciones de Francia, España, Estados Unidos, la Habana.

—Nosotros exportaremos, estimado señor Lanús —dice Vernet—. A Estados Unidos, Brasil y ya veremos a dónde más.

—Enhorabuena, gobernador.

Monsieur Lafont, al que acaban de darle un codazo, abre los ojos, y exclama: *Oui, mais oui,* como si hubiese estado atento a la conversación. Enseguida sus párpados vuelven a cerrarse. Y una respiración alta, sostenida y acompasada, lo denuncia.

Vernet hace una broma acerca de lo buen negociador que es el francés, y todos la festejan.

También festejan las especialidades de la repostería alemana, que compite con la criolla por los favores de los comensales.

—Los ha hecho la señora Wagner, en honor de ustedes.

—Es una bendición estar rodeados de buenos vecinos y convivir en hermandad. De donde vengo, las intrigas no dan tregua. Los gobiernos provinciales conciertan una alianza. Y el plan actual de Buenos Aires es imponer la constitución de 1826 y triunfar sobre el caudillaje del interior.

María, con voz teñida por una angustia que la asedia desde fines de año, pregunta por la viuda y las hijas de Dorrego.

—Esforzadas mujeres. Se cuenta que el depuesto gobernador, apenas comunicado el parte de su fusilamiento, y con entereza que doblega a sus victimarios, da a Lamadrid unos cordones del uniforme para que los entregue a Ángela, su mujer, y deja los tiradores a sus hijas. Hoy ellas están en la indigencia y se ven obligadas a trabajar de costureras en la ropería de Simón Pereyra, proveedor del ejército.

—Injusto destino —murmura María con un ahogo, los ojos empañados. Y bebe un sorbo de licor para componerse.

Elisa —que comió con los niños y los hizo dormir—, ha sido invitada a la velada de canto y música que se dará una vez finalizada la cena.

El ama, de silueta fina, con el canto se agiganta. Sueña, quizá, con el porte de Segunda Iglesias, una belleza que su padre solía mencionar como inigualable, y que, en su época, tenía cautivada a la población porteña. Esta noche, su señora ya le ha dado buena paga por su canto permitiéndole alternar con caballeros distinguidos. Hay uno, de grandes ojos melancólicos —con quien durante la jornada anterior tuvo ocasión de intercambiar unas palabras— que ha puesto su mirada en ella y no se la quita de encima. Que se marche en un par de días es secundario. Ahora sólo importa tenerlo ahí, regalándole calladas historias de amor, con sus ojos de fantasía.

Al gobernador, a pesar de estar ocupado en sus labores de anfitrión, no se le escapa el abatimiento en el que se halla su mujer después de haberse enterado de las estrecheces que viven la viuda y las hijas de Dorrego. Tampoco se le escapa que al ama no sólo le gusta lucirse con el canto, y que no le molestará ser suplantada en sus tristes y cielitos.

—Vamos, María, ahora haz el favor de tocar para nosotros. Tal vez una de esas melodías que cantas en francés despierten a monsieur Lafont.

Si los manjares, la amable charla y ahora los aplausos, le dan alegría, ¿por qué predomina en ella la tristeza?

Vienen a su memoria unos versos: "*Y mire que es un dolor/ ver esas rivalidades/ perdiendo el tiempo mejor/ hasta que no quiera Dios/ se aproveche cualquiera/ de nuestro sudor*". Bartolomé Hidalgo quiso cantar los resultados de los primeros diez años de libertad. Casi una década después —lamenta María para sí— el tema continúa vigente.

Loreto aproxima un pañuelo empapado en vinagre a la nariz de monsieur Lafont, hasta hacerlo estornudar. Cuando le dicen que madame Vernet ha cantado en francés para él, exclama: *Très bien, très bien* y sacude la cabeza en un intento por despabilarse.

Más adelante, otro francés, que permanecería despierto en las reuniones, daría testimonio en *Patagonie, Terre Du Feu et Iles Malouines,* de la biblioteca en varios idiomas y de las amables veladas artísticas organizadas por madame Vernet.

17

"¿Jura, Antonio, moreno, natural del Brasil, amar a Marta, morena de África, serle fiel y tratarla bien para toda la vida? ¿Y Marta, jura amarlo, serle fiel y ayudarlo para mantener la casa…?"

Firman, como oficiante, Luis Vernet, y como testigos: de Antonio, Emilio Vernet y de Marta, Loreto Sáez.

Los padrinos, Juan Simón y Victoria Enrique, colonos, entregan a los novios un quillango de llama y fuentes de confituras. Por la noche habrá un festejo menos solemne.

María ha hecho un tocado para la novia con una mantilla de blonda española y un ramo de flores, las primeras de la primavera, que recogiera con los niños.

El novio lleva una levita, obsequio de Emilio Vernet. Loreto Sáez sorprende a los recién casados regalándoles una ternera.

El gobernador ha dispuesto para el matrimonio una de las nuevas casas de huéspedes, cercana a la vivienda principal. Antonio, capataz de los negros, y Marta, hábil en la costura y la elaboración de velas, seguirán a su servicio.

Elisa suele cantar para los peones que le pagan por ello. Pero ha dicho que en esa ocasión no aceptará moneda alguna. Su canto es en honor de los novios.

El mozo del saladero, con los ojos entrecerrados, la escucha. Se figura que él —que sólo está ahí porque doña Mariquita lo ha enviado con un presente— es el destinatario de ese canto de amor.

María siente que, con esa boda, se le ha cumplido un sueño y, a pesar de la indiferencia del obispo, que no les ha enviado cura, ellos pueden legitimar la unión de las parejas.

Vernet dijo: "Este es el primer matrimonio civil en Argentina".

Quizá, piensa María, los lamentos de Villanueva, aquel sacerdote franciscano que habitara las islas durante la ocupación española, habían prevenido en contra a las autoridades de la iglesia. "Miserable tierra,

incapaz de encontrar en el mundo mayores desdichas juntas, ni cosa ninguna buena": así las había descripto en una carta. Pero 1767 no era 1829; había avances en la ciencia, en la industria, y en la voluntad del gobierno argentino que hacían pensar en el progreso. Luis había invertido muchos pesos fuertes en Malvinas, y aún no estaba seguro, dadas las condiciones políticas del país, de que sus posibles socios europeos quisieran colaborar con él. María está convencida de que la ceremonia a la que acaban de asistir es una piedra más en la construcción de su castillo rodeado de agua y niebla.

La voz del ama entona un triste. La melancolía de esas estrofas tiñe los ojos de quienes evocan otros paisajes y otras canciones: *lieds, fados,* sevillanas, candombes...

María saca de un arcón los vestidos posibles para el agasajo de la noche.

Elisa y los niños asisten al milagro de sedas, encajes, broches y peinetones. Sofía juega con un abanico multicolor y María la reprende. Su corazón se acelera al recordar una época de galanterías y frivolidades.

Elisa no puede reprimir sus deseos de probarse un peinetón. María la alienta apoyándole sobre el cuerpo un vestido punzó.

—Pruébatelo, Elisa. A mí, con este vientre, sólo me van las ropas sueltas y de poco adorno.

Cuando el ama reaparece, los niños aplauden como si estuvieran asistiendo a una función teatral.

Frente al espejo, erguida, el ama se imagina reinando en las tertulias de la mejor sociedad. Para eso ha nacido ella, según su padre. En la luna del cristal, Elisa es más Elisa que la que cuida niños, cose, borda o zurce. Mientras canta, ella suele parecerse a esa joven que, plantada en sedas y encajes, la mira con desafío. Por eso canta. Ha descubierto que en las letras y en las melodías puede imaginarse distinta: ser distinta. Y tiene una convicción: quienes la escuchan también la ven como ella se ve.

—Estás bellísima —exclama María.

Las niñas se pasan flores de telas brillantes y Emilito esgrime, a modo de espada, un quitasol de mango de nácar. Las mujeres, ajenas a esas travesuras, se contemplan y aquilatan. Ni los leños de la chimenea tienen ese fuego. El que enciende a María es el del éxito: ella ha logrado un casamiento, sin iglesia, y una transformación, sin magia. La muchacha que tiene delante no es menos dama que las que ostentan apellidos ilustres. El porte y los modales no habían denunciado, al principio, el

origen humilde de Elisa, pero sí su indumentaria.

—Quédate así. Lo usarás hoy.

Elisa balbucea una negativa.

Es tan grande su deseo que teme no poder regresar de él. Si ya era difícil mirarse en el espejo y saber, ¿cómo sería verse y saberse en la mirada de los otros? La de su señora es amistosa y maternal. ¿Y si descubriera la burla en la de los demás?

—Yo pareceré la novia, ¿entonces qué pensará Marta de mí?

—No pensará. La felicidad es como la pena, lo cubre todo.

—La pena es hoy mía —reprime un sollozo—, y la felicidad es de Marta.

María le rodea el talle. No hay nostalgia en su voz cuando dice:

—Así de fino lo tenía yo. Hay un tiempo para todo: el mío me ordena dar vida. —Se acaricia el vientre con la derecha; la izquierda aún se apoya en la cintura de Elisa—. Hijos, islas, niñas casaderas..., qué más da... Pero el tiempo que te corresponde a ti...

—Hermoso color —murmura Elisa como despidiéndose de él—. Habrá que acostar a los niños y no será apropiado que vestida de este modo...

—Te ayudaré. Más se arruga en el arcón que puesto. No temas, tienes peor cara de susto que yo cuando vigilo la llegada de una embarcación. Y así estás tú, conteniendo el aire y con los ojos rojos. Verás que en la fiesta sólo tendrás que vértelas con banderas amigas.

—Usted es muy buena. Pero a veces el enemigo se dice amigo y trae el puñal bajo el poncho.

—Ahora no tanto —ríe María—. Rivadavia prohibió "el uso del cuchillo". Aunque debe rondar todavía en las pulperías, donde corre el alcohol. En fin, Elisa, que a mí me parece que es más peligroso el puñal de la política: desencadena una ira que primero se disimula y después se hace notar en la sangre que corre.

—Este vestido suyo, misia María, tiene el color de la sangre.

—Color que se ha puesto de moda, Elisa. Me han llegado noticias de que las casas que antes se pintaban de celeste, se están comenzando a pintar de colorado.

—Me gustaría estar en Buenos Aires, paseando por sus calles adoquinadas.

—Mírate. De peinetón y mantilla te ves como una emperatriz. Figúrate en un carruaje, sentada sobre sedas y borlas, y mirando por sobre el abanico a un caballero.

—¿Podría estar yendo al teatro? Nunca he ido a ver una función. Mi padre, que ha visto a Trinidad Guevara, dice que ahí abundan los terciopelos, y que se respiran perfumes que marean más que el licor.

—Olvidó decirte de los ladronzuelos que, al menor descuido, cobran de los bolsillos algún pañuelo de lujo. ¿Sabes, Elisa? Hay veces que miro la bahía y creo ver en ella la representación de ese pañuelo. Los dedos de alguna embarcación tramposa podrían arrebatárnoslo. Como notarás, Elisa, tú no eres la única en temer. En Buenos Aires, con bayonetas y mosquetes, la policía vigila la entrada a los teatros y detiene a los ladrones. ¡Ojalá pudiéramos nosotros cuidar tan bien la entrada a nuestras islas!

Entre tanto, Luis Emilio se ha cubierto de la cabeza a los pies con un mantón y da voces roncas para asustar a sus hermanas. Apenas la más pequeña se pone a llorar, Elisa la alza en sus brazos y la acuna.

—Oh, el volado —dice apartando a Sofía de su pecho. Y pide auxilio con la mirada.

—A la cama —ordena María.

Los chicos, excitados por los preparativos, se niegan. Pero su madre, secundada por Elisa, con dulzura y firmeza, los lleva hacia el cuarto.

Todas las fiestas se parecen.

María se desdice de ese pensamiento en cuanto los negros rompen sus posturas serviles en un plástico candombe: han dejado el galpón o la intemperie por la sala, y ni sus patrones ni los colonos parecen sorprenderse.

Antonio se menea como hijo del Brasil que es y Marta, alejada de sus tareas, golpea las plantas de los pies contra el piso como si sus ancestros tribales se lo ordenaran. Baten los parches y ese tam tam profundo abre una grieta colorida en la formalidad de los blancos. Hay quienes se atreven y se unen a la ronda.

María conversa con doña Mariquita, engalanada con un chal de ganchillo que le llega a la cintura.

Elisa, tiesa en su traje de princesa, no acepta la invitación de una mano que la solicita. Antes había accedido al minué y a Dickson, con graciosa prestancia. ¿Cómo alterar ahora su señorío con un ritmo ajeno? Tan ajeno como su traje, piensa. Si quedara pegada a él, y no se lo reclamaran, una nueva y suave piel la cubriría. Entonces las ásperas telas sólo serían un mal recuerdo.

Las ávidas miradas de los hombres no son una novedad para Elisa. Pero sí es nueva la admiración de los ojos que parecen acariciarla con sensualidad reverente. Hasta su padre se ha detenido ante ella por unos segundos, como preguntándose a sí mismo si es su niña la mujer que a todos cautiva.

Brisbane, que acaba de llegar, le cuenta al gobernador del torneo en Reinhill, en el que participaron distintos carruajes: un vehículo, la locomotora de Stephenson, a pesar de mover a risa, triunfa. Dicen que revolucionará el transporte.

—Hay muchos inventos locos —opina el capitán, escéptico.

—Todos parecen locos en un comienzo. Pero ellos hacen avanzar la civilización. Yo tengo en mente una maquinaria para cardar lana.

—Adelante, gobernador. No dude de que ello traería enormes beneficios a la industria lanera. Y con lo propicias para las ovejas que son estas islas…

Vernet hace proyectos: en su próximo viaje traerá más caballos a Malvinas.

—Aunque en las islas las embarcaciones cumplen un papel fundamental no hay que olvidar que para trasladarse en tierra se hacen necesarias las carretas y los coches de viaje. Mi responsabilidad es hacer rendir estas islas, y después dar cuenta a aquellos que me las han confiado.

—Muy honroso de su parte, gobernador. Y ojalá pensaran así los terratenientes. A pesar del Gran libro de la Propiedad Pública, aún no se encontró tiempo para tasar las propiedades y menos para cobrarlas.

—Muchos están con Paso. Él ha afirmado, ya en el veintiséis, que no era conveniente que hubiese grandes propietarios con un montón de gente pobre alrededor y que en un buen sistema de población deben repartirse las tierras. Mi voluntad es que mis colonos crezcan y sean felices. Por eso prefiero que los disconformes se marchen. La infelicidad es contagiosa.

—Así es. Pero no se olvide, mi amigo, de alguien que pensaba parecido y resultó ser uno de los principales accionistas de la Sociedad Rural…

—El mismísimo Rivadavia —lo interrumpe Vernet—. Noticias del continente hablan de que él y su amigo Julián Agüero, han partido o están por partir para Colonia. Y que desde ahí zarparán rumbo a Europa.

—En Buenos Aires, a pesar de todas las novedades, aún se vive el cimbronazo del fusilamiento de Dorrego. En mi último viaje he podido comprobarlo, aunque, ocupado en negocios, apenas si he tenido tiempo para la política.

—La política, capitán, también está presente cuando se negocia, ¿o no es así?

Emilio festeja a una muchacha de tez aceitunada y ojos oscuros, que luce una vestimenta regional. La belleza mediterránea de ella, contrasta

con la apostura vikinga de él.

Loreto, al piano, ejecuta un aria de *El barbero de Sevilla;* Iutta, que posee una voz bien timbrada, lo acompaña.

Se suceden los bailes regionales. Alguien hace escuchar el sonido de una gaita y doña Mariquita y Mateo Brisbane, aplauden. Flautas, guitarras y hasta panderetas han traído a la boda.

Jacinto, el pastor panadero, se ha ocupado del pastel, que cubierto de fina pasta de azúcar y adornado con flores y confites, aguarda en un costado del salón.

Con aire principesco, Elisa y Antonio Dickson bailan una mazurca. La falda es una corola punzó, y la botita de punta asoma con garbo. Ojalá esa noche no terminara nunca.

María, mareada por ese vértigo multicolor y por el ambiente caldeado, pide a doña Mariquita que le alcance una limonada. La del saladero, hábil en asuntos de preñez, la abanica y manda a don Julio por la bebida. María se desprende la cinta que sujeta su camafeo y dice que no hay de qué preocuparse; en su estado, eso es normal.

Antes de ir a dormir, y a pesar del agotamiento, María escribe.

Querida madre:

Hoy hemos celebrado en las islas, el primer "casamiento civil". Esto quizás resulte incomprensible a sus sentimientos cristianos. Pero no tenemos otra manera de legalizar las uniones. Hubo ceremonia y fiesta. Me siento feliz…

18

Una mujer inglesa —que hace un par de días fue a Statenland* con su marido, botánico y naturalista que se ocupa de catalogar especies de la zona austral— pide quedarse en Malvinas hasta que mister Nims regrese de la expedición. Luego seguirá viaje a Buenos Aires con el bergantín.

Miss Nims se ofrece para ayudarla en la costura. A María le han llegado cortes de bayeta, tarlatán, batista, terciopelo...

Es grato sentarse junto al fuego, en las largas tardes, y aguja va, aguja viene, charlar de moda y de literatura. La inglesa ha traído con ella una buena cantidad de libros y un costurero de gran tamaño con hilos, alfileres y dedales.

Se divierten ideando modelos apropiados para las islas: ruedos con pesas pequeñas para que el viento no los levante, altísimos cuellos que hasta cubren la barbilla, manguitos y mitones de doble lana, pellizas que llegan a la cintura, botas forradas, caperuzas amarradas a la espalda...

María se entusiasma escuchándola contar.

Statenland, rodeada de un mar que permite ver el fondo, y circundada por bosques de guindos siempre verdes, canelos, y arbustos de michay —de flores anaranjadas y frutos muy dulces— es uno de los lugares más bellos que los Nims han conocido.

María cree ver los zorzales patagónicos, los chingolos, y los Alakush, exóticos patos que no vuelan, que también están en Malvinas.

Después de que nazca su niño, ella visitará esa isla cuyo nombre en lengua ona es Chuanisin. Vernet, que la ha explorado hace tres años y trazado mapas, le ha dicho que fue descubierta en 1616 por navegantes holandeses: Tierra de los Señores de los Estados, la han bautizado en homenaje a sus reyes.

—¿Es verdad que Statenland pertenece actualmente al gobernador?

—Sí. Por decreto del gobierno de Buenos Aires.

—¡Ah, Buenos Aires! Mi marido, ya en su primer viaje, quedó muy

* Isla de los Estados

bien impresionado con esa ciudad.

—No ha sucedido lo mismo con otros ingleses.

—Es terrible y desagradable mirar por encima las posibilidades de los otros. —Miss Nims menea la cabeza y comienza a hilvanar un ruedo con mecánica prisa.

El mundo es distinto de lo que uno supone.

Esa mujer alta y huesuda, se vuelve blanda y breve cuando, con un resplandor momentáneo en sus ojos acuosos, habla del trabajo de su marido. A ella no le molesta el frío. Hubo veces que, en sitios tropicales, dejaba de ver los contrastes y el paisaje se le aparecía como calcinado por un sol que lo blanqueaba todo.

Resulta tan obvia su dicha. María, las mejillas arreboladas como una adolescente, tiene ahora una amiga. No se avergüenza ante ella. Y le habla de sus temores. Si en vez de mar, la separasen de Buenos Aires leguas y leguas de tierra, nada la amedrentaría. No hay camino más polvoriento, cerrado y gris que las olas en medio de una tormenta.

Miss Nims sonríe. Posa su mano transparente sobre la tela en la cual trabajan y la alisa, como buscando en esa acción alguno de sus muchos viajes. A ella la excitan las largas travesías en barco. Quizá, por no haber tenido hijos, ha tomado esos meses en altamar como un modo de gestación. Apoyada en la barandilla de cubierta, la mirada perdida en una inmensidad que se diluye en los sonidos, piensa, piensa mucho. En tierra, por el contrario, es partidaria de la acción. Y se agota de tanto ir y venir.

—Háble me de su país —pide María.

—En él, como en Malvinas, hay niebla.

—Pero yo he visto grabados, leído libros, escuchado historias… Cuénteme alguna.

—En Londres hay muchos edificios, mucha gente, mucha suciedad, mucho ruido, mucha indiferencia… Hubo una vez una niña que quedó huérfana y fue recogida por sus tíos: la caridad deja de serlo cuando se la hace notar a quien la recibe. Luego hubo una muchacha que conoció a un hombre que la tomó sin dote. Y más tarde una mujer dispuesta a cruzar todos los mares del mundo si ese hombre se lo pidiese.

—No ha tenido una infancia feliz —dice María como reprochándose la propia.

—Quizás ello haya sido una bendición. No me atan lazos. El único —se toca el medallón con el retrato de su marido—, lo llevo amarrado a mi presente.

María le enseña una revista de moda que ha tenido la gentileza de enviarle Mariquita Sánchez. Mientras la hojean y hacen bromas acerca de unos trajes muy livianos y atrevidos, que irían de maravillas en el amplio

salón de la calle de los Altos, María no puede dejar de pensar en los afectos. Ella es rica en ellos. Pero a la vez, prisionera de los mismos. Tal vez se viera tan etérea a la inglesa por esa escasez de cariños. Los de María son incontables... Recuerda a sus compañeras y amigas, sus parientes y servidores, y Malvinas, esta patria suya... A la inglesa parece alegrarle la lejanía de esa otra isla de la que proviene. Y no frecuenta en especial a los pocos compatriotas que se hallan en Malvinas. Dice que un viajero de sangre debe convivir y adoptar las costumbres del lugar en el que se halla. ¿Desapego?, se pregunta María. ¿O real conocimiento de la vida? A ella la habían criado en un capullo, solía comentar con ternura Vernet, mientras la cortejaba. Y no estaba alejado de la verdad. Por eso, más de una vez le ha repugnado entrar en contacto con lo real. Todavía la asedia la imagen de la cárcel, en plena ciudad, desde cuyas ventanas los presos insultaban a los peatones. Era una jovencita de estómago delicado que no pudo reprimir los mareos cuando, el mismo día de su boda, debió sufrir el espectáculo infernal de los cadáveres exhibidos bajo los portales del Cabildo.

—¿Son crueles los ingleses? —pregunta María—. Sus piraterías y astucias son famosas.

—Los hombres son por lo general crueles. En una sociedad mucho más antigua que la de ustedes, hay mayor experiencia en el ejercicio de la crueldad. Los he escuchado decir que las riquezas de Hispanoamérica han sido inexplotadas por la incuria de los españoles y la indolencia de los nativos. Los ingleses miran hacia el sur de América con los ojos de la experiencia: y ven aquí la riqueza y el futuro.

—Ojalá se cumpla lo de riqueza y futuro. —Su corazón siente el alivio de quien se sabe parte de un proyecto de grandeza y, al mismo tiempo, resquemor.

La negra Gregoria entra con la tetera y panecillos: un placer al que, gracias a Jacinto, se han habituado.

En Malvinas, la dieta no difiere mucho de la del continente: carne, galleta y mate. Miss Nims ha traído una gran provisión de té inglés que no hace necesario recurrir al de lucen, y por ahora lo disfrutan.

Beben y ponderan el pan casero, cuya elaboración es responsabilidad de Gregoria y sus ayudantes. María cuenta que a Marta, la recién casada, se la está instruyendo en el arte de amasar, y que lo hace muy bien.

—El mayor mérito de la gente que se ha afincado en las islas es su capacidad de adaptación. A los que reniegan, Vernet los alienta a regresar. No desea retener a nadie contra su voluntad. Su ambición es lograr una población contenta con su destino.

—A muy pocos los conforma su destino. —Hace girar con sus dedos el

pan, como si con ese movimiento hiciera mover la tierra en su eje—. Aquí, en Buenos Aires o en Londres, hay disconformes: la suerte es una moneda tramposa. Yo, si mi marido encontrara en estas islas su principal lugar de estudio, no dudaría en quedarme con él.

María expresa su esperanza de que llegue a suceder. Así imagina ella a la comunidad que están gestando: polifacética y amistosa. Charlan acerca de indios y gauchos, de morenos y blancos, de las distintas lenguas y costumbres.

Después de la merienda seguirán cosiendo. Y charlando.

Cuando la oscuridad ensombrezca las ventanas, y la llama titile en los fanales, ellas habrán terminado con los vestidos para las niñas. María se alegrará entonces de enderezar su espalda. Pero lamentará abandonar el cuarto de costura. Cada rincón queda en ella aunque cierre su puerta hasta el día siguiente. Todo en él es silenciosa armonía: cojines, butacas y sillas, a un costado de la chimenea; y al otro, la gran mesa de cortar, y la de arrimo. Un cuadro pintado por Fermín Gayoso —primer porteño pintor que fuera esclavo de Pueyrredón—, es el único adorno en sus paredes. Ningún otro objeto distrae la atención de las costureras. María atesora para sí el verdadero y nuevo adorno del cuarto: la amistad.

19

Los días hermosos son un regalo.

Vestidos de paseo, Vernet y los niños apuran a María. A medida que su cintura se agranda, sus movimientos son más lentos.

Julia la ayuda a trenzarse el pelo y sujetarlo en la nuca. Cuando el sedoso peso cae sobre su espalda, María tiene otra vez dieciocho años, un talle breve y unos ojos que encierran, en su brillo nocturno, sueños amorosos. Tal vez Julia, con la mágica certeza de su raza, conoce los secretos de esa silenciosa cabellera y se demora en ella para que su señora recupere, en unos pocos minutos de tocador, aquellos largos años de las ilusiones. En la estancia caldeada el pelo vive y se esponja, una vez apretado, y a la intemperie, marcará la forma de una cabeza pequeña y altiva, pero ocultará a los ojos de todos aquello que dice y canta cuando lo sueltan, feliz.

Entretanto, las otras negras fueron en busca de leña. Durante la primavera y el verano, son las mujeres las que se ocupan de esa tarea. Durante el invierno, lo hacen los hombres.

—Cuídate esa tos, Julia. Cuando cruce el médico, te haré ver.

—Ya se me irá con la miel y el orégano. Dicen que es lo mejor.

Elisa no está. Le han dado el día libre: su padre, que sufre de gota, necesita atención. La familia aprovechará el buen tiempo para pasear en bote por la bahía y juntar mejillones. Jacinto, como buen portugués, es ducho en la preparación de mariscos. A Vernet le gustan especialmente los preparados con vino y salsa de ají.

Recortadas sobre la barranca, como una cadena cimbreante, bajan las negras leñeras. Las antecede su canto. Al sol son manchas oscuras y coloridas que reverberan en el verde liso de la gramilla. Los Vernet se detienen para mirar el cuadro.

Al llegar a lo alto ven, en el declive, una piedra blanca de gran tamaño que es una trampa para el ojo. De lejos, todos creen ver en ella una casa.

Las mejillas de los niños enrojecen por el viento y la carrera.

Brisbane ha enviado a uno de sus hombres con el bote. María se encapricha en subir a él, tal vez influida por las anécdotas de la inglesa, pero su marido la convence: en su estado sería una imprudencia. El muelle está cerca, y ella podrá seguir acompañándolos desde la orilla: remarán cercanos a la costa.

Cuando ve cabecear el bote, se alegra de estar en tierra.

Luis Emilio tira las piedras que ha recogido por el camino. Se forman círculos en el agua, tan clara, que duplica la escena.

Ve brillar algo, y hacia allí se dirige.

Jamás hubiese imaginado que encontraría el llavero que había perdido el día anterior. Lo agita en el aire, para que Vernet lo vea.

Desde el episodio del robo, mantenían la puerta del almacén bajo llave. María recuerda a la bella muchacha escondida entre sacos y toneles. Pensar que ahora se dedica a cuidar a aquel desdichado náufrago al que se le congelaron los pies en Georgia y hubo que amputárselos. Muchos dicen con malicia que esa preocupación es porque están amancebados. De ser así habría que invitarlos a hacer lo mismo que los morenos Antonio y Marta. Es bueno que el amor y la responsabilidad vayan juntos. Vaya a saberse si no, cuántas mujeres y sus hijos quedarían a la deriva.

Ahora, un petrel, con las largas alas desplegadas, planea sobre las olas.

Emilio y Loreto, que suelen salir a hacer reconocimiento de las islas cercanas, le han contado que esas aves anidan en lugares inaccesibles y excavan galerías en los islotes marinos, pero viven en el mar y sólo llegan a tierra firme para procrear. De repente siente que el petrel representa la fuerza y el coraje de los isleños.

María espera con ansias el momento de recuperar agilidad. Ella querría acompañar a los hombres y conocer todos los rincones de su nuevo hogar.

Con esfuerzo, se inclina y desprende sus botitas.

Las plantas de los pies no huyen de ese hielo que quema. Prisioneras de felpas, lanas, algodones, agradecen el contacto liberador. Con la falda levantada, ve que las olas suaves, al retirarse, burbujean entre los dedos perezosos que cobran agilidad, color. El frío sube por los tobillos, por las pantorrillas, caracolea entre los muslos… Como en San Isidro, como en la barranca, se dice, y recupera la infancia, la adolescencia…

El bote se aleja. Vernet la saluda con su pañuelo y los niños festejan. Sus risas se pierden en el viento. También en el viento parece bailar la María que su memoria evoca mientras ella, orgullosa, contempla a su familia.

Los ve doblar y amarrar junto a la goleta. La pequeñez de la canoa

junto a la *Betsie,* le trae la imagen de aquel diminuto P'sekue que protegiera en su pecho.

La algarabía del regreso cesa cuando María reprende a los niños, que quieren imitarla y descalzarse. El agua, que ella ha tocado, está demasiado fría.

Enseguida muestran los regalos: una punta de flecha de piedra, conchillas, caracoles…Y la sorpresa: una piel de nutria de mar. María dice que la enviará a don Bartolo Muñoz, en Buenos Aires, para hacerse un manguito.

En una canasta van poniendo los mejillones.

Miran con atención hasta descubrir los pequeños hoyos que los delatan. Sofía, que apenas camina, señala a sus hermanos los globitos que se forman en los orificios y los revienta con el dedo. María dice que enfermará si sigue mojándose el vestido. Y Vernet la levanta en brazos.

La niña patalea. Esos caprichos no los hacen con el ama, piensa María.

A Vernet le hubiese gustado llegar hasta los corrales para mostrarle a su mujer cómo los colonos hacen camas de paja para las vacas y terneros y, todos los días, limpian el sitio donde las atan. Pero los chicos se han puesto difíciles y comienza a refrescar.

20

A las nueve de la mañana se divisa un buque.

Cuando está a media legua ya es el mediodía. Loreto y Brisbane salen a su encuentro en un bote, y a las seis regresan.

Perrins, el capitán de la goleta extranjera, viene enfermo. Vernet, al enterarse, decide hacerlo bajar a tierra y darle ayuda.

La negra Julia, que ha sido encomendada para armar una habitación cómoda y con chimenea, trajina batiendo almohadas.

María dispone el polvo de mostaza para los sinapismos y paños limpios. Se ha compadecido de ese marino de voz grave y expresión mansa. Parece entregado a las mujeres que deciden y hacen. Con esa resignada actitud de los que sufren, abre la boca para los caldos y, mientras se espera la llegada del médico, duerme mucho.

Las criadas intentan descifrar las palabras entrecortadas que musita en sueños. Miss Nims dice que es el delirio, y sugiere que le pongan paños con vinagre sobre la frente. A pesar de que han asegurado que no es peste, Vernet teme por los suyos y la gente que tiene a cargo.

Ruiz Puente, que ha hablado con la tripulación, opina que la culpa es de las malas aguas, que ya antes el grumete y el cocinero sufrieron el mismo mal, y que en Fuerte Protector* los han curado con tisanas, reposo, y mucha agua pura. Debajo del puente abunda, y María ordena que vayan al manantial con varios cántaros.

El día siguiente amanece nublado y con mucho viento.

Según el médico que ha traído la *Betsie* desde el continente, el

* Actual Bahía Blanca.

enfermo mejora pero aún deberá quedar en tierra por un tiempo más.

Las provisiones que el capitán Perrins, agradecido, ha hecho desembarcar, se suman a la despensa. La harina siempre es bienvenida, y también el café, una exquisitez no común. El aguardiente y la miel los usarán en la elaboración de licores curativos como los de poleo y menta.

Curiosamente, Perrins prefiere el autóctono té de lucen al inglés. Miss Nims bromea al respecto y dice que los sudores le han hecho perder el paladar. El capitán, débil aún por las sangrías, a veces se asoma a la ventana a respirar aire puro: su cuarto huele a hierbas medicinales y ungüentos.

Como Vernet y Brisbane suelen darse una vuelta para distraer al enfermo, María recomienda al capitán de la *Betsie* que no vicie el cuarto con el humo de su pipa.

Los hombres conversan en inglés, ya que Perrins sólo conoce unas pocas palabras en español.

El gobernador, a pesar de la simpatía que le despierta el convaleciente, está a la defensiva. Conoce la madera de que están hechos los marinos ingleses. Y las islas no dejan de ser un bocado apetitoso para los que husmean y cazan en la zona.

Por la *British Packet and Argentine News,* página en inglés que desde cuatro años atrás circula entre los británicos de Buenos Aires, Perrins se ha enterado de la libertad de culto y del establecimiento de la primera capilla protestante en Buenos Aires. Vernet le cuenta del reciente matrimonio civil que han celebrado, de los variados credos de los pobladores de Malvinas, de la iglesia católica que, a pesar de las insistencias, aún no les ha enviado cura, y de su mujer que, a falta de iglesia, quiere levantar un lugar de oración para todos.

Brisbane dice, sonriente, que sería bueno no morirse, ya que no hay quien rece el responso. Vernet se asume como capitán de las islas a su mando y afirma que, si hiciera falta, hasta daría la extremaunción.

Perrins conoce los entretelones de la política argentina: afirma que, por ahora, no se ocuparán de las carencias religiosas porque los urgen otras prioridades. Y comenta cuánto ha crecido el nombre del comandante general de campaña, Juan Manuel de Rosas. A Vernet esas rencillas entre porteños y provincianos, más los costos de la guerra con el Brasil, le dificultan las gestiones con sus posibles socios europeos.

—Ojalá se mantuviera aquel empuje de los años veintiuno, veintidós… —dice—. A Rivadavia se lo debimos… No hay que olvidar que las ovejas que hemos traído a las islas son mestizas y que fue él quien introdujo la raza Merino para purificar la criolla, a pesar de la oposición de la gente de los saladeros de Buenos Aires, que pensaban que esa carne desplazaría a la de

vaca.

Los ejemplares del “Argos” que trajera Lanús a Malvinas no sólo habían ofrecido las últimas noticias sino también preocupaciones: varios buques de la división del Atlántico del rey Carlos X, al mando del vizconde de Venancourt, se apoderaron a cañonazos de los Bruks de la escuadrilla argentina fondeadas en el puerto de Buenos Aires. Muy pronto, una de las más grandes y sorprendentes bajantes del Río de la Plata dejó en ridículo, y varada, a la escuadra del rey.

—Bien merecido se lo tenían estos franceses —dice Brisbane—. Todos quieren dar el zarpazo; menos mal que ayudó la Providencia.

—El episodio es casi bíblico, al leerlo, pensé en Moisés separando las aguas.

Don Julio acaba de enviarles varios pescados gordos y un pájaro niño vivo. En la orilla de una isla cercana, han dejado mil ochocientos huevos, para ir a buscarlos después.

Es el primero de estos pájaros que María ve. Y manda llamar a los niños para mostrarles el plumaje amarillo que lo adorna, y ese modo gracioso de bambolearse al caminar.

—¡Qué solemne! —dice Elisa—. Parece un viejo de levita que va al teatro.

—Tú y tus salidas. Para mí es como un chico: ¿acaso no lo llaman pájaro niño?

Sofía casi lo ahoga con su abrazo. Luis Emilio le dice que no es un muñeco, que hay que respetar a los animales. La pequeña, muy seria, se aparta y le hace una de esas reverencias para saludar a las visitas que el ama le ha enseñado. Los tres piden quedarse con él como mascota.

—Busquémosle un nombre.

—Gracioso.

—Ya sabemos que lo es.

—Entonces démosle ese nombre.

—Mejor pongámosle Plumitas.

—¿Y por qué no Hielito? Ahí es donde vive, ¿no?

Gregoria coincide con Elisa; a ella también le parece un viejo y propone llamarlo don Cosme. Los niños aplauden y repiten, “don Cosme, don Cosme”.

Vernet no se sorprende con el ave; él ha tenido oportunidad de ver colonias de ellos, en sus recorridas.

Miss Nims, que entretenida con su libro se ha mantenido al margen, dice:

—Es de la especie real. Los pingüinos comunes, según mi marido, no llevan collar de plumas amarillas.

—Los niños lo quieren como mascota.

—Creo que no sobreviven mucho tiempo en cautiverio.

—Aunque sea una semana — implora Luisita.

—Concedido —dice Vernet—. Pero ni un día más. Después, lo devolveremos a su ambiente.

21

Afuera, el paisaje tragado por la niebla.

Se adivinan los velámenes y los mástiles de las goletas ancladas en la bahía.

Un humo compacto y estático, detrás de los vidrios, oculta la realidad y crea otra.

—Los ingleses somos proclives a imaginar mundos en la niebla, ¿no lo cree capitán Perrins? —Miss Nims apoya el libro de poemas sobre la falda y fija su mirada en la ventana.

—En especial los marinos.

—¿No ha sentido a veces que su barco podría ser la goleta aquella de la *Balada del Anciano Marinero* de Coleridge, que se acercaba con una sola pasajera?

—¿Quizá la Muerte? Yo también la vi desde este cuarto. En la fiebre viven los demonios. A veces nos llevan, a veces deciden dejarnos.

—Esos demonios de los que usted habla, no sólo están en la enfermedad. Más de una vez, y en salud, los despertamos.

—¿A qué se refiere?

—Los demonios que yo veo también viajan en goleta y también va la muerte con ellos: son la codicia, el engaño, la violencia…

— ¿He sido yo o Coleridge el culpable de sus visiones oscuras?

—¡Ambos!

—¿Puede saberse por qué?

—Porque temo que este último y apartado rincón del continente sea un cofre de riquezas que muchos deseen abrir.

—¿Y me incluye a mí, un capitán como tantos?

—Usted me simpatiza, pero los países son fríos cuando se trata de intereses. Y los hombres a sus órdenes…

—Mi trabajo no es codiciar tierras ajenas sino comerciar con ellas. ¿Y usted, señora mía, qué hace en estas tierras?

—Acompaño a mi marido.

—Un reconocido naturalista que ha trabajado con D'Orbigny, por lo que se dice. Esperemos que no le suceda como a Amado Bonpland, que fue confundido y puesto preso.

—No hay cuidado. El gobernador Vernet y Buenos Aires lo protegen.

—Ha tenido suerte, Doris. En mis muchos viajes pocas personas he visto tan generosas y cultas como éstas.

Sobre un hornillo hierve el agua en la pava de peltre que siempre acompaña a miss Nims. Perteneció a su madre, y era la única posesión que sus tíos le habían reconocido. Ese objeto familiar, ese hombre y el idioma en común, crean una atmósfera íntima que la hacen agradecer ese momento mágico.

Están solos. El gobernador y sus ayudantes se ocupan de construir un cercado con madera de Statenland para hacer un jardín delante de la casa, sobre la barranca que cae al mar. María ha ido con el ama y los niños a que Iutta la instruyera en la repostería alemana. Y Loreto y Emilio están en la Estancia.

—Los ingleses, además de nuestra fama de piratas —sonríe miss Nims—, también somos famosos por nuestra adicción al té.

—Antes que el mate, esa costumbre bárbara que viene de los indios y no de la España, prefiero cualquier infusión…

—Hasta el lucen, ¿no? Para mí es tan amargo que sólo lo tolero con miel.

—Así me lo ha dado misia María y no lo hallé amargo. Será porque en alta mar a veces escasea el azúcar… O porque conozco otras amarguras.

A miss Nims se le han redondeado las facciones, y una sonrisa le tiembla en los labios cuando pregunta:

—¿Será indiscreto saber cuáles?

—Mi mujer ha muerto de parto, y a los niños los cría la abuela.

Ella alarga la taza de té con expresión compungida.

—Lo siento… No quería…

—No se aflija. Me hace bien hablar con usted.

—Al tomar la taza él le roza la mano.

¿Ese roce, como la niebla, escondería todo un mundo detrás? Miss Nims da un sorbo y lo mira.

—Debe de haber sido duro.

—Sin mujer la vida es navegar sin puerto.

—¿Para usted eso es la mujer?

—Y una brújula y un faro, para usar términos marinos…

—Yo no sé qué haría si me quedara sola.

—Usted está sola.

—¿Lo cree? Mi marido explora a sólo un día de aquí. Con mandarlo llamar…

—Pero usted no lo hace.

—Respeto mucho su trabajo.

—Como una madre el trabajo de su hijo. —Pone la taza sobre la bandeja y le sujeta ambas manos—. No se ofenda, pero usted no merece envejecer en soledad.

¿Por qué la perturba tanto el beso cortés que él ha dejado en su palma? ¿Por qué ansia que no vuelvan los demás? Miss Nims no ignora la respuesta. Le acomoda las almohadas para sentirlo más cerca, le estira las cobijas para que sus manos recorran las formas del hombre. Ese olor a tabaco y sal que emana de él despeja la niebla y le permite ver el otro lado de ella misma.

22

Querida madre:

Aún estará disfrutando de las nuevas que envié con el señor Lanús y ya van otras. Es que aprovecho la partida de la goleta del capitán Perrins hacia Buenos Aires. ¿Le gustó la jalea de michay? Es un fruto muy dulce que se da en la zona.

El capitán Perrins, quien le llevará noticias y encomiendas, ha estado malo, muy grave, y fue atendido por nosotros. Contamos con la ciencia de un doctor que vino del continente para el menester. Entre la visita del señor Lanús —ya le he contado que fueron días muy agitados— y el esfuerzo que demandó el enfermo, no se me ha dado tregua.

A veces olvido mi estado, madre, y sé que, de estar presente, usted me regañaría.

Ahora, mientras le escribo, miro por la ventana grande del salón, hacia la bahía. Todo está calmo, finalmente, pero es tanta mi ansiedad por saber de ustedes, que vigilo cada recodo, cada punto de la bahía hasta donde mi vista alcanza, esperando ver llegar la ansiada goleta que me traiga noticias.

No está en mi diario este desasosiego. Sólo es para mí y a usted se lo confío porque sabe que a pesar de la nostalgia, no resigno mis deberes…

Una mañana clara en la que el crujido de las jarcias y el chillido de las gaviotas le hablan a los vientos de un nuevo destino, es el momento de la partida.

Ese océano vasto que aguarda, apenas más allá, sabe, como los marinos que lo surcan, que la quietud maternal de la bahía significa en sus vidas sólo un instante.

El tiempo es otra cosa.

Desde la orilla, las dos mujeres, erguidas y muy juntas, miran los botes y a los hombres que abordarán las goletas. En una, manda el capitán Perrins; en la otra, Brisbane.

Todo ha sido un sueño. Y como en sueños, la inglesa ve partir a aquel que supo disipar la niebla constante que la envuelve. Pocos días de sol en Malvinas. Pocos días de sol en Londres. Pocos momentos de éxtasis —casi ninguno— en su vida.

María sueña, también. Pero con la llanura. No hay vez que contemple el mar, que no la vea: mansa y rebelde, como una niña a la que se desorienta con caricias y castigos. Piensa en sus padres, tan lejos. Y en su infancia y adolescencia, tan cerca. Basta con que se arrime a la costa, para que rememore: una joven de contenida alegría ha ido a festejar, con los de su familia, el primer aniversario de la independencia. La primera nave argentina se hacía a la mar; la despedida en el puerto era ruidosa; pero ella, cerca de su madre, callaba su deseo de unirse a los que gritaban o daban vivas. La de ahora no difiere mucho de aquella muchacha. Hubiese querido pedirle a Vernet que no se marchara con Emilio y Loreto en la *Betsie.* Los postes que harán plantar en diferentes bocas de la península, al sur de Puerto Soledad, les llevarán una semana. Después del trajín del enfermo, de la a veces molesta invasión de su casa, la soledad morderá más. Luis le había preguntado si se sentía fuerte. Y ella le dijo: sí. Un no hubiese bastado para que se quedara. Pero ha aprendido. Ni el llanto interno ni la cama fría ni el sentirse desvalida doblegarán su voluntad. Si el gobernador considera que hay que hacer esos corrales para el ganado, ella no lo detendrá.

Los niños y el ama, indiferentes a la escena, pasean y juntan caracoles. María, desde donde está, los ve empequeñecidos y felices.

Doris saca un pañuelo de su bolso y lo agita. Uno de los que van en el último bote, se da vuelta y saluda con la mano. Como para sí, ella dice:

—Capitán Perrins.

—Enfermo dócil —agrega María.

—Y buen lector.

—Lo echaremos de menos, Doris, ¿no lo cree?

—Su presencia llenaba la casa.

—Es cierto. Hubo un momento en que tantas idas y venidas me fastidiaron. Pero ahora, que los hombres nos dejan solas…

—Coseremos mucho, María.

—Sí. Coseremos y hablaremos de libros y de países. Así viajaré sin tener necesidad de abordar uno de esos terribles… —y señala con el dedo a la *Betsie.*

—Yo, sin embargo, añoro la solitaria cubierta, la sombra del mástil, la grandeza del mar…

—En Malvinas no escasean ninguna de esas cosas, Doris. No son pocos los días en que la playa me parece la desolada cubierta de un buque. Y si la *Betsie* está fondeada, tampoco nos faltará mástil. Y mar… —hace un ademán abarcador—. Y soledad… —se lleva la mano al corazón.

Miss Nims sonríe. A pesar de la pérdida, no siente angustia: es bueno que Perrins haya venido; bueno también que se marchara. Bueno también tener a esa señora comprensiva que la hospeda y la acompaña.

Tomadas del brazo, casi sin respirar por el viento que parece haberse levantado para alentar la partida, ellas siguen en la costa.

A María, su bergantín le parece una oscura fortaleza. A miss Nims, las velas hinchadas del que se lo lleva a él, un gigantesco pájaro.

El bauprés del barco británico, durante aquellas tardes en que la mujer inglesa cuidó al enfermo, fue una espada amenazadora. Y cuando él la invitó a conocer el barco, y ella vio los libros y pinturas que él guardaba en su camarote, supo que lo recordaría siempre. A su regreso de aquella visita miss Nims le había contado a María —que debió quedarse en tierra por su estado— de las olas que lamían el casco y de los gavieros que cantaban en las alturas. Esa música era igual a la que se hace en las grandes catedrales para que los feligreses acepten su insignificancia ante el Señor, había dicho. Y María le había respondido: “Insignificancia no es lo mismo que humildad, miss Nims”.

Los bergantines, dos puntos, ya entran en aguas profundas.

Las gaviotas acarician las olas y se elevan. Su chillido suena a llanto. Las mujeres, los ojos perdidos en la distancia, también están en mar abierto.

El horizonte, persistente límite, les marca el regreso. También se los marca la algarabía de los niños que, con las canastas repletas, vienen a exhibir sus tesoros.

Cuando están llegando a las casas, miss Nims se da vuelta y, como un vigía, contempla el océano. La bruma, una vieja amiga, le dice que no tiene sentido seguir mirando.

23

Bastó que el pájaro niño encontrara un espejo para que los grandes de la casa tomaran una decisión: devolverlo adonde corresponde.

A los hermanitos Vernet les resultó gracioso que "don Cosme", como un viejo presumido, no se apartara del reflejo de su imagen.

—Busca a los suyos —dijo miss Nims.

—Ellos viven en colonias, y ahí debe estar —completó el gobernador.

—Sufre —aseguró María.

Muy buen tiempo: salen tres botes. Dos, con veinte hombres dirigidos por Brisbane, navegan hacia unas piedras grandes, a la entrada de la bahía: van a la pesca de lobos.

El gobernador y su hermano, con seis peones, se dirigen hacia la boca de una península que cerrarán para guardar ganado.

Luisita y Sofía, despiertas desde temprano, se han despedido de su mascota con llantos. Luis Emilio, a pesar de entender que era lo que correspondía, no pudo evitar una mueca de resentimiento al saludar a su padre.

Vernet piensa en la escena que acaba de dejar atrás. Mientras ellos trabajen, uno de sus hombres irá donde hay más de esas aves que no vuelan y ahí dejará a don Cosme; hasta él se ha acostumbrado a llamarlo así.

Prometió a su mujer que volvería a la oración. La pobre está cada día más pesada, pero su ánimo no decae; hasta se ha puesto a bromear: dice que su bamboleo al caminar es como el del pájaro niño. La península está a media legua por mar y a dos por tierra. Espera que no haya contratiempos que demoren el regreso: es hombre de palabra, y la que ha dado a su mujer, vale. También la que dio a su cuñado: ir a Long Island en busca de costillas de ballenas. Con ellas harán palenques para atar las

vacas. Rememora la primera vez que avistó ballenas. No podría hablar de terror pero sí de temerosa curiosidad. Los amigables monstruos asomaban sus lomos y se sumergían: siempre nadando hacia mar abierto. Altos chorros de agua, coletazos de cinco metros que hacían tronar. Aquellas moles parecían desdeñar la nave y los minúsculos hombres que las contemplaban. Eran demasiados los que se interesaban en esas "minas de oro" del Atlántico Sur, y por lo general no respetaban las restricciones impuestas por el gobierno de Buenos Aires.

A Brisbane lo entusiasma salir de caza. No es el único; ya un primo suyo había integrado —en el año 1813— la tripulación del bergantín Rastrero que, al mando de Enrique Torres, cazaba focas en la zona. Y después se unió al Espíritu Santo, que más tarde descubriría la Antártida. Ambos buques, procedentes del puerto de Buenos Aires, convalidaban los derechos argentinos en la zona.

El espectáculo es sangriento y sólo el recuerdo siempre presente de las ventajas económicas lo hace tolerable.

Matan focas y lobos a garrotazos, las arenas se colorean y el agua clarísima del mar vira a rojo oscuro. Allí mismo desuellan a los animales: los despojos no aprovechables son abandonados a las aves marinas: gritos, bramidos, chillidos y olor pegajoso a muerte.

Hans, un colono joven que había pedido ser de la partida, se escandaliza.

—Es como matar niños. Ni siquiera respetan a las crías.

—Pero es buena piel que usted usa —responde un lobero, señalándole el abrigo—. Además, en Buenos Aires, así es como matan a los perros sueltos que andan sin bozal.

—Pero será para evitar la rabia. Y por orden del Protomedicato.

—Y aquí, para evitar el hambre y por orden del buen dinero que se gana.

Uno comenta que los remeros deben fijarse cómo desplazarse y fondear. No sea que, a causa de los cachiyuyos que oscurecen el suelo, tropiecen con rocas ocultas o amarren en lugar poco firme. El mar hierve aquí y la correntada arrastra botes y cargas.

—Y puede llevarse a algún retobado, también —apunta, socarrón, otro lobero.

Los palos ahora quietos, la furia, acallada. Las primeras sombras empiezan a desdibujar los bultos sanguinolentos.

Alrededor de las fogatas, protegidos por cueros, comerían enseguida el tasajo y el pescado salado que les preparara don Julio.

Brisbane lleva su inseparable petaca de ron. Y los demás se calientan con los porrones de ginebra.

La buena de Marta les ha hecho una horma gigante de pan que Antonio, su marido, corta en rebanadas, sosteniéndola con el brazo izquierdo. Al negro lo tranquiliza haber concluido con la masacre, que no le gusta. Por suerte, las historias que se cuentan alrededor del fuego espantan las visiones recientes, que aún perduran en la noche quieta.

Elisa es mentada por dos peones, que casi se van a las manos.

El capitán, que parecía adormilado, impone orden: entonces dos gauchos comienzan a cantar:

A mí no me gusta el vino
ni tampoco el aguardiente;
a mí me gustan las mozas
de los quince hasta los veinte.

Y el otro le retruca:

El amor es como un potro
no se puede contener,
el caballo tiene riendas,
el amor, ¡qué ha de tener!

24

El viento no ha calmado.

Toda la tarde sopló sin tregua y aún se cuela por las rendijas y castiga las velas, cuyas llamas se retuercen y danzan como pequeñas bailarinas orientales.

Los niños leen en la gran cocina. Oye, amortiguadas, sus voces que responden a la voz del ama.

María intenta escribir en su diario, pero no puede. Y entonces, se sienta al piano.

Miss Nims fue a la playa a juntar mejillones. Y Luis ha partido esa mañana con los loberos, pero seguirá otro rumbo. No le gusta que su marido participe de esa cacería. ¿Por qué habrá que matar?, piensa. "Es voluntad de Dios que hizo a todas las criaturas del mundo para que el hombre se sirviera de ellas", oye la voz del padre Agüero. Entonces…, a callar, María.

Gregoria entra con la lámpara de aceite y la deja sobre el piano.

¿Algo más, ama? Y en la voz de María —no, no, gracias—, hay un leve temblor.

Algo más, sí… Sus horas felices, doradas, sus bucles y peinetones, la liviana mantilla sobre los hombros tersos, no esta ropa, no este pelo tirante, no.

Aprieta las teclas del piano, blancas y negras como sus días y como sus noches, como cada uno de sus días y de sus noches, ahora su día en fa, en sol, en sí. ¿En sí?

—El agua ya está lista, ama. Y le he puesto un puñado de flores de lavanda y las demás cosas que a usted le gustan.

María mira las manos renegridas de Gregoria, que tanto preparan el baño como friegan pucheros.

—Gracias, Gregoria, ya voy.

Y se levanta, cierra el piano, y allí quedan encerrados su extrañamiento y su nostalgia. A vivir su día "en sí".

Entra en su habitación. La batea en el centro humea aromas deliciosos; la receta de su abuela: el puñado de pétalos de rosa, las hojas de menta, la canela, las peladuras de naranjas, las frescas, de las que Bruks trajera de las islas.

—Abuela decía siempre que romanos y griegos usaron el baño de lavanda, que es sedativo, bueno para los desfallecimientos y mitiga las pasiones del corazón, Gregoria.

—Misia María, usted no desfallece, es incansable, ¿no le iría mejor un baño de flores de tilo como los que toma la señora inglesa? —Gregoria le frota la espalda con jabón de olor.

María se relaja en el vapor y goza de esa humedad caliente, amorosa, que le recuerda a Luis. Con los ojos entrecerrados mira las burbujas tornasoladas. El vientre, la piel tirante y lustrosa de jabón, se apoya sobre los muslos. Malvinita tiene su propia tina, se dice. ¿Oirá como ella el viento, los latigazos rítmicos del mar? Seguro que sí. Porque serán los sonidos que la acompañarán siempre. Quizá su marido espere un varón; esas islas necesitan hombres fuertes, le ha dicho. Ella, por no contradecirlo, ha callado. Será una niña, algo se lo dice. Una que le haga honor al nombre elegido para ella.

—Ahora una toalla tibia y a descansar junto a los leños por un momento —dice Gregoria y la envuelve, antes de que llegue Julia y las dos morenas diligentes vacíen la tina y la lleven de nuevo junto a los fogones. Los niños tomarán su baño, como es habitual, en la cocina. Vernet lo hace en el arroyo cercano, pero el agua aún está fría para sus hijos. Y María, por pudor, no dejará la tina.

Repasa con la mirada absorta su dormitorio. ¿Cómo pudo flaquear? Aquí está, en su aposento del castillo: ventoso, lejano, pero suyo. Algo así como los castillos inaccesibles de los cuentos medievales.

25

Sofía llora.

Es la primera vez, desde la llegada de María, que los truenos se dejan oír. Dicen que allí casi nunca truena.

Toma a la más pequeña en brazos, y reprende a los mayores que imitan los ruidos con las manos en bocina, asustándola.

Las negras se inquietan; algunas se persignan y otras besan sus amuletos. Marta cuenta que los truenos son lamentos de almas en pena.

—No es verdad, hay una explicación científica y no debes afligir a los niños.

María se acerca a la ventana y anuncia:

—Viento fuerte y granizo. No habrá otro remedio que permanecer encerrados.

—Se hará difícil —sin dejar su lugar, el ama mira hacia afuera—. Con los últimos días de buen tiempo, todos estamos mal acostumbrados.

—Haremos galletas y ayudarán a hacer figuras.

Luis Emilio dice que hará un pájaro niño; Luisita, estrellas, y el ama dejará que Sofía amase.

María, en un rincón, aprovecha para escribirle a Loreto que ha ido a la estancia a traer una caballada. Mandará la carta con Antonio, que lo ayudará con el arreo.

Querido hermano:

Ojalá en la estancia el tiempo no esté tan malo. Aquí graniza y truena y eso podría espantar a los caballos. Cuando regreses te estaremos esperando con esas torrejas que tanto te gustan. Esta mañana…

Luis Emilio empuja a su hermana que se burla de su galleta.

—Tu pájaro niño parece una tortuga —ríe Luisita.

—Y tus estrellas son mochas.

Los gritos perturban a María, que abandona la carta.

—A ver, a ver, iremos al salón a cantar —dice mientras los separa y pondera sus trabajos—. Iguales a don Cosme, y las tuyas, Luisita, parecen las de Belén. Cuando regrese vuestro tío se las haremos probar.

Al ama se la ve distraída. Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado. Más tarde deberá preguntarle qué le sucede. Ayer también andaba tristona. María no olvida que hace poco le ha preguntado sobre el amor. Recuerda también al mozo del saladero y a Dickson, jinete tan elegante en las carreras cuadreras. Y la mirada furtiva del ama, y su confusión al ser descubierta.

María no quisiera equivocarse en el trato. Pero Elisa se ha criado sin madre y quizá necesite alguien en quien confiar.

Los truenos se suman al alboroto de los niños y a aquello que agita la sangre joven.

Malvinita, en el vientre de su madre, se mueve y patea, como si estuviera participando.

—Elisa, ven a cantar conmigo. Ustedes, niños, hagan ronda. *Estaba la paloma blanca, sentada en un verde limón…*

Los niños giran tomados de la mano.

Ay, *ay, ay, cuándo veré a mi amor…*

El ama siente la mirada indagatoria de María y enrojece.

Suenan las campanadas del reloj. Levanta la vista y se asombra.

—¿Sabes, Elisa? Los truenos no han durado ni una hora.

—Qué suerte. Quizá podamos salir todavía.

26

Claro y hermoso.

Reciben la visita del piloto y algunos marineros de una goleta que ancló en un punto distante de la bahía para surtirse de agua.

Les ofrecen chocolate y bizcochos de anís.

Al rato, Bruks, el capitán del buque, llega nuevamente con naranjas de Santa Catalina.

—Usted nos malcría. Ya no sabremos prescindir de ellas.

—Para servirla estoy, señora. Y para nada compenso las amabilidades que recibo de ustedes.

El termómetro sube hasta sesenta y ocho grados Fahrenheit.

Proponen a los huéspedes ir al pescadero. Vernet —cuyo padre tuvo una curtiembre en Europa y conoce el oficio— está en tratos con Bruks para usar su goleta a fin de enviar al Brasil pescados, cueros, y carne salada.

El sol es tan fuerte que María regresa a la casa para buscar su quitasol.

En el camino ven cómo arde una extensa zona del islote cercano en el que abundan paja y turba. Algunos peones, encargados de recoger paja para techar, seguramente dejaron brasas que el viento avivó.

Vernet, preocupado por el incendio, una vez que busque auxilio, alcanzará a María y a los demás.

Desde un promontorio, les muestra las piedras que, allá abajo, semejan un pequeño poblado. María no les dice que ese caserío de fantasía es el que levanta por las noches, cuando busca imágenes felices. Pero sí les dice que don Julio, el pescadero, no sabe lo que es sacar redes vacías.

Tampoco deja de hablar de los arroyos y manantiales que encuentran a su paso ni de sus aguas, que hasta curan males de estómago y fiebres rebeldes. Pone como ejemplo a Perrins, que llegara moribundo y que gracias a las abluciones, buches, y sus ocho vasos diarios, hoy estaba surcando esos mares del Señor.

En el pescadero hay gran animación. Pronto irán al muelle para entregar un cargamento de pescado.

Doña Mariquita, contenta con sus ajetreos de anfitriona, les hace probar bocadillos de mariscos y postas fritas de merluza negra. Corre el licor casero y una certeza: Malvinas, a pesar de su aislamiento y clima duro, no volverá a ser un sitio desdeñado por el hombre: ahí también puede construirse una vida digna y próspera.

A María el corazón le da un brinco cuando "la ninfa de las bolsas de azúcar" se acerca y, con una reverencia, pide hablarle a solas.

Van lentamente en dirección a unos toneles de sal.

Jon y ella viven juntos, le dice. Lo ama, le dice. No le importa que su familia se oponga, le dice.

Un sol casi de verano hace menos duras sus palabras.

—No pido limosnas, señora.

—No es mi intención darla.

—Puedo coser, cocinar, labrar la tierra, arrear ganado...

—¿Y la tarea en el pescadero?

—Basta con Jon. Sus brazos son fuertes y sus manos nunca se fatigan.

—Te buscaré algún trabajo, te lo prometo.

—Gracias, señora.

—No me agradezcas. Sólo hazme una promesa.

—¿Cuál?

—Si lo amas, cásate.

María mira en dirección al marino sin pies que ha obtenido los favores de Leonor. A ningún poblador se le escapa que esta muchacha y Elisa son las más asediadas de Malvinas. Curioso destino, medita María. Primero, se arriesga a robar azúcar para endulzarle la leche a sus hermanos pequeños; después, se amanceba con alguien que la necesitará constantemente. Recuerda a su marido acariciándole el vientre: "Ojalá sea varón, estas islas requieren músculos y sacrificios". "La ninfa", piensa María, no se amedrenta ante sacrificios. Y lo que le falta en músculos lo reemplaza con valentía. ¿Así será su niña por nacer?

Con la llegada del gobernador, Bruks y su gente —a pesar del lenguaraz alcohol— se vuelven más formales. Surgen nuevamente los negocios y a todos les place saber que el fuego —por obra de Loreto, y algunos marinos— está a punto de ser dominado.

Vernet no disimula su disgusto. Brisbane acaba de informarle que los botes que en la víspera fueron por lobos, no encontraron ni uno. Presumen que antes hayan estado otros loberos, y que diezmaron. Esos buques extranjeros parecen ignorar las circulares en inglés que él ha hecho

repartir y en las que se prohíbe depredar en playas de su jurisdicción. Las directivas de Buenos Aires son claras. Las malas intenciones de ciertos países, también: las últimas noticias sobre la posición del presidente Jackson son desalentadoras. En su próximo viaje hablará con el Gobernador sobre el futuro de las islas. El comercio con el Brasil ya es un hecho, y la próxima meta es Europa. Apenas disponga de barco propio buscará socios e inversores. Cuando Jewett, nueve años atrás, izó la celeste y blanca, en nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se encontraba entre otros, el explorador británico, capitán James Weddell. A los demás capitanes se los puso al tanto del acontecimiento y nadie protestó. Pero ahora, a pesar del tiempo transcurrido, se empeñan en ignorar banderas y prohibiciones.

27

Hay pocas velas encendidas; los días son más largos pero ya se deja sentir la oscuridad de la noche.

María, en la tranquila penumbra del cuarto, se acerca al candil. Sería oportuno escribirle a su madre. Vernet no regresará hasta el día siguiente; miss Nims se ha retirado temprano; un té sedativo, buena lectura... A María le agradaría ser tan metódica para sus actos, aunque cierta complacencia adolescente cuando improvisa, la hace sentir más viva.

Los niños, con la cercanía del verano, a veces se ponen insoportables: creen que toda esa agua, toda esa inmensidad, ha sido creada para que ellos brinquen a su antojo. Por suerte ya duermen y el ama vigila su sueño.

Querida madre:

El año 1829 pronto se acabará y con el nuevo...

Otro domingo de baile y bulla. Se acerca a la ventana, mira la luna y escucha.

Es como si las puertas no estuvieran cerradas. El suelo parece moverse bajo sus pies y eso le provoca un dichoso desasosiego.

Se meterá en la cama. Un licor de naranjas y un libro de poesías harán buenas migas con esa luna redonda y su vientre caprichoso.

Con su amplio camisón de cintas al cuello y las sábanas almidonadas, parece una joven princesa. Sonríe: nadie es joven ya con tres hijos y uno por venir.

En la mesa de luz, sus compañeros la aguardan: un sorbo y un poema que serán como la caricia del hombre ausente.

Ignorará los ruidos. Ignorará la fiesta. El calor y el color también reina en los dulces sueños.

Más allá, en otra cama, Elisa aguarda. Está vestida, pero se siente

desnuda. Nadie desnudo saldría a la intemperie y a esas horas. Pero ella sí, se lo ha prometido a Dickson.

—Iré —le dijo.

Entonces irá.

Aparta las sábanas. Se sienta en el borde del lecho. Se calza. Se pone de pie.

Sofía se agita en su cama. ¿Y si despertara? Desecha sus prevenciones. Él la espera.

Al atravesar la galería, se dice que entre ella y los negros que bailan en el galpón hay una gran distancia: ellos son como una familia; ella está sola. Piensa en su padre con remordimiento. Y en misia María. Pero el recuerdo del sudor del caballo al que Dickson había traído ayer al galope y su sudoroso pedido, la hacen correr sin remordimientos.

—Dame un beso —le pide, apenas ella entra en el sitio donde se almacena el forraje.

La negra Gregoria había dicho que los truenos son lamentos de almas en pena. Pero aquello que truena en su cuerpo no tiene pena y tal vez no tenga alma. Es una explosión. Igual que ver aparearse las fieras. Igual que imaginar entre sábanas sudorosas. Igual que la rebelde mano que, ajena a su voluntad, en las interminables noches, la explora, la encuentra, la soba. Sólo que ahora no son suyas las manos. Ni propio el aliento. O tal vez sí. ¿Quién podría decir de qué boca parte el gemido, de qué corazón ese latir, de qué secreciones los jugos? Oler. Tocar. Y no ver. Cegada por la oscuridad y por aquello más oscuro aún que la atormenta —la posibilidad de la preñez—: todo, murmura, pero ahí no. Más que pudor, más que decencia, es miedo: al parto, a la soledad, a la muerte... Su madre, que ella matara al nacer, se lo ha advertido en las pesadillas. Entonces lo aparta. Y cuando él la sujeta hasta lastimarla, y la pierna de ella se libera y golpea ahí, donde ha visto golpear a los hombres en peleas desleales, y escucha que él le dice, perra, aprovecha para salir, veloz, sin resuello.

¿Y si la siguiera, se metiera en la casa, despertara a su patrona...?

El sonido visceral del candombe crece, se encabrita.

La salvación está ahí, en ese sexo sin pecado, en esos rojos sin sangre, en ese baile sin mesura. Ese ritmo la llevará por sobre el abismo. Por sobre la culpa. Y volará por sobre la sorpresa que causa el ama ahí, en medio de un domingo que se despide y comienza a ser lunes: de labores, de sí misia María, de sí patroncitos. A bailar, Elisa, a buscar la complicidad de los negros que juran que no, no dirán nada.

Porque entienden que sin meneos de caderas, sin miradas a lo alto y a lo bajo, sin plantas ni palmas gozosas, la vida sólo es trabajo, pena, hartazgo…

¿Cómo hará Leonor con su amante sin pies?, se pregunta Elisa mientras los suyos brincan y recuerdan cómo fueron, rápidos, al encuentro de Dickson. Dickson: boca de miel, piel de fuego, manos de lobero. Pero ella esquivó el garrote, la sangre. Su humanidad entera se negó a ser colgajo del hombre que dejó de serlo cuando ella le pidió que no ahí. Ahí no.

Quisiera ser invisible.

Siente que por su carne protestan las mujeres. Todas: hasta las muertas. El lenguaje de la música le ha permitido gritar que el amor no es supremacía, ni castigo, ni insultos. Perra, le han dicho. Perra se siente. Y en cuatro patas quisiera entrar en el dormitorio del cual saliera en dos. Sin pies es el hombre que ha elegido la "ninfa de las bolsas de azúcar", pero seguro con alma. Por algo Leonor acepta ser los pies de él. También ella aceptaría ser los ojos y oídos de su amado. Pero no su presa. Tantos seres con alas en las islas. Y ella con tan poco vuelo.

Le parece una debilidad indigna la que la detiene junto a la puerta que debe abrir.

La niñez, ajena aún a los tumultos del cuerpo —que siguen reclamando la pesada levitación del deseo— tampoco se desvela con los llantos del ama.

Bajo los cobertores, Elisa se despide de la que fuera. Ha visto en las sombras los riesgos de la pasión. Y sabe que, a pesar de la reciente lucha, querrá volver a mirarla a los ojos.

28

En los ratos libres, Vernet planta papas chilenas y arvejas. Su recreo es el trabajo en la huerta.

Hace poco contrató a un alemán que estuvo empleado en la quinta de Holmberg —en Buenos Aires— y que ya sembró —en Malvinas— muchas semillas de hortalizas y flores.

Vernet quiere hacer en las islas algo similar a aquella quinta, tan famosa por su extensión y lo avanzado de sus cultivos. Y planea un invernadero para los más delicados. A María la entusiasma la idea de tener flores en su casa, pues hasta ahora sólo llena sus jarrones con las silvestres.

Con Loreto y Brisbane plantaron una alameda que llega hasta el arroyo del puente. Forma una calle muy espaciosa y bonita, piensa María. Ese túnel incipiente les brindará adorno y regocijo.

Un día lluvioso y de mucho viento, el capitán Brisbane, desembarca un arbusto lleno de frutas parecido a la mora, aunque no tan dulce, que crece en Statenland. A María le parece muy bello, con las hojas semejantes a las del arrayán. Por fortuna, trae bastante raíz como para ser trasplantado.

Los capitanes, encargados de buscar especies que pudieran darse allí, andan de recorrida. Esa época es propicia para aclimatar plantas.

Las mujeres, ocupadas en la elaboración de velas, que comienzan a escasear, salen a recibir los árboles como si fueran amigos. Y hablan de ellos con igual entusiasmo. Así intercambian conocimientos. Y se enteran de cómo es la vegetación de sus países.

El capitán Bruks aguarda un día de sol para bajar la leña. Trae también una fruta semejante a la uva y que, según miss Nims, es común en Inglaterra, y muy sabrosa.

Las plumas de color oro de los pájaros niños no son tan bienvenidas. El recuerdo de don Cosme está fresco aún. Así como las recibe, María las esconde de la mirada de sus hijos.

—Desembarcaré dos pájaros niños vivos. En esta estación pueden pasar dos meses sin comer porque es el tiempo en que salen a las playas a poner sus huevos y mudan de pluma —dice Bruks.

—Le agradezco, capitán. Pero los chicos ya han tenido uno y les costó desprenderse de él.

—Tal vez los quieran en el saladero...

—Cuestión de ellos. —María frunce el entrecejo—. Pero aquí no. Lo ideal sería que los regresara a su colonia.

—Mire que son animales sin memoria. Por algo se los llama también bobos. La prueba está en que no huyen de sus depredadores, y hasta rodean las ollas donde los loberos hierven a los ya cazados para extraer su aceite.

Si hay algo que hiere la sensibilidad de María en esta nueva vida es la crueldad con los animales.

Vernet invita a los hombres a un asado. Desde temprano, los asadores están clavados al reparo y en ellos hay ensartadas dos medias reses de cordero y un costillar de vaca para que todos tengan su ración.

Alrededor de los fogones algunos gauchos vigilan las brasas. Otros, más allá, matean.

Gente rara, piensa Bruks. Qué diferentes del dandy porteño con sus trajes ingleses. Estos gauchos llevan el pelo largo y trenzado, como los chinos, y atan los pañuelos con que se cubren bajo la barbilla... Sentados en círculo, y a la luz del fuego, parecen las brujas de Macbeth. El dandy y el gaucho son compatriotas diferentes en un mismo país. No hay diálogo. Apenas un discreto respeto.

Algunos marinos y Vernet ya se han acostumbrado a comer a la manera gaucha, cortando cada bocado de la res con un tajo certero.

Alaban la excelencia de la carne. Los pastizales, cuidados por Loreto, ya muestran sus frutos. La bota de carlón va de mano en mano. Y los vasos de peltre auxilian a aquellos que no saben usarla.

Vernet habla de las piedras que Bruks desembarcara esa mañana y que contienen plomo y otros metales.

—Estas islas no serán sólo ganaderas, ya lo verán.

—Con dinero y científicos, sabrá uno las sorpresas que traerá el futuro.

Evocan el laboratorio de química y la sala de física, que se trajo de Europa a Buenos Aires. Y a los profesores y sabios italianos contratados. Vernet dice que conoció en Hamburgo a Octavio Mossotti, uno de ellos, y que cada tanto hojea “La abeja argentina”, en la que se entera de las novedades y reaviva su espíritu inventor. Grande en cambios y avances, el siglo que les toca vivir. Con la utilización del arsénico, los cueros duran, ya

no se tiran más. Y es sabido la fuente de riqueza que ese descubrimiento proporciona a la Argentina…

Al verse rodeado por rostros amables, el gobernador se hace más locuaz. Las grandes olas de los océanos y mares atravesados, alientan su memoria. Ve claramente las costas de Malvinas. También ve otras, lejanas. En todas embarca y desembarca gente. La gente es el misterio. No las piedras; a estas últimas se las puede analizar, estudiar… Vacía la copa y lo embarga una dulce quietud, similar a la que experimenta cuando, en cubierta, se queda contemplando la iridiscente estela que el buque va dejando atrás.

29

El recinto es espacioso, de piedra; el techo es de paja y chapa. Las paredes se visten con anaqueles de madera oscura repletos de libros que muestran sus lomos multicolores y letras doradas.

La chimenea está en una esquina y en ella chisporrotea una leña fragante.

En el centro del salón, dos mesas largas que se hicieron en Malvinas con maderas de Statenland. Sobre ellas, piezas de tela blanca, liencillos, bramantes y madapolanes, alfileteros, gruesas tijeras.

—Hay que tratar de que no parezcan fantasmas, María.

—Les haremos un buen cuello y moño grande, Doris.

—Creo que tendríamos que haber elegido tela gris para las túnicas.

— El blanco es más navideño.

—Será, pero con sus caras morenas…

—No se aflija, Doris, tendremos un coro bellísimo. Ojalá yo esté fuerte todavía para participar de la ceremonia.

—Sin usted, la fiesta se arruinará. Allí la veré, estoy segura. Es muy valiente, ¿no se lo han dicho?

María asiente sonriendo. Sí, se lo dicen. Y está orgullosa. Siempre ha pensado que debe dar el ejemplo, sobre todo a algunas mujeres quejosas.

Doris toma las pesadas tijeras y corta con decisión. María hilvana.

—Formamos una buena sociedad. Los fantasmas van a estar muy elegantes —bromea María.

—A propósito ¿ha leído el libro de Mary Shelley? Es terrorífico. Parece mentira, siendo ella tan bonita y dulce.

—¿Mary Wollstonecraft?

—Sí, que se casó con Shelley hace unos años, cuando él enviudó… Aunque fueron amantes durante mucho tiempo.

—Shelley no me parece un poeta apasionado.

—Tal vez, pero el libro de ella da escalofríos.

—No lo he leído. ¿Lo tiene usted aquí?

—Ojalá lo tuviera. Podemos pedirlo a Buenos Aires. En Londres no se leía otra cosa y ya debe de haber llegado al país hace rato. Se titula Frankenstein. Es el nombre de un sabio que, con miembros de muertos robados de los cementerios, compone un hombre muy fuerte, poderoso para el mal. Finalmente Frankenstein lo busca para matarlo, pero el hombre bestial lo mata a él. Curiosamente todos llaman Frankenstein al monstruo, que no tiene nombre. Tomó el de su creador.

—Ese sabio desafía a Dios, pretende ser Dios.

—Como muchos hombres, María. Por eso llevó el subtítulo "El Prometeo moderno". Y también tiene su castigo.

—Me gustaría leerlo, aunque en este estado —se acaricia el vientre—, prefiero algo mejor para el espíritu.

—Coleridge, ¿tal vez? —dice miss Nims, pensando en Perrins.

—No. Wordsworth, sus bellas poesías lacustres, su canto a la naturaleza.

—Pero también es nostálgico cuando mira al hombre que envejece y dice:

> Aunque nada podrá devolvernos ya
> El instante de esplendor en la hierba,
> De gloria en la flor,
> No añoremos.
> Y busquemos fuerzas en lo que ha perdurado…

—Es cierto. Es nostálgico, pero Coleridge con sus espectros…

—No olvide que tengo antepasados irlandeses, María. Me gusta cuando dice:

> Inmóvil como un esclavo ante su dueño
> El océano no tiene ráfaga alguna.
> Su ancha mirada gris en silencio
> Hacia la luna se levanta…

—¡Qué memoria, Doris! ¡Y qué hermoso poema! Aquí, a veces el mar también es muy gris… ¡Me encanta lo de la mirada! Si de literatura inglesa se trata… —María va hacia la biblioteca—. Tenemos Shakespeare y los cuentos de Chaucer. Y Goethe, en alemán y traducido. Y autores del *quatrocento* italiano. Vernet se ocupó de que los colonos tuvieran qué leer.

Toma un libro y le acaricia el lomo.

—*La nueva Eloísa* —dice como para sí—. Mis amigas y yo lo devorábamos.

—Rousseau fue también el autor de mi adolescencia.

30

Encapotados y tristes bajo la llovizna, se parecen a todos los que emigran.

En el muelle que muchos de ellos ayudaron a construir, se agolpan los que han ido a despedirlos.

Sin resentimiento, casi aliviado, el gobernador encabeza el grupo.

María, sentada al piano, toca una mazurca. Debería estar ahí, diciéndoles adiós.

La resignación también es algo fortuito. A esos colonos les ha tocado no resignarse: al frío, al viento, a la soledad...

Con miss Nims y las negras ha preparado recuerdos para todos ellos: bufandas, almohadillas de olor para los roperos, pañuelos bordados, confituras de mora de las islas, mitones y gorros.

Todos están ahí, en la playa. Tendría que ir. Y toca un arpegio. Y una escala. ¿Iré? Y un trémolo. Voy.

Con la caperuza puesta, pesado el paso, la mirada en un punto, avanza.

Se acerca a su marido y lo toma del brazo.

—¿Estás bien? —pregunta él.

—Algo triste. Me había encariñado con esta gente.

—Por eso no debes llorarlos. Tal vez la felicidad de ellos esté en otra parte. La nuestra y la de muchos otros, está aquí.

Un albatros sobrevuela el palo mayor de la *Betsie,* que cruzará los viajeros al continente.

Varios jóvenes han preparado una serenata de despedida: se alternan los tristes, las milongas camperas, y algunas canciones populares inglesas y alemanas.

Las negras abren los canastos y María y el ama reparten los regalos.

Hay besamanos y miradas huidizas: “Es que tengo a mi madre enferma”. “Pronto mi mujer estará de parto”. “Estos fríos no terminan nunca”. “Si tuviera aquí a mi familia…”

Se van con la disimulada sensación del fracaso, que lastima más que el viento.

Una joven que se marcha con sus padres se abraza a un mozo y promete volver.

Dos muchachas no terminan de separarse. La madre de una de ellas, viene a buscarla. Se la lleva casi a la rastra: “Te escribiré”, le grita su amiga.

Apiñados, los que se quedan parecen multitud. Pero en cuanto se desperdiguen para volver a sus casas y a sus tareas, se notará la pérdida.

Los que parten, firmes contra la barandilla de la goleta, agitan sus pañuelos, saludando.

¿Por qué la vida debía ordenarse en momentos tristes y alegres? ¿Por qué no mezclarlos? María decide improvisar una reunión en el salón grande. En las alacenas nunca faltan los bizcochos. Y desde temprano hierve el chocolate en las ollas.

Hay licor de huevo y de naranjas. Ayer justamente han batido manteca y se están enfriando los dulces. Consulta a Vernet, que aprueba la idea.

Mientras la mayoría hace lo posible por evadir la melancolía, Elisa se empeña en atesorarla. Es mejor ese sentimiento que aquel que le encendió la sangre cuando, en el muelle, vio a Dickson junto a una muchacha muy alta y muy rubia. Desearía no estar ahí, en el salón. Pero carece de excusas; misia María le ha dicho que, con Jacinto haciendo pan en la cocina, y Marta entreteniéndolos con juegos de amasado, los chicos no la echarán de menos. Que disfrute, le dijo, que hay pocas oportunidades en Malvinas y que su canto aplacará tristezas. ¡Justamente ella aplacando tristezas!

El piano suele ser un eficaz quitapenas. María ataca con una polca. La melodía festiva aligera pies y ánimos. Hasta una pareja de granjeros, de gruesas figuras, se atreve a dar saltos: a la derecha, a la izquierda, tomados con firmeza para no caerse. Sus hijos baten palmas y comentan el acontecimiento. Los bailarines, de invariable atuendo oscuro y gesto adusto, parecen estar ausentes. Es como si estuvieran bailando en otro sitio y tuviesen otra edad.

Por efecto de la comida, el licor, y las estufas encendidas, el buen

humor se despierta. Y bajo el influjo de la fantasía hasta lo real se disfraza. Ese salón bien podría ser el de un príncipe europeo, el del gobernador de Buenos Aires o el de una famosa cantante... Hay algo operístico en las voces que acompañan a la pianista y en el vaivén de las faldas.

A pesar de haber tenido que ser llevado en andas desde el carro, los ojos de Jon, el marino sin pies, relucen. Y Leonor, con digna placidez, apoya una mano en su hombro.

Elisa, a un costado del aparador, semioculta por una estatuilla de bronce, los contempla, conteniendo el llanto.

Vernet va de aquí para allá. No quiere que nadie se sienta desatendido. Bastante tiene María con su música y su estado. Entonces, echa rápidas miradas a las sirvientas y a las fuentes que se vacían, alienta a los jóvenes a danzar, charla sobre cosechas, pesca, caza, ganado...

Los pensamientos de Elisa revolotean en su voz cuando la reclaman junto al piano. La casualidad ha hecho que la canción escogida por su señora hable de una muchacha engañada. Trata de no mirar hacia donde Dickson y la casi albina se murmuran al oído. Inmóvil, erecta, canta. Es como si su cuerpo buscara la rigidez mientras la música y las palabras, calientes, vivas, se expanden por el recinto.

Mariano, con los ojos reptando por la sinuosa figura del ama, imagina que a ella no le parece poco un peón, que en el saladero lo nombran ayudante principal, y que su familia —que le ha hecho saber que una muchacha sin madre ni dote no es gran cosa— les prepara ajuar y vivienda. Tendría que tener presente lo que todos los colonos comentan y perder esperanza. Hasta el capitán de un buque había dejado rodar por ahí, que si la muchacha no hiciera reparos por la diferencia de edad, él la pediría en matrimonio.

Cuando finalmente todos se marchan, Vernet abraza a su mujer y suspira. Esa velada ha sido más difícil que cavar la tierra y poner postes.

31

… y hoy, diez de diciembre, puedo verla, madre, en su sala, sentada junto a la ventana; sobre el regazo, el retrato donde un Loreto pequeño lleva bucles.

Adivino que sus ojos estarán húmedos y su ánimo algo decaído. No le va en zaga el mío, porque el día en que cumple años, Loreto está lejos, con Vernet, en la Estancia.

¿Adónde ha ido madre tanto tiempo pasado? Siento vivo el recuerdo de nuestros cumpleaños en la quinta de San Isidro, el dulce amanecer con los muchos regalos, aquel petiso picazo que papá trajo de su regimiento y me dio a los ocho años. ¿Recuerda que entró en mi habitación de su mano y me despertó olisqueándome con sus belfos tibios?

A Loreto le gustaba la sandía enfriada en el pozo, como anticipo de la fiesta, y las yemas acarameladas y los higos escarchados que servían las negras a los invitados. Yo, en cambio, amaba la visita de las tías con sus quitasoles y sus vestidos frescos y la zarzaparrilla en nuestras copas y el oporto en las de los mayores.

Sí, el tiempo ha pasado. Hace poco, el diecinueve de noviembre, festejé mi cumpleaños. Hubo sólo una cena con Emilio, Loreto, Brisbane. También Doris Nims, que me acompaña mucho. Nada más porque ya no estoy tan fuerte y quería guardarme para el festejo de Loreto, pero ya ve… no siempre se da lo previsto y menos aquí, que estamos atados a lo que Dios disponga.

Luis me obsequió una bata de cama muy hermosa, con blondas, que usaré cuando amamante a Malvinita, y a Loreto le daremos una montura chilena con estribos tallados que Brisbane trajo del Pacífico a mi requerimiento y que pocas veces he visto una tan hermosa…

El cuarto parece teñido de un rosa pálido.

El atardecer, piensa con la mirada puesta en la pared que está frente a ella. Enseguida la ve virar al rojo y tiene un mareo. Echa la cabeza hacia el respaldo del sillón y, con los párpados bajos, el pulso acelerado, se entrega a ese sudor frío y al miedo.

Aunque lo intenta, nunca logra revivir con exactitud el dolor de los partos. Sabe cómo son las contracciones, cómo el eléctrico pasaje de la sombra a la luz, cómo huelen la sangre y los flujos, y cómo los ruidos se almohadillan y el calor se empapa de frío. Sabe. Pero ignora lo por venir.

Faltan casi dos meses. Según el médico, una primeriza es más lenta; después, el cuerpo se habitúa a expulsarlos. Los doctores hacen cálculos. Quédese con Dios, misia María, verá que para la fecha convenida yo la asistiré. Pero él habita en el continente y ella en Puerto Soledad.

La avergüenza esa necesidad suya de madre.

Había sido una mañana radiante.

Ella, el ama, Doris y los niños, estuvieron mirando, largo rato, a los que cargaban pescado.

El bergantín era una silueta oscura en un cielo de papel. Daban ganas de tomar unas tijeras, recortarlo de tanta transparencia ingenua, y pegarlo sobre un bastidor pintado de azul. Los botes encrespaban las aguas que enseguida regresaban a su lento ondular.

María creyó estar mirando a través de un cristal levemente empañado: detrás de él estaban el Retiro con sus puestos, el río y sus paseantes, el Parque Argentino, y Las Acacias, su quinta de San Isidro... Y aquello que veía, en vez de provocarle añoranza, le daba ánimos. Era como haber crecido y contemplar, con tierna indulgencia, las escenas del pasado.

—Me siento feliz —había comentado en voz alta.

El reloj marca las seis.

Entregada a un sopor equívoco, oye las campanadas.

Unas pocas horas la separan de la dicha mañanera, se dice con más asombro que pena. Asombro por las mutaciones del clima —un cielo gris opaca la ventana— y del carácter: acaba de recordar que enseguida llegará Vernet. Entonces endereza su espalda y se frota la cara, como lavándola del desaliento.

Con sonrisa de buen trabajo y buen tiempo, entra Vernet.

—Luis... —María se levanta—. Te envié chasque con las cartas urgentes que Brisbane trajo esta mañana.

—Debemos habernos cruzado —la besa—. Pero a qué viene esta carita preocupada. En la Estancia quedó Loreto: él se hará cargo.

—Brisbane dijo que trae noticias muy importantes. Y por lo abultado de los sobres, lo parecen.

—A veces una palabra basta para condenar a un hombre. Muchos papeles no significan muchos problemas.

—Pero hay algo en la expresión del gobernador, que lo desmiente.

El matrimonio apenas si tiene tiempo para charlar de asuntos domésticos: cartas familiares, travesuras de Emilito, la repentina descompostura de uno de los negros, el cargamento de pescado...

Con las siete campanadas del reloj, y para sorpresa de los Vernet, Gregoria anuncia que ha llegado el señorito Loreto.

Se asoman y lo ven atar su bayo sudoroso, de crines revueltas, en el palenque.

Luis hace un gesto que detiene a María y va de prisa al encuentro de su cuñado. Ella los ve hablar y, por la manera, supone que el asunto es grave.

Los hombres se han encerrado en el cuarto de trabajo. De las gavetas, Vernet saca unos papeles, los tira sobre el escritorio:

—¿Y esto no vale nada?

—Deberemos hacerlo valer. Habrá que entrevistarse con Rosas; no podrá ignorar los derechos adquiridos; la historia de este país no comienza con él.

—Citaré a Brisbane, me inquieta mucho esta carta que acabo de recibir. —Se la extiende a Loreto—. Conviene que la leas.

> *...Y entonces, querido amigo Vernet, he creído oportuno aprovechar el viaje de la goleta, para informarle lo que por aquí circula, pues usted sabe que, a pesar de mi bancarrota aún conservo muchas relaciones, sobre todo amigos de la guerra que no tienen empacho en hablar en mi presencia.*
>
> *En Buenos Aires todo el mundo mira atentamente los movimientos del gobierno. Y cada uno es una movida en el enorme tablero de ajedrez en que nos hemos convertido. Y créame que Rosas no moverá un peón en perjuicio de los ingleses, por lo menos hasta que la situación sea insostenible.*
>
> *Para que usted tome las resoluciones que crea pertinentes a fin de preservar vida y negocios, le informo lo que he sabido por mi amigo Balcarce: Guido recibió nota de Parish, señalando la apetencia inglesa por las islas y éste le contestó que la haría conocer al gobierno y actuaría cuándo y cómo se lo ordenaran. Y parece que la nota, vaya a saberse por qué, duerme en cajones de escritorio.*

¡Y usted debe hacer cumplir las ordenanzas de cánones e impuestos! Que Dios lo proteja, porque ingleses y norteamericanos tienen la piel erizada.

Si estuviera en su lugar, enviaría un representante para conversar directamente con los ingleses. No se olvide que nosotros aún no les hemos pagado el empréstito Baring. A su vez, trate de sondear si esto explica la conducta algo inerte de nuestras autoridades…

—Con más razón entonces, atengámonos a lo que se nos informa. —Loreto agita el sobre—. En la nota que el Foreing Office dirigió a Parish, se lo impone de la importancia creciente de las Malvinas para el comercio en el océano Pacífico. Y no sólo eso, también las consideran un punto necesario para el abastecimiento de sus buques. Y más en caso de una guerra.

—Mucho más.

—Lo curioso es que hasta 1825, la Gran Bretaña nunca cuestionó nuestra soberanía en las islas; acuérdate que firmó un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Malvinas.

—Pero los tratados, querido Loreto, así como se firman, se rompen. Y es notorio que a Parish nunca le pareció bien mi nombramiento; y esta carta de mi amigo lo atestigua.

Las antesalas suelen parecerse al purgatorio.

María, que apenas puede con su alma, trata de tranquilizarse con el bordado, pero pronto lo abandona.

Entonces, acomoda una bandeja, dos copas y un botellón de vino.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Vernet le toma la bandeja y la conduce al sillón.

—Gracias, querida.

—¿Qué me ocultan ustedes dos?

—Las preocupaciones de siempre, María. Tú ya sabes que los de Buenos Aires dejan un poco de lado nuestros problemas y sólo atienden a sus guerras internas. Pero aquí estamos, para hacerles recordar que existimos. —Vernet levanta su copa.

—¿Mujer, tú no bebes? Te haría bien para el espíritu…

—Lo haré —mira a su hermano—. Para brindar por Loreto, que ha estado lejos en su día. Pero ya le organizaré una comida como se debe. —Intenta una sonrisa—. Sé que habrá cierta muchacha interesada en venir…

—Que sea pronto. En unos días Loreto tendrá que partir en la *Betsie*. Hay asuntos que requieren nuestra presencia y como no es conveniente que el gobernador deje las islas en este momento...

—Si lo dices por mí... —Se toca el vientre.

—No es eso solamente. Hay que fletar mercadería al Brasil. Y en esa goleta, Emilio irá de sobrecargo.

—¿Emilio también se irá? —La voz se le quiebra.

Vernet le alcanza su copa:

—Bebe —dice con ternura.

32

El termómetro sube a 74,5 grados Fahrenheit.

Mientras disfrutan del arroyo y del sol, los bañistas ignoran, felizmente, qué oscuro es el ánimo de María.

El capitán, que se dirige nuevamente a las casas para entrevistarse con el gobernador, inclina la cabeza y saluda a las señoras que pasean protegidas por sombrillas.

—Otra vez —murmura María a miss Nims mientras se da vuelta y mira con recelo a Brisbane que se aleja.

—¿Otra vez qué?

—Discúlpeme pero estoy perturbada. Usted es inglesa y quizás no comprenda.

—Antes que inglesa soy su amiga, y una mujer sensible. ¿Le sucede algo con el capitán?

—No es con él, sino con las noticias que ha traído del continente.

—¿Problemas de familia, asuntos de la política?

—Ambas cosas. Loreto, por la política, partirá en estos días a Buenos Aires.

—¿Tan grave es? —Cierra su sombrilla y toma del brazo a María—. ¿Qué le han dicho?

—No demasiado. Sólo conversaciones salteadas pero elocuentes. Brisbane llegó a casa con cartas: Rosas, que ha sido nombrado gobernador de Buenos Aires, es muy amigo de Parish, el encargado de negocios británico; tanto, que éste organizó una fiesta en su honor. Vernet conoció a Parish antes de venir aquí y le habló de sus planes para Malvinas. Y ahora sabemos que Parish entregó al gobierno de Buenos Aires, en nombre de Su Majestad, una nota de protesta por el nombramiento de Vernet. Desde principios de este año —Doris se protege arrimándose a María que camina bajo el quitasol—, sabíamos que un tal Beckington escribió una carta al Foreign Office en la que apremiaba al gobierno para que se estableciera una colonia británica en las islas. Pero dijo mi marido que no era para

asustarse, que eran ideas de expansionistas y no serían tomadas en cuenta. Lo mismo opina Vernet. Pero yo temo. Sé leer en los silencios de Luis, y aunque él trate de explicarme que esas embestidas inglesas también las sufrieron sus antecesores en las islas, yo temo.

La comodidad de la charla, el aire tibio, el vuelo apacible de las aves, hacen que María se entregue dócilmente a los argumentos tranquilizadores. De a ratos, un mechón de pelo de Doris le cosquillea la mejilla. Y ese contacto rojizo es como el retorno de aquel esplendor mundano que alentaba paseos, amistades, confidencias.

—¡Señora gobernadora, miss Nims! —Otto se descubre con respetuoso ademán.

—¿Paseando, Otto?

—Con un cielo así… —Levanta la vista—. El buen Dios nos envía este diciembre para que lo honremos.

—¿Y Iutta?

—Quiso terminar primero con el horneado. Está preparando *stollen* para todos los pobladores.

—¡Tan laboriosa siempre! Jacinto y las cocineras también han comenzado con los preparativos. Por favor, envíele nuestro saludo a su mujer y dígale que iré a que me enseñe a hacer galletas de jengibre.

—Será un honor.

El mar cambia constantemente de color. Como el ánimo.

Ambas mujeres, imbuidas del espíritu religioso que Otto les acaba de insuflar, intercambian recuerdos de otras navidades. Muy tristes los de la infancia de Doris; muy placenteros los de María. Ella siente, de pronto, que un mundo sin piedad y sin escrúpulos ya no es posible, que pronto retornarán las conversaciones banales, el aroma del pan, las risas de los niños… Y que si la Junta española de guerra de Montevideo alegó razones de defensa para abandonar Puerto Soledad en 1811, y no hubo autoridad hasta que Jewett tomó posesión en nombre del gobierno de Buenos Aires… Y si cuando se firmó el tratado de amistad y comercio anglo-argentino no se mencionaron presuntos derechos ingleses… Seguro que el alboroto de noticias llegadas del continente eran sólo eso: alboroto. Seguro.

Ven el buque pescador, de bandera amiga —avistado el día anterior— cuyo capitán, muy temprano esa mañana, notificó la presencia de una goleta rumbo al Cabo y pidió que le enviaran médico a bordo. Por fortuna, el doctor se encontraba en Puerto Soledad, asistiendo a una mujer que sufre de resfriados y a un niño con cólicos, y pudo ir a verlo.

El grado de entusiasmo que provoca tener visitas es alto y, por lo general, los colonos están dispuestos a brindar techo y comida. Sorprende, entonces, que el capitán se haya negado a bajar al enfermo.

Cuando el bote, escoltado por gaviotas gritonas, se acerca a la costa, los que van al encuentro del médico sospechan cuál será la nueva.

—El pobre cristo dentro de poco estará alimentando a los peces —les comunica, con simulada resignación.

María no puede evitar el mareo y se apoya en su amiga.

¿Dónde están el océano y cielo puros que sus ojos miraban? Ahora, de repente, en compañía de su ama, "la negra vieja", pasa por delante del Cabildo; bajo sus portales se exhiben los cadáveres hallados en la calle. En un platito, a fin de poder enterrarlos, se recogen las dádivas de los que pasan por ahí. A María se le superponen dos visiones: la de una morgue ciudadana a pleno sol y la de otra morgue, también a pleno sol: el mar.

33

Se levantó temprano. Luis lo hizo antes aún porque, desde que las noticias determinaron la partida de Loreto —irá con misión acompañando a Brisbane— no duerme bien. María lo ha oído murmurar, intranquilo, y dar vueltas en la cama.

Hay mucho dinero invertido en su empresa como para que esta situación no lo desvele. Rosas, por mirar cada vez más a la campaña, tal vez olvidaría la relevancia portuaria de Buenos Aires, y con más razón descuidaría otros puertos, más lejanos.

Después de un té ligero —Gregoria le recuerda que en su estado debe comer por dos, pero no tiene ganas— María se aboca a la preparación de las encomiendas que enviará con su hermano.

Eso lleva tiempo. No sólo las conservas, que tienen un proceso para que puedan resistir la travesía: parafina y hervido de recipientes, por ejemplo. Deberá pedirle a su madre que se los mande de vuelta con Loreto, pues ya casi no le quedan.

Van también dos arbustos en tina de madera, para ver si se aclimatan en la quinta, mitones tejidos, colchas de ganchillo hechas por mujeres de colonos y que ha pagado bien, y algunas artesanías de los negros, talladas en maderas de la zona. Seguramente entusiasmarán a su madre, pues se interesa mucho por conocer la cultura de otras razas. María no podría decir que no le gustan sino que sus formas, como el candombe, le traen la presencia de lo desconocido. Pero debe darle el gusto a Gregoria, que sirvió años a su madre y se empeña en mandárselas. Unas piedras con metales seguramente interesarán a Domingo que, le contaron, atesora la esponja que le mandó en otro envío.

Incluye la alfombrita que solía llevar para sentarse en el frío suelo de la Catedral, mucho más mullida que la de su madre, y que aquí no usará —¡ni siquiera tienen cura!— a pesar de que con los tumultos de su corazón reza hasta mientras camina.

Madre —le ha escrito— *ojalá pudiera ir a verla, incluida en mi*

encomienda, pero no quiere dar la impresión de que flaquea. “Debe ser lo próximo del parto”, piensa. Y se rehace.

Van caracoles que mandan los niños, la punta de flecha de piedra que encontró Emilito, un poco de lucen y otras hierbas sanadoras que ha puesto a secar al sol, y cuyo uso explica.

Por último, una remesa de pescado y carne de cordero salados —tasajo— que aliviará la carencia que se vive en Buenos Aires por la situación política. Otro tanto irá a Montevideo a casa de sus tías, para que comparen, les dice, con la carne de sus saladeros.

Sella las cartas. Ve caer las gotas espesas y rojas del lacre. Un apretón con el sello de Luis y ya está.

¿Ya está?

No, se dice. Una tarea terminada no significa el fin de la angustia.

Las plumas del pájaro niño, que envía con culpa, seguramente servirán de adorno. Con culpa también ha fingido el entusiasmo que trató de transmitirles a sus hijos, mientras la ayudaban a envolver los regalos.

34

Se acondicionó el salón y, ayudada por Elisa y Doris, María armó el Santo Pesebre con las figuras que el padre Agüero les trajera del Alto Perú como regalo de bodas.

Es bella esa Virgen regordeta, que se ve muy joven. La prefiere a las otras, tan pálidas, que vienen de la España.

Los colonos quisieron hacer un pesebre viviente y necesitaban un niño. Lástima que Malvina nacerá en febrero...

—¡A ver, pastorcito, que se te desprende el jubón y quedas muy desaliñado! —María apenas puede con su vientre, pero no deja de dar órdenes—. ¡Benita, acomódale las alas al angelito, que más parece pollo mojado...!

El salón brilla y el fuego de la chimenea arranca luces de las estrellas que adornan las vigas.

Aunque el sol ha calentado todo el día, los anteriores fueron ventosos y desapacibles. Pensar que en Buenos Aires hace mucho calor, según dicen los capitanes, y ya todo el mundo se da cita en las barrancas de San Isidro.

En el pesebre viviente, los niños no se están quietos y al pobre Jesús hubo que ponerle bata pues aún hace frío.

Trajeron paja de los establos, que lavaron y secaron al lado del fuego.

Las mujeres, intercambiando recetas y preocupaciones, ponen la mesa. Y aquí están las fuentes de Bavaria con *stollen* y las de Capodimonte con turrones, y hasta ese postre especial que habían mantenido a resguardo. Por suerte llegaron a tiempo las nueces y avellanas encargadas al continente.

Cada familia convino en invitar a algunos solteros a almorzar. Los indios y los gauchos tendrían su asado. Después, todos al salón grande, para comer las confituras navideñas y alzar las copas con el gobernador y su esposa.

De a uno, los colonos van entrando; los casados en pareja, los solteros en grupo.

Los negros del servicio aguardan a un lado. Como el primer día, se dice María. Pero algo ha cambiado: es veinticinco de diciembre y ahora hay más soltura en los modales, a pesar de la fecha circunspecta.

Todos, como ha sido dispuesto, se colocan en semicírculo. Vernet, al frente, lee el Evangelio según San Lucas: "Nos ha nacido un Salvador, Cristo el Señor".

María recorre las caras que lo escuchan con unción: la boca grande y cejas levantadas de Iutta, el mentón firme de Otto, la dulce expresión de Elisa, tomada de la mano de su padre, la nariz curiosa y muy larga de Harrison, la frente lisa y clara del joven Hans, los ojos grises de Mariquita llenos de lágrimas.

Gloria a Dios en las alturas
y en la tierra paz, buena voluntad
para con los hombres.

La voz de Vernet se eleva y aquel lugar remoto del mundo, apacible y casi virgen, parece propicio para que los hombres se hermanen.

"Agnus Dei" canta la voz del ama y, súbitamente, todos se unen en el canto.

A falta de cura, bien lo hemos hecho, piensa María, pero ya Loreto hará protesta formal en Buenos Aires para que el obispo se decida de una vez.

Afuera, a pesar del frío, el aire dice diciembre: ya nada queda del lodo y la nieve del invierno, y unas pequeñas flores silvestres, botones amarillos, bordean el camino hacia el arroyo y salpican la hierba incipiente.

Suenan villancicos —a capella, pues aún no ha tocado el piano— y las mujeres rubias o morenas reparten *panettone* o *stollen* y van y vienen almendras y nueces.

La ventana, que raramente muestra un paisaje quieto como ése, ha ido virando a un rectángulo oscuro.

El coro de los negros entra en el salón: vestidos con túnicas blancas que se han cosido en el taller, se paran al lado del piano. María toca y el canto, magnífico, no se parece al del candombe: suena diáfano unas veces, grave otras, pero con una ternura indefinible.

María se retira profundamente hacia sí, hasta escuchar las voces familiares: padre y madre que ríen, oran y le traen consuelo. Le parece que,

si se asomara a la ventana, vería la reja y tras ella los adoquines nuevos de la calle y las amplias casas de ladrillo y parapetos adornados con jarrones y, penetrando por el zaguán de la suya, hallaría padres, hermanos, tíos, preparados para ir a la misa de gallo en el Santuario de la Virgen del Pilar. Pero no es más que una postal. Loreto, en alta mar, quizá también estuviera participando de una Navidad de ballenas y vientos, e imaginándose otras.

Nuevamente dentro del salón, sus ojos se recrean en las escenas algo ingenuas, tal vez, pero siempre esperanzadas: niños, hombres y mujeres de distintas razas y credos, música, y un deseo soberano: paz.

35

—Nadie es totalmente malo —dice María.

—Ni totalmente bueno —responde Vernet—. Porque los buenos también suelen alterar su conducta. Acuérdate de aquella vez que las familias alemanas dieron baile a los criollos y uno de esos pasajeros alegres que traía la *Betsie* buscó pelea. Borracho y con arma cargada, ¿recuerdas?

—Como para olvidarlo. Amenazaba con matar al que se le pusiese delante. Hacía buen tiempo a pesar de ser agosto, y nadie faltó.

—A mí se me hace que llovía. Será por el disgusto. A poco de llegados y con un reo sujeto y amarrado. A pesar de que Brisbane dio fe de que era decente, hubo que inaugurar cárcel, después tomar declaraciones...

—Cuando las declaraciones fue que llovió, no para el baile.

—Mujer —ríe Vernet—. ¡Llevas el parte del tiempo!

Elisa, muy seria, hace coronas de flores para Sofía y Luisita. A Luis Emilio se le ha dado por correr a un conejo que, al cruzarse, casi hace caer a María.

El sol crea otro sol en la nuca del ama, que se empeña en mantener los ojos concentrados en su tarea. Cuando con una mano levanta los mechones húmedos que se le han soltado del rodete, María aprovecha para aproximarse y consolarla.

Las súplicas del peón de la estancia que les ha salido al paso, apenas dejaron las casas, no significa que ella deba aceptar; él sólo buscaba que Vernet intercediera...

—¿Y si mi padre consintiese en que me hiciera su esposa?

—¿Amas a algún otro, Elisa?

—No lo sé. Pero sé que no amo a este mozo.

—Por lo que conozco de tu padre, lo dejará a tu arbitrio.

—Dios quiera. No me gustaría ofenderlo.

—¿Al mozo?

—No. A mi padre.

Es tiempo ganado aquel que le permite avanzar en sus proyectos. Vernet contempla el paraje en el que levantará almacenes. No sólo ellos sino también los Bruks en tránsito podrán surtirse allí.

Caminando, llega al sitio donde los españoles sacaban la turba para quemar. Es importante este combustible sólido, piensa. No sólo la pesca y el punto estratégico harán que los extranjeros miren a Malvinas con codicia.

Recuerda cuando se asoció con Jorge Pacheco, que tenía una concesión para explotar el ganado lanar alzado de las islas. No imaginó entonces que, seis años más tarde, se afincaría allí con su familia. Primero armaron una expedición al mando de Pablo Areguati, capitán de milicias. Y en 1826, la base de Puerto Soledad estaba reinstalada.

—Padre, papá, ¿si lo atrapo me lo puedo llevar a las casas? —exclama Emilito casi sin aliento.

—Sal de ahí, este terreno no es seguro. Y los conejos gustan de vivir sueltos. Vuelve con tus hermanas.

Ve a su hijo correr y se ve a sí mismo en Hamburgo, haciendo bolas de nieve con Emilio y arrojándoselas a sus vecinos. Aquella niñez de frío tal vez presagiaba su presente. Abarca con su mirada el paisaje. Aunque desde donde está no se divisan las viviendas, saberlas ahí, con sus chimeneas y sus huertas, lo conforta.

¡Qué distintas estas Malvinas de aquellas sin mujer ni familia! Duras idas y venidas en largos seis años. Y llegar por la noche a un galpón frío que olía a rancio, a tabaco, sudor y oveja. Y charlas donde el alcohol soltaba la lengua y alentaba riñas e historias turbias. Hubo que explorar, trazar mapas, estudiar las posibilidades de explotación y establecimiento de pobladores, desmalezar y sembrar los campos para el pastoreo. Y finalmente, ya gobernador, traer maderas desde *Statenland,* para, con Emilio y Loreto, levantar las casas que hoy se disfrutan. Pero lo preocupa María, próxima a parir. Cuánto la admira, debería decírselo. Y decirle, también, que su amor y devoción se acrecientan con los años. Cuando ella aceptó su pedido de mano, muchos lo envidiaron: un joven venido de la Europa y sin gran fortuna personal no podía aspirar más alto. Bella. Inteligente. Sencilla. El lustre de la vida social no había logrado distraerla del mundo del esfuerzo. Su muchacha espléndida y callada sabía, ¡vaya si sabía!, cómo acompañar a un hombre. Y hasta había recorrido por él, para acompañarlo, los temibles mares del sur. Y con un hijo creciéndole en el vientre. Recuerda el mal sueño que lo ha desvelado, y levanta su mirada en

una plegaria muda: traer niños al mundo en el continente no es lo mismo que en esas soledades.

En sus primeros viajes a Malvinas, él mismo y sus socios costeaban las expediciones. Desde un comienzo supo cuánto había en Malvinas y cuánto desaprovechado. Hasta que Dorrego, a comienzos del veintiocho, les concede a él y a Pacheco parcelas de tierras fiscales. Dos años han pasado de ese hecho y seis meses de su nombramiento efectivo. Y, en tan corto lapso, mucho se ha progresado. Ojalá el nuevo gobierno de Buenos Aires enviara buques para vigilar las costas patagónicas y malvineras y alejar a los depredadores. Ojalá Loreto tenga suerte en su entrevista con Anchorena y Brisbane en la suya con Parish.

El regreso lo hacen por el camino real que habían formado las carretillas de los españoles cuando iban en busca de turba.

Emilito, de la mano de su padre, sigue mirando el suelo en busca del conejo.

El ama carga a Sofía, dormida sobre su hombro. Luisita, adornada con la guirnalda de flores que le tejiera su madre, camina muy erguida.

Vernet detiene el paso y espera a María que, lenta, viene detrás.

—¿La has visto, Luis? —pregunta ella señalando a Luisita.

—Sí, se diría que su corona es de verdad. Nos ha nacido con porte de reina.

36

Como el festejo del año nuevo no pudo ser al aire libre a causa del mal tiempo, decidieron postergar los juegos para el día de la Epifanía.

Los niños hicieron madrugar a todos. Al alba ya estaban mirando en sus zapatos. Contentos con el caballo de madera, los soldaditos, los bolos —que según Brisbane que los trajo son novedad en Buenos Aires— y las muñecas y vestidos, estuvieron en su cuarto hasta la hora de almorzar. Después de comer irían a un claro, cerca de la bahía, a presenciar los juegos.

De *Statenland* se trajeron dos troncos muy altos, alisados luego por los negros carpinteros. La muesca del tope serviría para enganchar los premios: chales, confituras, bolsas con dinero... Mientras los enjabonaban, los peones se entretenían con mate, ginebra y galleta. Las historias de muerte y coraje estaban a la orden del día, y también las maldiciones e insultos. Tanto, que Gregoria, encargada de los fogones, tuvo que amenazarlos con avisar al gobernador si seguían alborotando.

Después de cavar pozos muy hondos y emplazar los postes, revisaron el terreno que habían preparado previamente para las carreras de sortijas.

Bajo el tinglado que se improvisó colocaron las cubas invertidas que servirían de mesa para los naipes.

No se haría el juego del pato, a pesar del primer conciliábulo en el que se dijo que sí. A la gobernadora le parecía mal que se utilizara a un ser vivo con semejante crueldad.

—Con lo que abundan en las islas estos bichos y la señora con esos miramientos —protestaron algunos.

Y otros dijeron que para una festividad religiosa no era bueno andar revoleando patos por el cogote.

Con el sol aún alto, ya todos están reunidos en el claro.

Las mujeres tienden mantas y manteles y disponen canastas para la merienda.

Gregoria, ocupada con el chocolate, revuelve las ollas con cuchara de

madera y se sorprende añorando un poco de fresco.

Un negro violinero estrena el violín que Vernet le hizo traer, y recibe a los gobernadores con música.

María y Jon son los únicos sentados en sillas. Los demás buscan el sitio donde disfrutar de la mejor vista o pasean y se acomodan, golosos, cerca de las canastas o los fogones. El día será largo. Al atardecer se dispondrán los asadores para el cordero y los toneles con el vino.

Gritando alientan a sus favoritos. Los punteros son: en uno, el gaucho Salinas, y en el otro, Mariano, el del saladero.

Los gauchos y los indios componen un cuadro animado: hay apuestas, puños en alto, abucheos, carcajadas y chiflidos. El mate y los porrones van de mano en mano y las pocas chinas y negras, sabedoras de la rivalidad que generan, revolean faldas y sonrisas. Cuando los que se afanan vanamente en el palo enjabonado caen con estrépito, todos lo festejan:

—¡Che, gaucho, te faltan espolones!

—¡Poca garra habías tenido para trepar, canejo!

Un inglés ha propuesto, sin éxito, jugar al croquet, y tiene que guardar su caja para competir en otra oportunidad. No hay como los juegos criollos para divertirse.

Se oyen exhortaciones en distintas lenguas entre las que sobresale el *very good*. No se sabe si aprueban la habilidad de los participantes o el brandy que habían encargado al continente.

El ama no saca sus ojos del mozo del saladero que, ágil como un gato, trepa. Por primera vez repara en su torso y piernas fuertes, su cintura fina y brazos musculosos. Y con el secreto propósito, quizá, de fastidiar a Antonio Dickson, que es uno de los jueces, comienza a vocear.

—¡Mariano, Mariano!

Los niños la imitan.

—¡Mariano, Mariano!—, y acompañan sus gritos con saltos.

En el tope, ganador, el mozo toma el chal, que enarbola antes de ponérselo al hombro; se desliza poste abajo y, ya en el suelo, se lo entrega a Elisa. Cuando ella lo recibe no puede evitar una mirada de soslayo a Dickson que, en ese momento, la observa fijamente.

Vernet ha concordado con el padre del ama: es decisión de ella no aceptar a Ruiz, peón en la estancia desde la primera hora. Pero el mozo no opina lo mismo y cree tener derechos por haberla pedido antes.

Se acerca con aire pendenciero, barbilla alzada.

—Aquí no es momento, Ruiz —lo contiene Elisa.

El peón de la estancia palpa su cuchillo: no faltará oportunidad.

Retumban los cascos y una polvareda envuelve a los jinetes: se

largaron las carreras de sortija.

Hay vítores entusiastas y los jueces consagran a los triunfadores. Brilla el pelaje de los caballos empapados de sudor.

Antonio Dickson debe dar el premio a su hermano Guillermo.

—Lástima que no estén Emilio y Loreto —dice María cuando ve ganar al eterno contrincante de su hermano.

—Otra vez será —la consuela miss Nims.

Un olor apetitoso comienza a llamar a todos hacia el asador: habrá empanadas, cordero y buen vino. Al caer el sol, los bailes, las payadas y los cantos cerrarán el día.

37

… Creo que fui la única en conservar el ánimo, madre, aunque esta vez no estaba usted para dármelo.

Vernet visitaba la huerta y se le mandó buscar. Vino tan nervioso como cuando nació el primero, quizá porque temía que, lejos de los que me asistieron antes, flaqueara.

Por suerte había llegado el buen doctor, ya que la fecha fue la prevista. Malvinita nació el cinco de febrero y todo fue tan rápido que me parece mentira haberme preocupado. Ya tiene una nieta malvinense…

Elisa, que prefiere la tierna calma de la recién nacida antes que las travesuras de los mayores, se ha encargado de buscar ama de leche por si la de María no alcanzara. Benita, una negra joven, madre reciente, es la elegida.

Gregoria no deja de atosigarla con mazamorra y arroz con leche. Lo mismo hace con su señora. De una o de otra, Malvinita crecerá gorda y sana.

El ama dice que se casaría sólo para tener un niño, y piensa en los brazos fuertes de Mariano y en la bravura del peón de la estancia. Evita pensar en Dickson y el establo. Evita, también, pensar en el facón amenazador y en la advertencia: "Mía o de ninguno". Pero sí piensa en Leonor, "la ninfa" que, aunque no lo ha anunciado todavía, ya es notorio que espera un niño de Jon.

Emilito, Luisa y Sofía parecen haberse confabulado. Cuando no es una pelea, es un berrinche o algo que se ha roto. Llegan con constantes requerimientos al lecho de su madre y sólo hacen caso cuando la voz paterna lo ordena.

En la casa se vive una alegre inquietud. Con la señora en cama,

muchos mandan y pocos cumplen.

María añora su diario, interrumpido desde la partida de Loreto, quizá para no volcar sus añoranzas en él. Pero escribe con su pensamiento, escribe mucho.

Por las tardes, miss Nims viene a leerle. Escoge para ella páginas en las que no existe la fealdad ni el miedo. Está convencida de que los malos humores pasan a la leche.

En honor a la recién nacida, Jacinto horneó panes con pasas, una nueva receta que gusta a todos.

Las mujeres de los colonos llegan en respetuosa visita: traen tejidos y bordados, y ramos de flores que las criadas disponen en búcaros, jarrones, vasos... Afuera está desapacible, pero es primavera en el cuarto.

38

Todos estaban tan llenos de buena voluntad que parece increíble que el negro violinero igual haya muerto.

—A las cinco de la mañana, fue —dice Gregoria, alcanzándole un mate.

María mira el reloj. Pasadas las siete y ella todavía sin vestir.

Con angustia contenida chupa de la bombilla y hace un gesto de negación con la cabeza cuando le ofrecen panes con mantequilla. Ya habrá tiempo para desayunar. Primero a disponer todo para el entierro.

Nadie debería morir en Malvinas. No tan pronto al menos. Aprieta los dientes. Le duele la mandíbula de retener el llanto.

Se mira en el espejo. De oscuro, y ojerosa, parecerá un espectro.

Debe ser prudente con los niños: las experiencias de nacimiento y muerte, tan próximas una de la otra, podrían lastimarlos. Le llegan las imágenes de aquélla, su primera aproximación infantil: plañideras, hedor a flores mustias... y cambia la blusa negra por una blanca.

Cuando miss Nims le pregunta si desea acompañarla con un té, la mira como si le hubiese preguntado un despropósito.

—Ha sido esta madrugada, Doris. El criado ladino, aquel que tocaba el violín como los ángeles y enseñaba el español a los que vinieron del África, será sentido por todos. —La voz se le estrangula; entonces acepta la taza y da unos sorbos.

—María, no se olvide de que usted está criando —insiste Doris, mostrándole el plato con bizcochos aún tibios.

El ama —cuyo padre también padece de gota— entra en el cuarto y, al ver las expresiones de las dos mujeres, aborta un grito con la palma de la mano. Si ese mal era capaz de causar la muerte a un hombre más joven y fuerte... Espanta esa asociación fúnebre y dice, intentando una sonrisa:

—Malvina acaba de despertarse. Benita pregunta si es ella o usted la que ha de alimentarla.

María se aprieta los pechos cargados.

—Dile que yo lo haré. —Y sale para dar unas rápidas instrucciones a Gregoria.

Al dolor hay que dejarlo que crezca. Y eso hacen los negros, los tercerones, los mulatos, los zambos… En círculo, dando voces, sollozando.

Ciegos, los ojos en blanco, invocan vaya Dios a saber qué dioses.

Los del barrio del tambor, y los del mondongo, antiguos rivales en Buenos Aires, gimen como hermanos. La muerte del violinero, uno del color de ellos, hace más suya esa muerte ajena.

No había ofrecido resistencia, el santo. Como rasgando las cuerdas de su instrumento, dijo unas palabras que los que lo cuidaban no entendieron, y expiró.

Lágrimas semejantes a ácido tallan aún más las caras de los ladinos; ellos, por haber mamado de la misma lengua del violinero, se lamentan de no haber descifrado su último mensaje.

Cómo pueden seguir moviéndose esas piernas, gira que te gira, después de la eterna noche de la agonía. ¿Un mandato tribal? ¿O un deseo de dar vueltas en redondo hasta morderle la cola a la angustia?

Los más viejos y los más jóvenes —hombres y mujeres— son agujas de un reloj que marcan a pulmón los últimos suspiros del agonista con palabras ininteligibles: ayes, gemidos, llantos y alaridos. Baten sus plantas cuarteadas sobre el parche mudo del piso.

Que no, le han dicho: que se le aguará la leche, que le vendrán fiebres, que se le quitará el sueño… María, con decisión, responde que irá a despedirlo.

Vernet, el entrecejo fruncido, mira las nubes bajas, agoreras.

Inaugurará cementerio en Puerto Soledad: en el veintiuno se comenzó la construcción de los cementerios al oeste de la metrópoli y se autorizó el primer cementerio protestante. Y ahora, en el treinta, le toca a él hacerlo en Malvinas.

La última correspondencia también había traído noticias de muerte: en Cartagena, el ex virrey Cisneros y, en Buenos Aires, la espada que lo destituyó: Cornelio Saavedra.

A María le impresionó sobre todo la muerte repentina del deán Funes, un viejo amigo de la familia Sáez. Lejos, su gente también envejecía y se enfermaba. Quisiera volver a verlos a todos, tal cual están en su memoria, tan lozanos como cuando partió.

El pobre negro ni responso de cura tendrá, y mucho teme, con pesadumbre en su corazón, que haya tenido uno pagano, ya que no se

puede saber qué significan esos ritos extraños.

El cortejo que acompañó al difunto —todos los negros y algunos blancos—, regresa lento y entristecido. Encabezándolo, viene el gobernador.

Un negro carpintero ha tallado un violín sobre la cruz de madera, la primera en la isla Soledad.

El cielo se despeja y es aún más duro el contraste. A pesar de la muerte y el otoño cercano, hay sol. Y las ropas de duelo pesan.

Alivia el contacto tibio de Malvina, que traga con avidez; si sigue así, no tendrá que recurrir a Benita.

No más muerte, ruega en silencio, mecida por la respiración acompasada de la niña.

Ya tenemos cementerio, le escribirá a su madre. Y le pedirá que, en sus plegarias, se acuerde de Blas, el negro violinero.

39

—El corazón de una mujer no se consigue a cuchilladas, Ruiz, y no hay más derecho que el de su preferencia —dice Vernet al peón de la estancia.

—Pero es que este mozo me desafía.

—¿Desarmado? No, Ruiz. Con pendencias no alejará a un joven enamorado. Debe disculparse de su acción. Y agradezca que no lo ponga preso.

—Antes que humillarme, me vuelvo al continente.

—En la primera goleta que pase, así se hará.

—¿Y mi paga?

—La tendrá, descuide.

El tajo, por suerte no ha sido profundo. Elisa, compungida, es la que desinfecta y venda. A Mariano le resulta placentera la atención que el ama le dispensa. A pesar del ardor, le dice que vale la pena con tal de tenerla cerca. Había ido a las casas justamente para hablarle. Cada vez se le hace más difícil ser paciente. Su amor no acepta disimulos, quiere mostrarse. Y muestra, con esa herida, de cuánto es capaz por ella. Porque, a pesar de que Ruiz le había mandado decir con su hermano, que en cuanto lo viera rondar la casa lo mataría, se había arriesgado. ¿Qué puede haber mejor que esas manos suaves provocándole escozores?

Elisa, desde la vez aquella en que Dickson le mostrara el rostro del deseo, se había empeñado en no volver a enfrentarlo: era engañoso.

Los ojos ávidos de Mariano reavivan el aleteo en el estómago, y ese temblor que ya sabe cómo se apaga. Entonces se inclina hasta rozar, con sus pechos, el torso desnudo del hombre. Ambos buscan el beso. Y Elisa ya no tiene dudas.

A Emilito es imposible contenerlo. De tantas historias de cuchillo contadas en la cocina, ahora hay una real. La puñalada iba como refucilo, pero dio en el brazo. Y como es el ama quien atiende al herido, golpea a la puerta hasta que consigue entrar.

El niño contempla el vendaje con aprensión. Pero a pesar de eso hace preguntas: si le ha dolido, si le salió sangre, si tuvo miedo, si volverá a ser amigo de Ruiz...

Afuera, la lluvia no cesa, y María, que viene a llevarse a Emilito, dice que con el mal tiempo no conviene que el enfermo salga. Mientras dure la convalecencia, le harán sitio en las casas. Ya enviaron recado al saladero.

Las negras, desde lo de Blas, temen que la muerte ronde. Hay algunas velas encendidas, que María permite para no contrariar demasiado sus supersticiones. Pero el buen estado de Mariano y el romance evidente aventarán los malos presagios.

Cómo aventar lo que presagian las noticias del continente. ¿Habrá voluntad de frenar las insostenibles demandas inglesas? A los Vernet les consta cómo depredan los buques británicos y norteamericanos a pesar de los tratados.

Excitada y tartamudeando, el ama comunica a su señora que Mariano va a pedirla en matrimonio y que ella dirá que sí. Los rodeos que utiliza para decir algo tan simple, al comienzo desorientan a María que piensa que Elisa —como ya sucediera con Ruiz y con el capitán— no dará su consentimiento.

Hacer planes es como lanzar redes al mar. Las jóvenes imaginan la suya rebosante de pescados. Las mayores se conforman con no sacarla vacía.

—¿Les disgustaría a ustedes realizar una boda conjunta con Leonor y Jon?

—Por nosotros no hay problema. Pero es a ellos a los que apremia el tiempo. Y yo siempre he tenido el sueño de casarme con casa puesta... Además, y si usted lo autoriza, seguiría a su servicio.

—Por supuesto, Elisa, mandaremos pedir los muebles. Verás que nada te ha de faltar.

40

Los Bruks van y vienen. El que trajo al marido de Doris Nims bordejeaba para entrar y ellos, desconociendo ese hecho y que era buque amigo, aguardaron hasta reconocer su procedencia. Entonces, Vernet fue a un punto alto y levantó bandera para darle entrada.

Para las fiestas, Doris había recibido carta desde Francia. Su marido estaba allí para entregarle a D'Orbigny, de quien dependía, los estudios realizados en las costas patagónicas y las islas Malvinas. El naturalista francés, que después de recorrer había publicado *Viaje a la América meridional,* había encargado a Nims la clasificación de los distintos tipos de algas *Kelp* y el estudio de un pequeño molusco que comen las ballenas y podría ser una importante fuente de alimento para los humanos.

Una goleta, cuyo capitán ha hecho arreglos con Vernet, saldrá en unos días con carga hacia los Estados Unidos de Norteamérica y de allí volverá, en ocho meses, con los productos que iniciarán un intercambio comercial. Y otra puso proa a Soledad con el solo fin de proveerse de agua en un arroyo cercano a las casas. Son muchos los botes que vienen para llenar las pipas de buena agua para la travesía.

Desde el continente se espera el bergantín que traerá la mercadería que se ha comprado: harina, miel, aguardiente, porotos, té, café, yerba, botes balleneros, pipas y barriles, encurtidos, vinagre, jabón, pólvora y municiones, alcohol, vendas, azúcar, y muchos artículos más. A cambio, llevará cueros y carnes.

Por elegancia también se finge.

Las demostraciones de alegría de Doris al recibir a su marido, tienen poco eco en el corazón de María. Sin embargo le abre su casa con su gentileza habitual.

Al gobernador le parecen bien los afanes de su mujer, porque el

almuerzo con el naturalista, le proveerá datos de interés y además éste llevará a Buenos Aires la impresión que reciba. Mejor es, por lo tanto, que el ama coma con los niños en la cocina y cuide que no molesten.

Doris tranquiliza a María, que se ha puesto triste desde que la viera empacar; volverán a encontrarse, está segura. María pregunta si el menú que mandó preparar será del gusto de mister Nims. A Doris le hace gracia esa preocupación: su marido está acostumbrado a levantar toldos, a semejanza de los indios, y a comer su comida.

—Es encantador, señora Vernet, ver lo amigas que se han hecho ustedes dos —se regocija Nims—. Y debo agradecerles el trato amable que le han dispensado a Doris. Lo que más me preocupa en mis largos viajes es dejarla sola. Recuerdo que la primera visita que hice a Argentina, en el veintitrés, la separación nos resultó muy dura a ambos; y a pesar de que ella quedó en Londres, sintió la soledad más que aquí, y eso es mérito de ustedes.

—Ha sido grato tenerla. —María apoya su mano sobre la de Doris—. Y será difícil olvidarla.

—No hay por qué olvidar. Los buenos momentos, y los buenos amigos, se atesoran.

Las negras de servicio entran con las bandejas: una, trae lechón asado al carbón con papas; la otra, cordero guisado con especias y verduras.

Mister Nims pondera la comida, y en especial la frescura de los vegetales.

—Son de nuestra huerta; las semillas se trajeron de la quinta de Holmberg —dice con orgullo María.

—La conozco, es muy grande; ellos importan cultivos y plantas de Europa.

—Aunque no consigamos lo mismo, es muy importante haber logrado lo que tenemos. Últimamente se trajeron ejemplares de distintos puntos del archipiélago, y de la Patagonia, para aclimatarlos aquí —dice Vernet.

—Como Malvinas y las islas son un desprendimiento de la Patagonia, lo más probable es que el experimento resulte. Aquí están levantando un centro de progreso, gobernador.

—Nuestros colonos ya comienzan a percibir ganancias.

—Es que las posibilidades de estos suelos y estos mares son infinitas.

—De ahí nuestro temor.

—No tema, gobernador, la amistad del gobierno de Rosas con los ingleses es inmejorable. Y siempre fue así. Recuerdo que la colectividad británica celebró con un banquete el aniversario del rey Jorge IV. Y Rivadavia, que asistió como invitado de honor, brindó en inglés: “Por el

gobierno más hábil; por la nación más moral e ilustrada: la Inglaterra".

—Pero después las cosas cambiaron, amigo Nims, y la Corona esperaba ansiosamente la caída de Rivadavia. En política las cosas son inestables.

—Pero hay lazos que perduran. Muchos ingleses estimamos a los porteños. Nunca olvidaré el recibimiento que nos brindaron, cuando llegamos, el año veinticuatro, en el "Condesa de Chester". Como era el primer transatlántico británico que arribaba a la Argentina, el puerto se conmocionó.

—Es cierto, fue todo un espectáculo.

A mister Nims lo entusiasma el saladero. Vernet, alentado por los elogios, propone una visita al tambo. Las mujeres prefieren quedarse en casa. La partida se aproxima y tienen tanto que hablar...

Doris, por lo general muy contenida, se abraza llorando a María cuando ésta, en un gesto espontáneo, se saca el medallón y se lo da como recuerdo.

Los servidores, y todos los de la casa, están presentes para despedir a los viajeros.

41

El paisaje lentamente ha ido entrando en la niebla que se traga todo.

Por la boca viva de la ventana, María intenta adivinar dónde la bahía, dónde los Bruks, dónde el muelle, dónde los pájaros…

Blanca como una pared encalada, dice para sí. Y sigue contemplando esa agrisada blancura con la esperanza, tal vez, de que el sol oculto lance sus haces y dibuje, nuevamente, la línea del horizonte. Por esa línea a veces vaga, recordando antiguas leyendas de mundos planos y con la sospecha de que a pesar de la redondez, hay del otro lado un precipicio. En el océano solía sentir el vértigo de la caída aun en aguas tranquilas. Y ahora, en su cuarto, bien parada sobre sus piernas, vuelve a experimentar el vacío del vuelo y la caída.

Los ojos muy abiertos intentan perforar esa cortina opaca ¿Y si en un día neblinoso como ése fondeara una nave enemiga?

Los afectos, como los Bruks, también van y vienen: el bergantín que trae a Loreto ha puesto proa a Malvinas. Y el de los Nims ya surca mar profundo: primero irán a Buenos Aires, y luego de dos semanas, zarparán rumbo a Inglaterra.

Sobre la repisa hay dos sobres: uno abierto, cerrado el otro. El cerrado, cuyo destinatario —miss Nims— ya no está, ha sido más frecuentado por las manos de María que aquel que abriera con un cortapapeles y cuya lectura hiciera pública porque el agradecimiento del capitán Perrins se extendía a la familia Vernet y a todos los servidores de la casa. Durante unos instantes, aguarda que alguna tarea la reclame. Enumera lo por hacer y sin embargo se queda ahí, aferrada al sobre. La carta que el capitán Perrins le escribiera a miss Nims busca su real destinataria: en cuanto averiguara su dirección se la enviaría. Seguramente Doris estará viviendo su vida. Una la vive igual. Pero qué distinta tal vez sería si la carta hubiese llegado a tiempo. El destino, se dice, mirando en dirección a la bahía.

Mensaje de un inglés a una inglesa… Los compatriotas, tal vez…

Regresa a la ventana.

¡Y encima, los peligros de una neblina con pretensiones londinenses!

A pesar de su añoranza por Doris, y la buena amistad que ha hecho con algunos súbditos de la corona, desconfía de los ingleses. Su hermano Domingo, nacido en la Banda Oriental, peleó en las dos Invasiones Inglesas y en la emancipación de mayo, llegando a coronel. Aunque ella es once años menor que él, recuerda la desesperación de los porteños y en especial la de su familia, durante esas épocas de guerra: mil patriotas solamente en Maipú... Su pobre amiga Felicitas había perdido allí a su único hermano. Sí. Hubo que guerrear para emanciparse. Y la patria nueva tiene algo que atrae: los extranjeros que quedaron en Buenos Aires por boda con criollas o, por gusto, se afincaron. Tal vez por eso sus padres aceptaron cuando Luis Vernet, emprendedor comerciante nacido en Hamburgo, la pidió en matrimonio. Por lo menos no es inglés ni español, había bromeado Domingo que, por ser el mayor, solía mirarla paternalmente.

Vuelve a tomar la carta para Doris. ¿Es su imaginación la que la hace ver un trazo diferente en la escritura? Aquilata el peso del sobre: ¿a una sola persona una carta más larga que a toda una familia?

Doris no ha tenido hijos, piensa, y quizás una mujer estéril dé sus frutos de otro modo. La amistad, por ejemplo. Se lleva la mano al pecho y palpa el medallón ausente. Ha tenido muchas amigas, piensa, pero eran amistades de risitas y modales. Recuerda cuando acudía, como otras damiselas patricias, a las misas de diez en Santo Domingo porque allí estaría Monteagudo —personaje con fama de héroe homérico—: algunas se desmayaban ante el aspecto varonil del militar que, según sus subordinados, perforaba el hielo de los lagos cordilleranos para bañarse. Miles de anécdotas se tejían alrededor de él y todas las muchachas, apenas lo veían entrar en el recinto, ocultaban sus rubores con mantillas y abanicos; pero la fiebre de los ojos las delataba. Esas amistades que durante su soltería creyera íntimas, ahora eran sólo el frú-frú de una falda amplia sobre un piso de mármol. Con Doris, hasta el silencio hablaba. Y bastaron unas pocas palabras para que ambas supieran que sus pensamientos no estaban solamente en la pieza de tela que cortaban o en el hilván parejo. Aquel vestido imposible en el clima de Malvinas, aunque no lo cosieran, decía presente en las telas toscas de ahora. Y también la vida de ayer, y la no vivida, ocultaban sus sedosas enaguas debajo de las bayetas.

En la ventana cree ver una raya amarilla. Pero sólo es el resplandor del fuego de la chimenea.

Chato, como sábana extendida, el oculto corazón de la bahía. Chato y humeando nieblas.

Según los que saben, después de niebla intensa, sale el sol. Mejor entonces un día neblinoso que lluvia y viento. Ha visto muchos en Malvinas pero siempre protegida por las paredes sólidas de su casa. Porque tiene a seres queridos en altamar, teme y recuerda aquella tormenta que derribó Bruks y tablados frente a Nuestra Señora del Pilar. Aquel polvo llegó a ser tan espeso, que oscureció todo. Ella quisiera un eterno día claro y con viento a favor que llevara a buen puerto a las goletas. En especial aquella que trae a Loreto.

Gregoria le diría que no debe mirar tanto el mar, los que lo encrespan son los "negros del agua", los *cambá-i,* le dicen los indios.

Luis interrumpe sus pensamientos tormentosos para decirle que, por el temporal en Fuerte Protector, el buque de Loreto no pondrá proa a Malvinas hasta que amaine.

42

—Ya, hermana, cálmate. ¿No ves que estoy bien? Te tranquilizarás con las cartas y regalos. Pero ahora, ¿podría tomar algo caliente? —Loreto entrega el capote a la negra Julia.

—Perdona mi ansiedad —lo abraza—. Pero he sabido que el viaje fue penoso y el desembarco difícil.

—La Providencia lo ha traído sano y salvo, mujer. —Vernet rodea los hombros de su cuñado—: No sabes Loreto, lo que me costó retener a María en las casas a pesar del aguacero.

La excitación aligera los pasos de María, la lleva casi en vilo a la cocina. No sólo café y budines sino, para luego, un gran banquete con sus platos predilectos: cordero asado, paté de ganso con nueces, cerveza recién llegada, panes de harina blanca, natillas y naranjas confitadas.

Les dice al ama y los niños que después podrán saludar. Que primero se aseen, que el viajero está muy cansado y trae novedades importantes.

María no se retira cuando Gregoria sirve los cafés.

Los hombres, que beben licor cordial, apenas reparan en las presencias femeninas. María entonces aprovecha para sentarse, muda, en un rincón.

—Luis, tendremos dificultades para prohibir la pesca de anfibios; no mandarán Bruks a vigilar las costas porque dicen que no los tienen. Buenos Aires, de factoría portuaria, ha pasado a ser metrópoli de campaña. Los estancieros se identifican con indios y gauchos y desconfían de los urbanos. El gobierno mira hacia la pampa y daría la impresión de que estas islas, por ser tan lejanas, les importan menos. Pero Parish, y a través de él el *Foreign Office,* han seguido con sus reclamos. ¿Qué será de nosotros?

—Loreto, yo he venido aquí nombrado por el gobierno que tiene derechos sobre las islas y a él me debo. Pero si por negligencia o tratados, estas islas cambian de bandera, lucharé para conservar lo que se me ha concedido. Desde 1823 vengo invirtiendo y, a pesar de que mis posibles

socios se retiraron por la guerra con el Brasil, sigo firme. He fletado doce Bruks a las Malvinas. En seis de ellos traje gauchos e indios con caballada criolla, para formar estancias y dominar baguales y hacienda cimarrona. Quedaré en la miseria si esto se pierde. Y yo soy un hombre de empresa.

A María le faltan fuerzas para intervenir. Es como si una ola grande, negra, estuviera por tragarla. ¿Otra bandera? ¿Vivir bajo otra bandera? ¿Reclamarle la casa? Su casa. ¿Las islas? Sus islas. ¿Qué pasa con los hombres, sólo hablan de negocios? Es cierto que Luis ha invertido todo su patrimonio, y eso también toca a su familia. Pero hay un sentimiento de patria invertido, por lo menos para ella... Si tuviese aquí a Domingo.... Seguro que él prepararía los cañones. ¿Y el Restaurador de las Leyes?

—Buenos Aires está cambiando, Luis, nunca he visto tanto chiripá, bota y chaqueta suelta. Los señores de posibles han abandonado el traje español. Pero paradójicamente, al ministro García, heredado del gobierno de Viamonte, lo llaman "el perfecto *gentleman* británico". Aunque su poder ahora no es dominante como en época de Las Heras, le sirve a Rosas como prenda de orden entre Parish y los comerciantes ingleses. No olvides que ese apoyo comercial le resulta imprescindible mientras no se consolide la unidad nacional.

—¿Es verdad Loreto, que a Parish le molestó la actitud delirante de la masa el día de la asunción de Rosas?

—¿Cómo lo sabes?

—Emilio ha traído la noticia desde Montevideo.

—Es que fue impresionante: la multitud desenganchó los caballos del carruaje de Rosas, ató trenzas de seda roja a las varas y lo arrastró a pulso. Parece que eso repugnó a Parish, que pidió su traslado diciendo que éste es un país desagradable y descorazonador.

¿Llevado a pulso como santo en procesión? —se preguntó María—. San Martín no hubiese aceptado eso. ¿Por qué los señores de la ciudad deben avergonzarse de serlo y disfrazarse de gauchos? ¿Por qué no hay un solo buque para patrullar nuestras costas? Nada bueno para Malvinas parece haber en lo porvenir.

María deja su sillón y va hacia ellos.

—Excúsenme, pero he escuchado. Algo debe poder hacerse para que nos tomen en cuenta. ¿Sabe Domingo lo que pasa?

—Como todo el mundo, hermana. Y me parece que vas a tener que ir aprendiendo los nuevos cielitos que se cantan en Buenos Aires: "Cielito, cielo que sí, cielito de los leales; con la sartén por el mango ahora están los federales".

A la luz del candil, María escribe. Moja la pluma en la tinta con cuidado, no sea que sus nervios la traicionen.

Querida madre:

¡Qué oportunos llegaron los presentes que envió con Loreto! Puedo asegurarle que, gracias a ellos, se ha mitigado algo el vacío que nos dejara la partida de miss Nims.

Sabe madre, es en los momentos duros cuando se ve el rostro verdadero de la amistad. ¡Es tan fácil llamarse amigo en los de alegría!

Créame que aquí todo adquiere otra profundidad, otro sentido, hasta amamantar a Malvinita, acunada por el reclamo permanente del mar.

Sé que usted se persignará, pero Gregoria, ya la conoce, dice que ése es el gemido de todos los ahogados que el agua se cobró. En fin, madre, eso no lo sé, a mí se me ha vuelto costumbre ese golpe rítmico que a veces parece acompasarse con el pulso.

Me siento en un sillón que el negro carpintero me hizo con madera de guindo y tela de vela y allí alimento a mi niña. Es diferente que con los otros y casi no necesito ama de leche, aunque por las noches, a veces, estoy muy cansada y entonces Benita toma mi lugar.

Quiero contarle que a Elisa, el ama, le han salido tres novios y se ha decidido por Mariano, el mozo del saladero. Se casarán cuando lleguen los muebles encargados al continente. Por fortuna, ella piensa seguir a mi servicio.

Gracias, madre, por el hermoso mantillón para Malvinita. Lo usará cuando la cristianemos, en la primera oportunidad que tenga de viajar. ¿Será algún día? No desesperemos.

Emilito está contentísimo con las acuarelas, le gusta mucho dibujar y ya ha pintado —dice— a sus hermanas. Pero también pinta el mar, aunque el de él es azul, como le enseñamos que era, y no gris o verde como el de aquí.

Luisita ama la caja de música y a cada rato oímos, desde su habitación, la melodía pegadiza.

En cuanto a Luis y a mí, nos gustaron mucho los abrigos de buen paño y le agradecemos, sobre todo, El último de los mohicanos *y* Los novios, *que leeremos y luego enriquecerán la biblioteca. Sabe bien cuánto significan los libros en Malvinas…*

43

Nunca encontró tan sólido su mundo real.

Durante el paseo que acaba de dar con Luis a la bahía que llaman de San Salvador, pudo contemplar el paisaje con tranquila mirada de dueña de casa.

Más de un año viviendo en Malvinas bajo la continua presencia de lo evanescente. Pero ya es hora, se dice, de palpar lo concreto y defenderlo. El perverso pegoteo de las pesadillas a veces le impide gozar de las flores de primavera, de las conversaciones amables, de la música, de los libros…

La otra noche —los hombres habían ido a la Estancia— decidió responder la correspondencia. Cuando le tocó el turno a la familia Pacheco y releyó la carta que éstos le enviaran, sintió el peso del tiempo y la distancia. El saludo de esa buena gente era con motivo de la Navidad del año anterior. ¡Más de ocho meses habían pasado! No pudo evitar una sonrisa melancólica mientras escribía unas líneas de agradecimiento, contaba las últimas novedades y terminaba deseándoles que estuvieran con bien para la próxima Navidad. Para cuando les llegara, ya no sería inoportuna la mención de las festividades. Le vino a la memoria cuántas fatigas había pasado Jorge Pacheco en las filas del ejército y al servicio de la patria. Y la estrechez que —a causa de los cambios en la situación política y la guerra— lo llevó a pedir el pago de deudas y la compensación por las pérdidas considerables. Finalmente, el gobierno le concedió permiso para trasladarse a la isla de la Soledad y usufructuarla. En el decreto se destacaba: “El Estado tiene derecho a disponer de aquel territorio del modo que crea más conveniente a los intereses de la provincia”. ¿Cuál sería ahora el interés del gobierno? ¿Por qué no enviaba naves para defender las costas?

María recuerda que Jorge Pacheco, desilusionado de su primer socio, un comerciante inglés llamado Shofield, intercedió ante Vernet. Cavila en el destino que había llevado a su marido a la gobernación de las islas y en las grandes inversiones y esperanzas…

Buscando lacre encuentra su diario.

Lo hojea como si se tratara de un texto escrito por otra. Siente ternura por esa cronista que, un nublado y ventoso martes 22 de diciembre de 1929, cesaba su registro con la excusa de aprontar cartas y encomiendas.

Tiene la sospecha de que esa interrupción no se debió solamente a las muchas ocupaciones sino a que todo aquello que en los comienzos le pareciera destacable por lo hermoso o por lo feo, había ido adquiriendo la ambigüedad de lo cotidiano. El agua no ha alterado su pureza, ni el pan ha cesado de bendecirlos ni las aves perdieron exotismo, ni las ráfagas de vientos callaron su avasallador ulular, ni los brotes de flores y verduras dejaron de ser milagrosos... Sólo ha variado la mirada.

Actualmente su mayor preocupación no está en las islas sino en aquello que sucede lejos de ellas. No permanece ajena a las turbulencias de gauchos e indios, al descontento de algunos colonos, o al entusiasmo emprendedor de la mayoría. Pero son las noticias que llegan del continente las verdaderas protagonistas. A pesar de ello, el paseo mañanero le ha resultado auspicioso. El sol, apenas tibio, parecía querer adelantarse al verano con un brillo cegador. Y las negras que lavaban en el arroyo cantaban y se movían con alborozo dominguero. Por eso volvió a las casas con buen ánimo y se prometió no desfallecer cuando los hombres con sus números y prevenciones hablasen de demandas de Inglaterra, de buques pesqueros sin permiso, de represalias...

Luis y sus hermanos, Alejandro y Emilio, a pesar de haber nacido en Hamburgo, desde muy jóvenes apoyaron la causa americanista. Nadie, en Buenos Aires, puede dudar de los esfuerzos de Vernet. Por qué, entonces, cuando Brisbane, Guillermo Dickson, y otros, llegan para encerrarse con el gobernador en el escritorio, ella se empeña en irrumpir para preguntar si les apetecerían pasteles o panecillos y si al té o al café no les gustaría agregarles la crema que no ha venido en la bandeja.

¿Por qué?

Loreto suele tocar el piano y hacer bromas cuando ella lo apremia con sus averiguaciones. Y su marido le acaricia el pelo y dice: “Paciencia, mujer, y verás cómo todo se arregla”. Pero él sigue enviando continuas cartas en varios idiomas y protestando cuando la respuesta se demora más de lo calculado.

Uno de los trabajos que le gustan es salir de recorrida. Suele llegar hasta la quinta, que en esta estación reverdece, y conversar con el quintero. Él se ufana de sus experimentos: ha logrado proteger las especies más delicadas con un manto de algas secas.

El saladero ya es una empresa en marcha: las redes de don Julio siguen llenándose. Y los campos de pastoreo prometen un ganado en

crecimiento. Los corderitos —que salpican el campo de motas blancas— fruto del mestizaje logrado con las ovejas que trajeron, encantan a los niños y entusiasman a los pastores.

El aserradero de *Statenland* provee la madera que se necesita para la construcción y han comenzado a exportar. La caballada crece. Los gansos abundan y hay colonos que elaboran paté. Y se hace buena factura de cerdo con los chanchos, que se crían gordos.

Aquella primera vez surge de tanto en tanto, y se ve llegar en andas, débil y temerosa, a una isla con nombre agorero: Soledad. Por eso quizá le complazca tanto ir de un lado para otro, porque así, además de probar sus fuerzas, entiende que su apartada y querida isla ahora no merecería ese nombre.

44

Luisita, regida por el metrónomo que el tío Loreto le ha puesto para que aprenda a marcar los tiempos, hace escalas.

—Con más ritmo, niña —dice el maestro, y recibe el mate mañanero sin sacar los ojos de su sobrina que, balanceando las piernas, toca a regañadientes. Le ha prometido a María ocuparse ese día de la lección de piano. ¡Estas mujeres! Falta todavía y ya están reunidas para planear la Navidad. Se les ha dado por confeccionar turrones, regalos y adornos como si quisieran igualar el brillo de las fiestas porteñas.

Loreto, a pesar de la mala noticia que acaba de darle Emilio, se alegra de poder alejarse del pobre piano. Y no menos Luisita, que cierra la tapa y sale corriendo rumbo a la cocina, de donde llegaban, desde hacía un rato, aromas de caramelo.

En la galería, el boyero con la cabeza baja, aprieta su gorra entre las manos.

—Las muy diablas escaparon del rodeo, no fue mi culpa, don Loreto, yo andaba atendiendo a la tordilla que está coja a causa de una espina.

—¿Cuántas vacas son?

—Como cuatro, nomás, don, o tal vez cinco…

—Ya mismo te vas a buscarlas con el negro Antonio y Remigio, el de los establos. Hay que encontrarlas antes de que anochezca —ordena Loreto.

—Si Luis llega, y siguen perdidas, va a tener un disgusto. Como si fuera poco lo sucedido ayer con los loberos. —Emilio hace un gesto de fastidio—. No es la única vez que, al llegar nuestros botes, ya no hay cosa viva que cazar. Depredadores es lo que sobra.

—Y desde mucho antes. Cuando por primera vez arribamos a estas islas, ¿recuerdas?, eran alrededor de setenta los balleneros extranjeros que iban despoblando mares y tierras. Y si nuestro ganado queda cimarrón, también se lo llevarán. Con tantos recodos para fondear, les será fácil desembarcar sin ser vistos.

Es una tarde calma, casi rosada.

María regresa acompañada por Elisa y los niños, que fueron a buscarla. Malvinita quedó a cargo del ama de leche. Sofía, empacada, se niega a caminar. Aunque el trecho es largo, la alzan y miman. Ya habrá tiempo —le prometen— para jugar con los muñecos que han comenzado a confeccionar con las otras mujeres. Luisita, ocultando una sonrisa, dice que el tío Loreto debió interrumpir la lección de piano por unas vacas que se perdieron.

—Menos mal que el tiempo está bueno para buscarlas. —María alza la vista—. Con niebla habría que darlas por perdidas.

—Es que las vacas son testarudas y no se aquerencian. Distinto es con los caballos, que siempre vuelven al pago —comenta Elisa recordando a Antonio Dickson.

—Hay vacas que sí son de aquerenciarse. ¿Te acuerdas de aquélla, muy flaca, que vino en el barco con nosotros y perdió su ternero? ¿Te acuerdas de cómo me seguía? Los chicos la llamaban la Tristona.

Bajan a Sofía. Ya es grande y tendrá que caminar.

La pequeña da unos pocos pasos y, escondida tras la falda de su madre, comienza a lloriquear.

—Tristona, Tristona —la burlan sus hermanos.

El día siguiente amanece nublado y con lluvias. Al despertar e ir a la ventana, María se preocupa por su hermano. ¡Toda la noche a la intemperie, y con este tiempo! Julia llega con el desayuno.

—Lástima, misia... Bajo el aguacero, no podremos ir en busca de leña. Ojalá que alcance la de la leñera pues hoy se hornearán panes y lechones.

—Está de Dios que llueva, Julia. Pero qué tienes, los ojos te comen toda la cara.

—Benita me ha dicho que es porque me puse a la luz de la luna con el pelo mojado.

—Tú mejor cuídate. Recuerda lo que te dijo el doctor. Y este domingo no vayas al baile.

—Está bien misia, no bailaré pero he de cantar. Toda la semana ensayamos cielitos con Marta, Antonio, y el guitarrero.

—¿Qué cielitos?

—Los de la negra nueva, que llegó con el capitán.

—¿La que trajeron hace unos días para presentármela y destiné al saladero?

—Sí, ésa.

—Mira, tan callada que parecía. Y qué dicen esos cielitos, ¿se puede saber, Julia?

—Bueno… hablan de nosotros, los negros, digo. Y los gauchos…

—¿Ah, sí? ¿Y tú los sabes? ¿Los puedes cantar?

—"Cielo, cielito, ya es tiempo,
hagámonos respetar,
porque si no volveremos
a ser mulas de collar.
"Allá va el cielo y más cielo
cielito de la alameda
si la patria no me paga
me paso a la montonera.

—¡Vaya con el cielito!, mi buena Julia. ¿Y cómo sigue?

—"¡Viva la Federación!
¡Viva la unión litoral!
¡Viva Juan Manuel de Rosas!
¡Y el partido Federal!"

Parece que soplan nuevos aires, le diría más tarde a Luis. María piensa que viajan rápido y ya han llegado a Malvinas.

Empapado y con el desaliento en la voz, Loreto informa que no han podido encontrar el ganado perdido. Recorrieron la campaña del norte pero, a causa de las lomas, se les hizo imposible verlo. Por más que anduvieron mucho ni siquiera encontraron huellas. Si las vacas se acercaran a las costas, ya otros darían buena cuenta. No hay que darles oportunidades a los intrusos, ha dicho Loreto.

45

Le da unas palmadas al sillón, se acomoda, y finalmente toma asiento, repitiendo para sí misma: “de mujer a mujer”.

En pocas palabras debería decirle al ama que se decidiera: o se casa lo antes posible o vuelve a ser la muchacha responsable de antes. Eso de olvidar los encargos, o retozar más que los niños, o quedar ausente cuando se la instruye... ¿Cómo era estar prometida? ¿Cómo enamorada? Sigue amando a su marido, pero ya se ha aplacado esa ternura irritable que le encendía el cuerpo y la hacía lagrimear y reír simultáneamente. Pobre Luis, bastante tiene él con los sucesos del continente que lo obligan a escribir cartas y buscar constante información, como para que ella le ande reclamando ternezas de festejante. “Hay que permanecer alerta”, no cesa de advertirles a sus colaboradores. Pero los hombres, de tan alerta que están, a veces no reparan en las mujeres que, sin dejar de prestarle atención a lo importante, también se ocupan de lo pequeño. Y añoran. Ahora que se le ha afinado el cuerpo, se puso a mirar en los arcones. Seguro que, de tener donde lucirlos, ya podría volver a entrar en la espuma de aquellos vanidosos vestidos. Y anoche desafió el hielo de las sábanas con uno de esos veraniegos camisones de tela muy fina. Pero qué pensamientos de niña los suyos. ¿Será culpa de Elisa? Como para fiestas y galanteos, cuando peligra lo principal. Y justo en esos momentos difíciles en los que Francia e Inglaterra, dos gigantes de Europa, compiten en el Río de la Plata. La Inglaterra seguirá expandiendo sus negocios y el puerto de Buenos Aires es la puerta por donde entran sus mercaderías. La Francia, en cambio, se ha asentado en Montevideo, pero ya no es la de la revolución y la Marsellesa sino la que acaba de entrometerse en Argelia: la bandera francesa no inquieta a Luis, por lo menos por ahora.

Son tantos los pensamientos que la rondan que podría tejer con ellos un tapiz. Las idas y venidas la llevan de un resignado desasosiego a un receloso optimismo. Sus parientes de Montevideo le han escrito que nunca se vieron en esa orilla joyas y telas tan bellas. El refinamiento francés los

hace soñar con un mundo de lujosa opulencia. ¿Acaso es malo soñar? Quizá lo que tiene a Elisa con los ojos vueltos hacia adentro son los muchos sueños. Los jóvenes es más lo que sueñan que lo que viven. Ella, en cambio, debe mantenerse firme sobre la tierra. Y despreciar la danza de visiones —ya sean frívolas o agoreras—, que sólo buscan apartarla del mundo real: su mundo, hecho de pan, leche, y cariñosa autoridad.

Las piernas envaradas, los brazos colgando a los lados, la cara de niña grande con gesto adusto, Elisa escucha a María. No le es ajeno aquello que su señora destaca, y está arrepentida por haberse dejado arrastrar, como una chiquilla, por esa efervescencia que la adormece cuando debería estar atenta y la despabila cuando debería dormir. Cómo explicar lo que a ella misma le cuesta reconocer. Porque a pesar de que a Mariano lo quiere bien y desea casarse, sigue despertándose en medio de la noche, empapada en sudor, y reprochándose que en sueños, una muchacha igual a ella, con la falda levantada, la blusa desprendida, se deje amar por Antonio Dickson mientras le niega a Mariano lo que ambos desean: ella ya conoció los ardores verdaderos y sabe hasta dónde pueden querer llegar esos besos engañosos.

Porque domina todo lo concerniente a su servicio es que la excusa, y porque ella y todos los de la casa le han tomado cariño, dice María.

Elisa asiente con un movimiento.

Y porque está segura de que se empeñará en enmendar aquello que la vuelve tonta, sin abandonar su natural alegría ni su buena disposición, agrega.

Elisa baja los párpados.

Ambas se complacen de haber terminado con la escena.

Elisa regresa al cuarto de los niños con paso ligero; las reconvenciones han puesto a la luz del día aquello que su corazón se empeñaba en ocultar. Ya no tendrá excusas para mentirse, y verá cómo conseguir que su cuerpo no ande haciéndole trampas a su cabeza en horas de trabajo.

—¿Usted cree, misia María, que para esta Navidad hará un tiempo tan bueno como para la otra?

—Sólo Dios puede saberlo, Gregoria. Dime, ¿por qué esta mañana no vino Julia a servirme?

—Es que le volvieron los chuchos de frío. Entonces, se puso esos paños que le dijo el doctor y se quedó echada hasta que se le pasara la calentura. Gabino dice que son los "malos" y la ha tocado diez veces para espantarlos. Tiene mano de santo el Gabino, misia María.

—Mejor sería que le rezaran a la Virgen.

—Lo hacemos. Y también a San Benito y a San Baltasar.

—Ya sé, ya sé. Y a algún brujo o espíritu…

—Es que los hay. Y se meten en el cuerpo del cristiano y si no se los saca…

—Santo cielo, Gregoria… —María se persigna—. Deberían usar más lanas en el invierno, y no salir al sereno mojados por el baile ni bañarse en el arroyo cuando el sol no está fuerte. Y deberán dejarse ver por el doctor en vez de hacer caso de los Gabinos que dan gritos y saltan. Cataplasmas, y mucha agua buena del arroyo. Dile que descanse y se alimente. Ya proveeré para que el doctor adelante su visita. Ve. —Señala la bandeja—. Me cebaré sola, o mándame a cualquier negrita que no esté ocupada. Tú, que eres de las más antiguas, pon orden: que no se fatigue a Julia con cánticos ni alaridos, y que se cocine una gallina gorda, que no hay como un caldo bien caliente y graso para aliviar los males de pecho.

Como deslizándose por un río de angustia va hacia la galería.

Nubes de tiza se apoyan en un océano metálico. A lo lejos, las gaviotas parecen fundirse en esa fragua de grises. Esa noche quizá vuelva a ver, con los ojos cerrados, el mismo paisaje. Los cielos diáfanos y altos suelen olvidarse con mayor facilidad que los que descienden, opacos y graves, para posarse sobre una tierra temerosa.

¡La Navidad a unos pocos días y ella con tan pocas ganas! Será porque en éstas no estará el negro violinero. Sufría de gota y ni el doctor pudo salvarlo. Y aquel pobre capitán que vaya Dios a saber de qué pestes del mar habrá muerto, sin siquiera bajar a tierra… Pero enfermedad no siempre significa muerte. ¿Acaso Perrins no había curado y Jon sobrevivido a la pérdida de sus dos pies? ¿Y los partos? El registro que lleva Vernet de los nacimientos indica que así como van, y a pesar de algunos descontentos que regresan al continente, la población de Malvinas crece. Julia ya antes tuvo toses y flemas… A rezar y a tener paciencia, entonces. Seguro que el doctor sabrá volver a curarla.

Un relámpago quiebra el horizonte cuando se dice que debe tener fe.

Queda a esperar la tormenta y a los hombres que se acercan a caballo. Mira esas tres siluetas queridas que trotan rumbo a las casas y levanta el brazo. Ellos le devuelven el saludo del mismo modo. Vernet, Loreto y Emilio, habían salido al alba para recorrer el campo de pastoreo y dar instrucciones al boyero, que bastante pérdida ocasionara, y a los

peones del tambo.

El chubasco la obliga a retroceder y refugiarse bajo el alero; no vaya a resfriarse como su buena Julia, piensa. Y piensa también en Brisbane, que ya debe de haber dejado los regalos y las cartas que ella enviara a su familia en Buenos Aires. Sabe que aún es imposible el regreso del capitán, que en noviembre debía tratar los asuntos importantes que Vernet le encomendara y que llegará después de las fiestas. Pero igual cree ver la silueta de la *Betsie,* negra y gallarda, cortando en dos la empecinada cortina de nubes.

46

Menos Antonio Dickson, que revoloteó sobre solteras y casadas echándole desvergonzadas miradas al ama que, modosa junto a su Mariano, se hacía la bella desentendida, el resto se habían mostrado agradables y educados. A pesar de que aún sentía la unción navideña y la pena por la ausencia del violinero, María bailó y departió amablemente con todos.

Fue idea de los alemanes dar fiesta de Año Nuevo para los colonos y los Vernet. Y allí estuvieron, disfrutando del buen tiempo que no hizo en Navidad. Para colmo Malvinita, que hubiese tenido que hacer de niño Jesús, anduvo llorando sin cesar desde antes de Nochebuena —según el doctor eran los cólicos de la dentición— y tuvieron que reemplazarla por Tomás: Jon y Leonor se mostraron tan solemnes como si fueran José y María y no se cansaron de agradecer que hubiesen elegido a su hijo para el pesebre viviente. Por fortuna la negra Julia se había compuesto y cantó en el coro, y hasta hubo que advertirle —por sentirse ella con mayor fuerza— que no anduviera en candombes y trasnochadas.

Para Reyes también hubo jolgorio: a nadie asombró que en las cuadreras salieran primeros Loreto y los hermanos Dickson. El portugués Jacinto también tuvo premio, pero no por llegar al tope del palo enjabonado sino porque es muy querido por la gente y la mayoría acordó hacerle un regalo. El encargado del almacén y el gaucho Rivero fueron los reyes de la payada y Marta y Gregoria, las reinas de la mazamorra y las tortas fritas.

Acaban de dar los cuatro cañonazos de bienvenida a la *Betsie* y María, en la playa, rememora, tal vez escribiéndole mentalmente a su madre. El capitán Bruks —que ha venido a aprovisionarse— dentro de poco pondrá proa al continente y con él irán cartas.

Los acontecimientos que durante los primeros meses se presentaran morosos, ahora dan la sensación de precipitarse. Cuando Bruks hizo bajar la canasta con naranjas de Santa Catalina, María se quedó mirando largo rato ese relámpago soleado y pensó en lo circular. Echó a rodar entonces su pensamiento hacia aquella época en que su marido, con profético sentido comercial, decidió asociarse con Pacheco. También rueda ahora, y en su rodar pasa por los festejos que cerraron el año 1830 y abrieron el treinta y uno. Inmóvil, María aspira el frío aire marítimo de su amada Soledad y contempla el bote en el que Vernet va a recibir a su lugarteniente. En Buenos Aires seguro ya debe de hacer calor y el humo de las fogatas para espantar los mosquitos hará picar los ojos. Y habrá ruido, mucho, en especial el chirrido de las carretas y el de los coches de viaje. Los caballos levantarán polvo, y el viento del sudeste las aguas del río. Pero sí añora: la ópera, el teatro, las tertulias... Sin embargo, no tolera la idea de regresar allí para siempre. ¡Ah!, si hubiese un mar de tierra no le importaría hacer cientos, miles de postas... A veces recuerda al poeta Esteban de Luca, ahogado en un naufragio, y sus versos, tan queridos y leídos, que hoy también naufragan en su memoria. Con tanto cielito novedoso en boca de negros, indios y gauchos, y las pegadizas tonadas, se hace difícil no hacerse eco, y hay veces que la asalta aquel que cantaban en el dieciocho, ridiculizando a los realistas: "Con mate los convidamos/ Allá en la acción de Maipú/ Pero en ésta me parece/ Que han de comer caracú".

Pensar que hasta el *Times* de Londres había escrito que esos cantos señalaban que ya nadie sería capaz de detener el impulso de la revolución en América.

Emilio y Loreto se han ido temprano a buscar turba. Ahora es la época de ponerla a secar para el invierno. María camina tomada del brazo de Luis. Con Brisbane, se acercan a las casas.

—He hecho preparar el té en la sala, ¿les parece bien?

—Sí, mujer, y así tú también te pones al tanto.

—Es que se esperan con ansiedad las noticias...

—Y los regalos y cartas de amigos y familiares —ríe Brisbane.

—Por supuesto, pero seguramente usted trae asuntos más serios.

—Creo, por lo poco que hemos podido hablar —dice Vernet—, que su gestión ha sido exitosa.

—O por lo menos ha servido para ganar tiempo.

Cuesta alejar a los niños, que sólo cuando reciben sus paquetes se van con el ama a la cocina.

Brisbane saca de su cartera unos papeles y se los da a Vernet.

—¿Cuál fue la actitud de Parish? —pregunta el gobernador.

—Poco complaciente. Y me advirtió que no chocáramos con ningún súbdito británico.

—¿No le ha explicado nuestras intenciones?

—Ya sabe de su puño y letra, gobernador, que si bien impediremos que depreden, nos complacerá que los buques, de cualquier bandera se abastezcan en los almacenes que hemos levantado en la costa.

—Parish sabe muy bien, capitán, que ningún británico ni tripulación británica ha encontrado en nosotros obstáculos para sus actividades; así que hay que ser cautos, pueden estar tramando algo. Creo que les ha molestado mi designación porque reafirma la presencia argentina en las Islas.

—¿El gobierno de Buenos Aires nos apoyará? —quiere saber María.

—Lo tienen muy entretenido la liga unitaria de Paz y el estado permanente de conspiración de los unitarios porteños. Esto ha llevado a ampliar ilimitadamente el poder de Rosas. Y si a todo se le suman los problemas con las provincias y la revolución jordanista en Entre Ríos…

—Pocas esperanzas nos quedan, entonces —dice María sirviéndole a Vernet otra taza de té.

—No tan pocas, mujer. La soberanía importa en cualquier punto del país por más alejado que esté.

—Pobre patria, tan herida —se lamenta María.

—A ser optimistas, que he tratado de ser convincente —dice Brisbane—. Ellos saben la influencia que tienen en el comercio de Buenos Aires, y no les conviene romper relaciones; no olvidemos que hasta el poncho del gaucho y los vestidos de la china salen de los telares de Manchester.

—Y, salvo el cuero, todo lo demás: las espuelas, los cuchillos… Aunque ahora, con la competencia del puerto de Montevideo, franceses mediante, vaya a saberse cómo será en el futuro. Lo que me preocupa es que Argentina es deudora de Inglaterra, y esto podría condicionar las decisiones.

Vernet va hacia el aparador y vuelve con ginebra.

—Una copita, capitán, vendrá bien para templar el ánimo.

—Me parece, Luis, que yo también necesito unas gotas en el té.

47

Con la negrita que Gregoria escogiera para reemplazar a Julia, que aún débil no puede salir, llega María al saladero.

—Pon la canasta sobre la mesa, Domitila.

Doña Mariquita recibe los huevos y panes; ella también tiene un presente para su amiga: escabeche de pescado y medias de lana para la pequeña Malvina que, con un otoño casi invernal, las necesitará.

—Qué tal la negra nueva, doña Mariquita, ¿es sumisa?

—Tiene su carácter, pero es buena para el trabajo. Eso sí, que no le quiten el canto, ni un domingo de candombe. A veces Mariano, que desde que está noviando con Elisa se ha puesto cantor, la acompaña con los cielitos.

—La música aligera el ánimo y favorece la tarea.

—Así es misia María. Y con la pesca abundante que hay, tendrán que cantar mucho.

Se ha nublado repentinamente y María levanta la vista con preocupación. Si cae nevisca se hará difícil la vuelta.

Mariano le alcanza un envoltorio con pescado; el padre del ama anda peor de la gota y ha de alimentarse bien.

—¿Nada más quieres enviarle?

El mozo se mira las manos cuarteadas.

—Envíele mis saludos misia, y que la veré el domingo.

Se alegra, a su regreso, de encontrar en las casas a Loreto y Emilio. Con el escabeche que trae y el cordero que se está horneando, harán una comida de agasajo: ambos tienen pocas oportunidades de comer sentados a una mesa. Entre *Statenland,* la estancia y el campo de pastoreo, abundan los días de asado, mate y galleta a la intemperie.

Loreto y Emilio cuentan que una goleta francesa había llegado para

abastecerse, y ellos se unieron a sus marinos que brindaban por Luis Felipe, porque el rey es amigo de la República. Recuerdan que Pueyrredón había propuesto un rey francés para reinar en la Argentina y Belgrano uno inca. Ríen por los reyes que se han perdido. María pregunta, con sonrisa pícara, si Rosas, a su vez, no está reinando.

—¿Puedo saber de qué estaban hablando? —pregunta Vernet al entrar y ver a su familia de ánimo alegre.

—De los franceses, Luis Felipe, y el vino excelente de sus bodegas.

— Pero no todo fueron risas —dice Emilio—. También hubo quejas.

—¿De nuestro abastecimiento?

—No. De las leyes del gobierno de Buenos Aires. Pues mientras norteamericanos e ingleses, que hacen pingües negocios, no están obligados a nada, los franceses, por el solo hecho de tener propiedades en el país, deben hacer el servicio militar y se los puede enrolar para cualquier guerra, menos la civil.

—Ya se sabe que a Rosas no le gustan los gringos. Pero, por lo visto, hace diferencias.

—Me han contado que en el *Manual del estanciero* escribió que en la estancia no pueden permanecer los cuzcos, los gringos, y los doctores. Para él los cuzcos molestan, los gringos no saben bolear ni usar el lazo, y los doctores son teóricos que piensan en Europa y viven de espaldas al país…

—Habrá que ver… —Vernet mira a su hermano—, en qué grupo nos pone a nosotros.

48

¡Oh, Dios, cómo llueve! María levanta la cabeza de su costura. No ha ido hoy al taller y está sola en su habitación. Llueve sin pausa y la ventana cruje por la fuerza del agua que golpea y golpea... "Niños, entren, no más resfriados por andar descalzos y mojándose sin capotes." La voz de la negra vieja le llega desde el fondo del tiempo... en la quinta.

"Amita, resguárdese bajo la sombrilla", dice ahora la negrita del mate, que la acompaña a misa.

"Cuidado que no se te moje la estera, Dominga, que deberé arrodillarme en el suelo frío."

Otros días, otras lluvias, otras voces. ¿Desde cuándo la acosan de este modo los recuerdos, las asociaciones?

Ayer, la mano oscura de Gregoria, mientras amasaba, le ha parecido una gran araña. Siente repulsión por las arañas, sus patas que se mueven y trepan, la mano de Gregoria en la masa; pero qué tonta, no hay arañas en Malvinas, sólo en San Isidro, no habrá más arañas en su vida.

Pero cómo llueve. Parece que brotaran hongos, todo está húmedo, viscoso, y cuesta secar la ropa tendida frente a los fogones. Por suerte los niños están entretenidos con las pinturas y Malvinita duerme serenamente en su cuna.

Cae un leño, se quiebra en dos, una nube de chispas sale del hogar; la lluvia furiosa hace más acogedora su habitación. ¿Estarán todos bajo techo, como ella? Jacinto el portugués que acompañó a Loreto a arriar vacas, los colonos... Ojalá estén al abrigo. La intemperie es durísima en Malvinas.

—La negra Julia empeora, María —dice Luis, que acaba de entrar—. La he hecho trasladar a la habitación de los altos, la que ocupaba Doris; allá arde buen fuego y estará confortable. Hay que bajarle la fiebre y ponerle untos en el pecho para que ceda esa tos que tiene.

—Luis, ¿no será tisis? —pregunta María con gesto preocupado.

—Es posible, pero no tendremos doctor por el momento. Hasta que no

cese la tormenta, ningún buque podrá llegar a la bahía. Y el médico, además, no tiene prevista visita hasta dentro de dos semanas.

—¡Pero no podemos dejarla morir! —María se levanta y arroja la costura—. ¡Mi pobre negra, iré a verla!

—No, por ahora. —Luis la detiene—. Sé prudente, María. A veces estas fiebres pueden ser contagiosas.

María siente, con fuerza, la imposición de la lejanía, del aislamiento. Su castillo de piedra está demasiado lejos, demasiado solo, demasiado indefenso.

49

La muerte hiede a lobero.

Pero por suerte, apenas María abre los ojos, aún está en su casa, en la que reina la habitual mezcolanza de olores que dejan las velas consumidas, la leche derramada, el almidón, el pan, que componen el aire de siempre... Entonces es más fácil salir de la cama temprano y comenzar con las tareas.

La mañana, prolongación de esa funesta noche, también se oye. Y en ella trajinan sus servidores: yendo a la leñera, cociendo papilla, horneando, puliendo. La friega de cacharros es interminable. Con tanto niño pequeño y los hombres de la casa que llegan a toda hora y hay que atenderlos, no se pueden colgar los estropajos. Cualquiera que arribe a las casas es invitado a entrar y calentarse por dentro y por fuera: el frío lastima la cara y las entrañas. Chocolate que queme, mate espumoso, tortas recién fritas, aguardiente... Y la persistencia de la tos viviendo en el piso alto, donde antes miss Nims hacía vivir los versos de los poetas ingleses y sus fragantes cajas de té.

Repasa las actividades que se ha propuesto desde que oyera las seis campanadas del reloj: hacer velas, coser capas para los más pequeños, tejer mitones y bufandas, responder la correspondencia, dar instrucciones a las cocineras... Ayer Otto les ha traído unas aves gordas y una confitura agridulce, especialidad de Iutta.

A María le cuesta pensar que la diligente Leonor —que tanto sabe vigilar el sebo y los pabilos como cortar telas sin error y hacer colchas y manteles de ganchillo— sea la misma "ninfa de los toneles de azúcar", que se tragara la ladrona oscuridad. También le cuesta pensar en aquella primera lápida, protegida por una bolsa de lona para que la lluvia no borrase el nombre. Cavila que aún la muerte ignota tiene apellido, y que a pesar de que resulte ajeno el que se lee, siempre asomarán las letras del propio o la de algún ser querido. Vernet dice que ella ve fantasmas en las sombras. Puede ser. A veces uno se topa con su sombra y se espanta.

Cuando a través de la ventana contempla las amistosas naves fondeadas, cree ver el espectro de una goleta enemiga. Entonces se dice que es culpa de Doris y ese poema de Coleridge con una sola y fúnebre tripulante.

Mejor pensar en fiestas y no en entierros, se reprocha. El treinta de agosto, aniversario de la toma de posesión de las Islas, harán un acto de conmemoración y darán baile. Loreto ha progresado mucho en el canto, y Elisa sigue cautivando a quien la escuche —y la mire—, piensa con apaciguado recelo. Pero recuerda que su repertorio musical también ha crecido —gracias a las partituras y letras que le envían sus amigas del continente— y que ella no quedará desmerecida cuando su hermano y el ama hagan un dúo. Sí; el piano y las canciones. Y el liviano ensueño de la danza y las charlas triviales.

Emilio y Loreto salieron al alba. El boyero y el matarife los acompañan.

Las reses que se crían cerca están flacas por el campo húmedo, y algunas hasta se han muerto; el ganado gordo pastorea en el sur pero hay que matarlo ahí mismo, porque si se quiere traerlo andando o se muere en el camino o, por cansado, hay que dejarlo en pleno campo.

María preferiría no tener carne de vaca para servir antes que saberlos en excursiones de sacrificio, pero todos los de la casa gustan del asado de res y, cuando de tanto en tanto, Loreto lo trae de la Estancia, con cuero, lo disfrutan mucho.

Vernet se fue en la *Betsie* para *Statenland,* donde cargarán madera; el cuarto de los niños es muy grande y harán una división con tablas y abrirán otra ventana: Malvina, Sofía y el ama, irán de un lado; Luis Emilio y Luisita, los mayores, del otro. Las ocupaciones y juegos son distintos, pero cuando el tiempo es bueno y salen a retozar, los cuatro se igualan, hasta Elisa. Y también María, porque cuando ensancha su vista con las costas y el majestuoso planeo de los pájaros, acepta el desafío y comienza a volar. La mayoría de las veces ese vuelo es propiciado por la lectura y el piano. Con Manzoni rememoró, feliz, su propio noviazgo, y gracias a Mendelsohn pudo soñar con una larga noche de verano, a pesar de que en Malvinas las noches exhalan un constante aliento frío y es aconsejable acortarlas con buena compañía y fuego en la chimenea. También las queridas cartas ayudan a que le crezcan alas y cruce el temerario océano.

Querida María:

Parece cuento estar escribiéndote a esas islas lejanas, me cuesta

entender que estás allá y no volveremos a pasear por el Parque Argentino, ni escuchar ópera o ir al teatro.

Perdóname, Marica, que haya demorado mi carta, pero mis días tan tranquilos siempre y dedicados a la vida social o a la beneficencia, están algo alterados por el casamiento de Petronita. Sí, la pequeña se casa con un buen mozo, el menor de los Anchorena. A mí no me gusta que el futuro suegro esté tan metido en política —y de la colorada, tú me entiendes— pero ellos se quieren mucho y supongo que comerán perdices. Lo cierto es que la querida hermanita se casa y se va al campo a vivir pues el marido es estanciero. Tú sabes, los Anchorena, y ya la veo siempre de amazona y con la fusta en la mano. Aunque te digo que montar es la moda en Buenos Aires, los porteños de 1830 viven a caballo.

Pero no hagas caso de mis comentarios respecto de mi hermana, a lo mejor es envidia porque ya tengo veintisiete y sigo soltera, picoteando como dice tía Pascuala. Y sí, tú me conoces, me gusta el coqueteo amable, a la francesa, y que no va a mayores, de todos modos seguro que quedaré para vestir santos.

La boda será de campanillas, ¡qué picardía que no estés!, en la sala de los Anchorena, para lo cual han dispuesto un frente de altar de madera tallada en oro a la hoja, con dos ángeles al costado, del siglo XVIII. Se casan en su propia sala por tradición y con permiso especial del obispo, para que pueda asistir desde su lecho la abuela Rosario, que está postrada.

Con el asunto de la boda, todas las modistas de Buenos Aires están ocupadísimas y bizcas de tanto frunce y alforza.

El señor Masculino se la pasa diseñando peinetones que, te digo, cada vez están más de moda.

A mi vestido y el de mamita los traen de París y los elegimos en el catálogo. Espero me acierten con la medida. A Montevideo hemos encargado collares de muchas vueltas que están a la page.

Aunque la boda es el mes entrante, ya han recibido muchos regalos: tu madre envió un cofre precioso, de plata repujada del Perú, con dos cajones y espejo. Y Mariquita Sánchez un macetero de esterilla con cabezas de dragón talladas en madera, muy hermoso.

Hablando de Mariquita, te diré que sigue teniendo fuerza en la Sociedad de Beneficencia y —seguro ya sabrás por tu madre— protege al pintor Pellegrini, que se ha convertido en el mimado de la sociedad porteña. Con decirte que todos le llaman Carlos Enrique, así, a secas.

Ha hecho buenas pinturas de la procesión de la Virgen del Pilar y de algunas de nuestras amigas. Manolita Garmendia posó con un

peinetón de tres aspas y mangas abullonadísimas como se lleva ahora.

También un joven apellidado Echeverría, recién llegado de Francia, ha resultado un suceso con sus poemas, que leyó en lo de Mendeville.

Yo voy como siempre al costurero de la Parroquia y al de la Sociedad a coser ropa para los pobres y también estoy haciendo un disfraz de ángel para la más chiquita de los Pacheco, pues ahora es la moda disfrazarse: los niños de ángeles —y a caballo, qué cosa más loca— y los mayores de leones o tigres.

Y hablando de tigres, te diré que el Tigre Quiroga se refugió en Buenos Aires después de que Paz destruyó su ejército.

Yo creo que esta ciudad se vuelve frívola, porque alrededor hay tanta discordia.

Espero que disfrutes de los vientos y la lluvia, mi querida, ponte bastante glicerina en la cara, que queremos verte siempre linda.

Cariños de mamita para ustedes, te quiere muchísimo, tu amiga,

Dolores

50

Aunque secas, las flores de la colección de Emilio instalan anticipadamente la primavera.

Los niños han pedido verlas otra vez, para compensar la aridez del invierno.

—¿Estas son las de la orilla del arroyo? ¿No tenían un amarillo más fuerte?

—Sí, sólo que al secarlas, se vuelven más tenues.

—También nuestra piel pierde color y lozanía con el paso del tiempo.

—Ay, cuñada, ni que tuvieras tantos años. Te ves mucho mejor que cuando llegaste.

—Bueno estaría que no lo estuviera. Llegué embarazada y descompuesta por la larga travesía.

—A mí me gustó viajar en barco —dice Luis Emilio—. Cuando sea grande seré gaviero.

—Y te caerás de cabeza —se burla Luisita.

—¡Qué tonta, no entiendes nada!

—Niños, si no se comportan, volverán al cuarto —dice Vernet, con fastidio.

Desde que sabe que está a la firma un decreto que lo facultaría para cobrar un impuesto de cinco pesos por tonelada a los buques pesqueros —que va a reemplazar la prohibición de la pesca de anfibios, dado que no se contaba con Bruks para patrullar las costas—, autorizó a Brisbane para que, en su nombre, inspeccionara las naves infractoras. La circular en inglés que, desde los comienzos, distribuyera entre los capitanes que merodeaban la zona, no los había amedrentado y seguían matando lobos y ovejas.

Por eso, a pesar de la amable reunión en familia, su pensamiento está lejos.

Y no se equivoca.

Cuando esa misma tarde del 30 de julio de 1831 llega el comisionado

de Brisbane para informar que, en aguas de jurisdicción, ha sido apresada la goleta norteamericana *Harriet,* Vernet acaba de convencerse de que comienza una etapa de difícil litigio.

El cónsul de los Estados Unidos en Buenos Aires, George Slacum, opina que el pueblo de los Estados Unidos tiene el derecho de pescar y cazar donde quiera. Y así lo comunica al presidente Jackson. Entonces no son vanas las angustias del gobernador, que le avisa a María que saldrá en bote hacia la goleta *Harriet* y no sabe la hora de regreso.

—¿Tan grave es? —pregunta María.

—Era de esperar. Ahora hay que tomar medidas —le acaricia la mejilla y la besa—. No te preocupes mujer, por esta agua siempre anduvieron piratas: deberán aprender a respetar las leyes de un país soberano.

María va a dedicarse a escribir cartas. Bruks viajará pronto al continente y piensa aprovechar para enviar encomiendas. Le debe un regalo a Petronita y le encargará a su madre que compre, en su nombre, un reloj…

Es inútil, se dice. Ya tiene los dedos sucios de tinta y no ha escrito una línea. Moja la pluma, la apoya en el papel, y queda mirando el vacío. Tal vez el mismo que la noche cava alrededor del bote en el que va Luis. La noche hace que la tierra semeje ser plana. Quizás el horroroso mar nocturno también guarde en sí un precipicio. Imagina el oleaje alto y rotundo cayendo en cascada hacia un lugar donde cientos, miles de Bruks pescadoras, como gigantescos insectos, aguardan a su presa.

Mister Davidson, capitán de la *Harriet,* que ha sido conducida a Puerto Soledad, protesta; ¿acaso el bergantín inglés *Adeona* no andaba por ahí cazando focas desde tiempo atrás? Brisbane dice que ya le ha advertido a Low, capitán de la *Adeona,* que habrá que pagar impuestos. Del edicto de prohibición todos han hecho caso omiso hasta ese momento, dice Vernet, molesto por el tono altanero de Davidson, y que hubiera infractores no significaba que seguirían tolerándolos: las órdenes del gobierno de Buenos Aires eran precisas.

Desde el camarote del capitán, Vernet mira el oleaje. ¿Cuánto tiempo tardará el gobierno de Buenos Aires en juzgarlos? Habrá que tomar previsiones para que no huyan. El oscuro balanceo de la nave no es para él —asiduo viajero—, algo nuevo. Pero éste, quejoso, constante, cruje en su cabeza. ¿Será posible convencer a hombres tan arrogantes a quienes sostiene un país fuerte?

51

El médico, un hombre enjuto de ojos pequeños tras los cristales de sus lentes, baja desde los altos. María oye el crujido de la escalera y le suena a lamento.

—¿Y, doctor? ¿Cómo encontró a Julia?

—Como sospechábamos, es tisis. Me temo que el desenlace es inminente.

—Pero por lo menos..., algo habrá para aliviarle el sufrimiento...

—He traído cortezas de sauce para las fiebres, y una mixtura de yerbas que calma la tos. Aconsejo que la alimenten bien y le den muchas infusiones con miel. Si el verano no estuviera lejos, el sol ayudaría. En Buenos Aires se los manda a tomar el aire de las sierras.

—El sol es tan esquivo, aquí, doctor. Y con las colinas no alcanza...

—Sin duda. He comprobado el fuego que hay en la chimenea; manténgalo así.

El doctor Eustaquio Méndez, de buen talante, acepta el convite: un licor y confituras de anís. Después, hará una recorrida por las Bruks de los negros para ver si hay alguno enfermo. No sea que, por imprevisión, tuviera que regresar pronto; estos viajes a Malvinas, durante el invierno, no son nada fáciles. Él ya tiene treinta y seis años y no es lo mismo que cuando era mozo. María le comenta su preocupación porque Malvina está fastidiosa y llora cuando se le aprietan los oídos.

—Póngale unas gotas de aceite caliente y no la saque sin cubrirle las orejas. A propósito, doña María, ¿cómo anda el gobernador? Por lo visto, atareado con esos norteamericanos. Mándele mis respetos.

El doctor sale apresuradamente, maletín en mano y con las solapas levantadas, al frío de la tarde. Por la ventana, María lo ve alejarse hacia las Bruks, un hombrecito cada vez más pequeño que resalta en la blanca planicie. Luego, volverá a comer con ellos.

En la bahía, semiocultos por la nevisca, se mecen los navíos: la *Betsie* y la intrusa *Harriet.* Imagina, más atrás, aquella goleta que naufragara a la

entrada de la bahía, antes de que ellos llegaran. Ese dedo oxidado, la *Ucrania,* sigue apuntando al cielo. María levanta la vista; sólo ve una cortina sucia hecha de lluvia y nieve, que va robándole poco a poco el paisaje. También sus ojos están velados: su pobre negra, agoniza.

Con la capa de seda orlada con finos bordados, uno de sus tesoros que saca del arcón, María sube. Pisa cada escalón con premeditada lentitud. Parece un paje llevando el almohadón de su señora. La enferma, como una desdichada reina africana, no abandona el lecho desde hace más de dos meses.

Aunque las velas de olor perfuman y Gregoria se encarga del aseo de Julia y del cuarto, huele a alcanfor y a muerte. Los jarabes y ungüentos, dispuestos sobre una carpeta muy almidonada son, junto a la jarra de agua, un vaso, y dos cucharas, el único adorno, además de los contradictorios objetos de culto: un crucifijo, y una higa tallada en madera oscura para espantar los malos espíritus.

Es el turno de Domitila, la negrita del mate, que no cesa de cumplir las órdenes del doctor. Y tanto está poniéndole paños en la frente, como untos en el pecho.

—Julia, te traigo esto para que cuando recibas a las visitas estés linda y abrigada. —María extiende la capa sobre el quillango que cubre la cama. La prenda resplandece a la luz del fuego.

—¡Es muy bella, misia María! ¿Pero no recuerda que los negros tenemos prohibido usar sedas, orlas y perlas?

—Eso será en Buenos Aires. Aquí la ley dice —sonríe— que sí puedes usar cualquier prenda que quieras. No es ley escrita, pero vale lo mismo.

La negra sabe —piensa mientras baja la escalera: ella le ha dicho que vio morir a otros que escupen sangre. Y hoy, ha manchado su pañuelo.

52

Sí, puede recordar la sensación que tuvo cuando los capitanes, hablando en inglés, se fijaron en las nubes que se iban redondeando, consistentes, y rieron.

Pocas ganas de reír tiene María, a menos que la risa la provoquen sus hijos, siempre tan dulces y graciosos. Pero, como dice la risueña doña Mariquita, envuelta en los vahos del pescadero como si se tratara de nardos: "Hay que tomar la vida con alegría".

Y no escasean los buenos momentos en la isla Soledad. Sólo que los encierros de los hombres en el escritorio, y los conciliábulos comerciales entre los tripulantes de la goleta capturada y algunos colonos, y la mucha provisión de alcohol que va y viene, y las miradas huidizas, y la negra Julia que empeora... Las preocupadas manos que cargan sábanas limpias, infusiones malolientes, jarros de agua fresca, casi no suben comida, apenas un caldo muy gordo para hacerle beber con una lenta cuchara, que las más de las veces se queda a mitad de camino porque la enferma se va en flemas de sangre.

Gregoria le ha dicho que en su delirio, Julia llama a Félix, su padre, un negro cuyo cadáver arrastraron hasta un zanjón de los suburbios de Buenos Aires para que dieran cuenta de él los perros y cerdos sueltos; también invoca a su madre, que hoy sirve en muy buena familia pero que al llegar de África había sido marcada a fuego, igual que otros negros. Si Julia se ha salvado de la carimba, ¿por qué ahora ese hierro candente le parte el pecho en dos? El negro ladrillero con el que noviaba antes de la tos dice que hay que restituirle la energía que el diablo le está robando. Los dioses son atraídos con la demanda del parche, pero la manosanta ha asegurado que nada puede salvar a la negra Julia: y las cartas no se equivocan.

No la curarán con brujerías, protestó el doctor Eustaquio, que trajo raspaduras de tronco de sauce para tisanas y un linimento calmante que se lo untan día y noche, remedio que tiene a las negras montando guardia

alternada y durmiendo de pie en los rincones.

La vigilia nocturna se le ha pegado a María, que se arrima a Luis para oírlo respirar y contagiarse de esa rítmica tibieza. Desde que la muerte habita en los altos, hacen el amor con mayor frecuencia, y ella sale de la cama varias veces para tapar a Sofía, alimentar a Malvina, mirar si los grandes tienen un sueño tranquilo y si el fuego de la chimenea no se ha apagado. El ama, sólo una vez, sobresaltada, vio a su señora deambular por el cuarto y se disculpó, pensando que uno de los niños se había desvelado sin que se diese cuenta.

—Duerme, Elisa —le dijo, acariciándole el pelo. Y con ese ademán también acarició a una joven María que pronto iba a casarse con un mozo venido de Hamburgo.

El ama también está por convertirse en esposa; falta poco para que lleguen los muebles del continente, piensa. Y en la silenciosa mañana se abriga y sale para ver la *Harriet,* prisionera sin grilletes, que se balancea, indiferente, en el aire frío.

Esta vez agradece la cachetada de hielo. Huele a limpio afuera. Y la goleta norteamericana, si no fuese por su persistente bandera, sería igual que cualquier otra que llega para abastecerse.

—No creo que pase de hoy —dijo el médico ayer.

Pero los pasos presurosos en la escalera eran todavía los de la vida.

También el negro Gabino había dicho que el espíritu dañino no daba tregua y que en pocas horas la mataría.

Se está mejor en la playa, entonces. Los pájaros y el agua no dan cuenta de lo que sucede en la habitación de los altos ni hacen caso del barco intruso. Todo sigue igual. Todo.

53

Repetir un hecho no sólo significa su multiplicación. El monstruo ahora tiene más cabezas que cortar.

A la *Harriet* se le añaden, el diecisiete, la *Breakwater,* y el diecinueve, la *Superior.* La captura fue por un mismo motivo: pescar y negarse a pagar el impuesto ordenado por Buenos Aires.

Los mástiles tejen un cielo cuadriculado que el viento desordena. Y en el escritorio del gobernador, papeles y documentos intentan tejer el futuro.

María, como la mayoría de los pobladores, suele ir hasta el muelle para asombrarse del cambio.

Guillermo Dickson es el encargado de llevar las provisiones de su despensa a los Bruks. La pulpería se ve inusualmente concurrida por los marinos que hablan en inglés y consumen más cerveza que ginebra. Circula dinero en lugar de los vales emitidos en Malvinas para pagar a los peones cuando éste no llega del continente.

Y se ven pocos gauchos e indios en la pulpería, que va tomando el aspecto de los bares portuarios de *Stonnington.*

Los nuevos parroquianos son loberos, acostumbrados a faenar animales aún calientes y a buscar sitios propicios para el saqueo. Por eso, aunque prisioneros, se comportan como dueños de casa.

Poca calma también en casa de los Vernet, que aguardan las órdenes. Un tribunal deberá juzgar a los infractores, en Malvinas o en Buenos Aires. Mientras tanto, la pequeña y laboriosa aldea hierve de comentarios. El boyero vigila doblemente su ganado, no fueran a carnearle una vaca. Y las ovejas se dejan a galpón. Los del saladero reciben varias visitas de los tripulantes que, mientras miran con admiración especulativa los progresos de la empresa, encargan su bolsa de sal y abundante tasajo para la travesía. En ellos reina la certeza de que serán rescatados y no deberán enfrentar a la justicia. Desde siempre, las aguas del mundo han sido sus aguas.

Muchas veces María se refugia en el muelle para escapar de las

visiones de la muerte de Julia. Mira absorta ese ir y venir y oye las imprecaciones brutales de los hombres ajenos. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta tener una respuesta del gobierno? Las embarcaciones tardaban lo que el viento dispusiera, y habría que ver ahora cuándo llegarían los pliegos de Buenos Aires.

Quisiera recobrar aquellas veladas de piano y canto en el salón grande, las visitas a doña Mariquita y a Iutta. Y cuando Leonor llega furiosa porque un marino borracho de la *Breakwater* intentó manosearla, María comprende que hasta no tener resuelto el problema, las goletas seguirán alterando la vida normal de las islas. Pero mejor no contarle nada a Luis; tampoco Leonor le dirá nada a Jon, que no puede defenderla.

Y para colmo, la invariable presencia de Domitila diciéndole que ya nunca volvería Julia a cebarle el mate ni a trenzarle el pelo. Con su capa de orla bordada pidió María que la enterraran. El ruido del martillo que clavaba el cajón volvía a sonar: con cada golpe de ola en el flanco de las goletas, con el sonido acompasado del reloj, con el viento que entrechoca las lámparas contra los mástiles, y con el fúnebre trepidar de las ventanas.

54

No siempre existe concordancia entre el ánimo y el paisaje.

Pero sí la hay ese 30 de agosto, día de Santa Rosa, encapotado y ventoso, en que se lanzan los veintiún cañonazos que conmemoran la soberanía argentina y la toma de posesión.

Un grupo de hombres y mujeres se apiñan alrededor del mástil. En el tope, la bandera tiene un significado distinto. Para los colonos y los Vernet, es la tierra propia; para los marinos norteamericanos, un impedimento: ellos —se dicen— en poco tiempo volverán a pescar libremente.

Malvina, bajo los mantillones de lana, duerme, plácida, en los brazos de Elisa; ni las salvas pudieron despertarla. María toma de la mano a Sofía y Luisita. Luis Emilio, junto a sus tíos, muy atento, espera que su padre lea, como el año anterior, la proclama de su nombramiento y comience el convite.

María asiste a la ceremonia y no puede evitar que a ésta se le superpongan las imágenes de su primer treinta de agosto, con cielo claro y cintas azules y blancas en los sombreros.

Abajo, a su espalda, en la bahía, los marinos extranjeros quizá siguen desde lejos el ritual. Los adivina allí, y hay algo más intenso que el frío que la estremece. Quizá por eso, la proclama resuena en ella con más fuerza.

"El comandante político y militar nombrado por el Superior Gobierno de Buenos Aires, en consonancia con el decreto del 10 de junio que acaba de leerse en público, ha elegido este día por ser el aniversario de Santa Rosa de Lima, patrona de América, para ejercer de nuevo un acto formal de dominio que tiene la República de Buenos Aires (sic) sobre estas Islas, la Tierra del Fuego y sus adyacencias situadas al Sur de la parte meridional de la comandancia de Patagones hasta el cabo de Hornos, y al efecto ha resuelto enarbolar en este día el pabellón de la república, saludándole en la mejor forma que permite el naciente estado de esta población. El comandante espera que cada uno de los habitantes dará en todo tiempo ejemplos de subordinación a las leyes, viviendo como hermanos en unión y

armonía, como si fueran hermanos a fin de que con el incremento de población que se espera, y que el Superior Gobierno ha prometido fomentar y proteger, nazca en su territorio austral una población que haga honor a la República cuyo dominio reconocemos. Viva la Patria."

La fecha no debe pasar inadvertida, y si bien no hay espíritu festivo, habrá un chocolate con pasteles y un brindis. Lentamente el grupo se dirige a las casas, donde esperan Gregoria, Domitila y Benita.

A pesar de que los Vernet y sus colaboradores son conscientes de la amenaza que anida en la bahía, y que tiene raíces en las ambiciones y métodos oscuros de los poderosos, disimulan y esperan. Los pobladores no deben contaminarse con esa marea que crece, miedosa y desconfiada, cada vez que llega una noticia o se avista un barco.

Brisbane comunica a Vernet la llegada del capitán de la *Superior.* El gobernador lo recibe con cortesía y le ofrece el vino del brindis. Carew, de la *Breakwater,* y Davidson, de la *Harriet,* no están de acuerdo con la propuesta que trae el capitán de la *Superior,* porque aseguran que nada podrá impedirle a los Estados Unidos navegar y cazar en la zona. El capitán, sin embargo, cree que lo justo es aceptar el mandato del gobierno de Buenos Aires. Pero como su función es ganar dinero, ofrece un trato: pescar en aguas del Pacífico y dividir las ganancias.

María, que ha visto con recelo la visita del norteamericano, toma una bandeja de pasteles y se acerca al escritorio. Ha comprobado que Luis, por no inquietarla, últimamente trata de no hablar en su presencia. Eso le da cierta sensación de inseguridad y malestar, pues desde que se casaron, siempre han compartido todo. Necesita saber, se siente tan ligada al destino de esas islas que no entiende esa conspiración de silencio entre Luis, Emilio y Loreto.

Los colonos extrañan la compañía de la música. Entonces le piden al ama que cante; su voz es tan alta y melodiosa, que aun se luce sin acompañamiento. Tristes y cielitos se van alternando, y el calor del chocolate y los licores logran trastrocar aquello que latía, incierto, en el corazón de la ceremonia. Los peces siguen llenando las redes del pescadero, los campos de pastura pronto volverán a reverdecer, y el ganado descansará en los pesebres.

55

—Ya están aquí los muebles, Elisa. Sólo queda fijar la fecha —dice Mariano.

—Sería mejor en octubre o noviembre, que el tiempo mejora, y podremos adornar el salón con flores. Misia María ha dicho que si no llueve, festejaremos en la galería de las casas. Además con Leonor estamos bordando sábanas, y entre todas las mujeres del taller me coserán un vestido y quiero darles tiempo.

—¿Y a mí, cuándo me lo darás?

—A ti te daré todo el que me resta vivir. ¡So tonto!

Elisa mira a Mariano con ternura. Ha aprendido a querer mucho a ese mozo algo simple, pero muy hombre. Sabe que con él no frecuentará los salones, pero en cambio criará hijos y tendrá una familia. Y eso, para aquella niña que creció sin madre, es lo más importante.

El capitán Bruks, que ha llegado a Malvinas para abastecerse de agua, trajo el mobiliario para el ama y las provisiones que le encargara Vernet.

Mariano y los peones ya están descargando cama, repisas, arcones, mesas y sillas. Las bolsas de harina son las más esperadas, y las de azúcar. También las garrafas de aguardiente para la fabricación de licores.

Trae noticias, y María lo ha invitado a comer. De esta manera —supone—, la conversación será general y no podrán ocultarle nada.

—Hay muchos rumores en Buenos Aires, gobernador, pero lo único cierto es que el cónsul americano ha protestado. En Fuerte Protector, donde hice escala, ya se sabe.

—A mí no me importan esas protestas, siempre que el gobierno nacional me respalde, capitán. Debo cuidar además mis intereses, al igual que los colonos. He comprometido toda mi fortuna en esto.

—Slacum, el cónsul norteamericano en Buenos Aires, es un hombre peligroso, demasiado exaltado. A ellos sólo les interesa pescar, pero él lo ha tomado como una cuestión de orgullo nacional. El gobierno norteamericano aún no ha intervenido.

—¿Lo hará, capitán Bruks? ¿Qué cree usted? —parpadea ansiosamente María.

—No te inquietes, querida —Vernet le palmea la mano—. Haremos lo que el gobierno argentino disponga. Por lo pronto, las goletas han sido detenidas obedeciendo sus órdenes. Y si las autoridades deciden que será la justicia de Buenos Aires la que ha de juzgarlas, yo mismo las llevaré.

—¡A Buenos Aires, Luis! ¿Y podremos ir con los niños y llevar a Malvinita para que la familia la conozca y cristianarla en el Pilar? —María casi ha olvidado los motivos del viaje.

Levitones furiosos. Bruks cargados con pertrechos de guerra. Nubes deshilachadas y sucias. Muchachas tristes. Hombres sin pies. Por sus pesadillas desfilan, persistentes, las imágenes que, durante la mañana, se disolverán en agua jabonosa y leche hirviendo. La costura, y la posibilidad de viajar y ver a su familia, no le permiten sujetarse al miedo. ¿Acaso en Buenos Aires no lo hay? El pueblo gira alrededor de tres caudillos: Rosas, Estanislao López, Quiroga. Y una cinta punzó da vueltas en espiral hasta llegar al punto en que, victoriosa, dibuja el perfil de su líder.

Por la sequía, los animales mueren de a miles, y los que se salvan es gracias a la gran cantidad de lagunas del campo bonaerense. Por qué entonces Malvinas estaría excluida de las catástrofes. No. No debe pensar así. Sólo son asuntos comerciales: los norteamericanos se niegan a pagar, y Vernet debe recaudar para el gobierno de Buenos Aires. Simple y no complejo como ella se empeña en verlo. Simple, como el bordado que ha emprendido con la esperanza de ver a su hija menor en la pila bautismal. Simple como las flores de primavera que ya comienzan a brotar a pesar del frío y del infatigable viento.

Ya sabe cómo es el mundo. Y la gente.

Entonces María contempla los retratos familiares y se dice que en ellos también puede encontrar una isla. En Buenos Aires están los que quieren llamar a un congreso constituyente para imponer trabas a la entrada de manufacturas extranjeras. Tal vez fuesen esos rumores los que alienten a los representantes de Gran Bretaña y Estados Unidos a tomar represalias contra cualquiera que los afecte económicamente. Se lo ha escuchado decir a Vernet y tal vez sea así. Pero sólo hay que aclarar que la

actitud del gobernador no nace de la enemistad, sino de la obligación de cumplir con sus funciones de recaudador.

La dócil aguja forma pétalos y hojas. Blanca la batista y rosa el bordado; con un poco de verde, muy poco. Delicada blancura, como corresponde para una niña pequeña. Si llegaran a ir, escoltando las goletas prisioneras, ¿cuántos meses tendría Malvinita al llegar? ¿Ocho, nueve? Mira el reloj; las diez y Vernet aún no ha regresado. Reuniones con los capitanes norteamericanos. Reuniones con Brisbane, Metcalf, Dickson y demás colaboradores. Visitas al campo de pastoreo, a la estancia, al saladero, a la huerta... Lo nota cansado. Hay un brillo en los ojos de Luis que la preocupa: parece fiebre pero no lo es. Emilio dice que a su hermano, cuando hay que presentar pelea, los ojos se le ponen así.

El reloj le recuerda que con lo mucho que hay que hacer durante el día, lo mejor es que rindan las horas del descanso.

Toma el portavelas de la mesa de trabajo y se fija si no se ha olvidado de poner en su sitio el vestido del bautizo; no fuera a ensuciarse. El viento levanta tierra y se filtra por las rendijas, a pesar de todos los recaudos.

Bajo los edredones, piensa en la travesía pasada y en la que la espera, y en aquella vez que los lustrosos lomos de las ballenas emergieron, oscuros, aceitosos. Altos chorros de agua y coletazos que partían las olas, y la entereza de los insignificantes espectadores. Allá arriba, llenando el aire frío con las exclamaciones de admirativo terror, trataban de creer las palabras del capitán: “Sólo están jugando”.

Los loberos surcan el terrible océano con embarcaciones más pequeñas. Y no dejan de surcarlo aunque se les prohíba hacerlo. ¿Acaso puede más el afán de dinero que el amor? Una y otra vez debería ella estar dispuesta a atravesar el mar: ama a su isla Soledad, ama a su gente, y ama a su familia y a esa ciudad donde ha crecido. Verá a quienes tanto ha añorado, y volverá a las Islas con regalos para cada uno de los colonos. A espantar entonces la desazón agorera. Y a dormir.

56

"Los gobiernos y los monarcas son ficciones que adquieren realidad cuando nos afectan directamente", había dicho miss Nims cuando María le preguntó qué opinaba de su rey. Entonces se dijo que era una típica respuesta inglesa: la lucha de ellos se remontaba a los tiempos, y tal vez la hubieran olvidado; no era como la de la Argentina, en que apenas enterrados los muertos por la Independencia, ya todos estaban divididos, olvidando que pertenecían a la misma patria. Sobre aquella valiente sangre libertadora, está la fratricida, inexcusable, despiadada.

Ahora, mientras desayuna con los niños, reflexiona que tal vez su amiga tuviera razón. A la espera de una resolución de Buenos Aires, hace equilibrio entre su voluntad de quedarse y su voluntad de ir. Y piensa en los gestos del gobierno como en los de alguien que preside una mesa y no parece darse cuenta del honor que le han hecho sus anfitriones.

Domitila ceba y María chupa de la bombilla, abstraída.

A cada rato, eso sí, se fija en Sofía, que se está las horas con su tazón de leche; en Luis Emilio, que mete los dedos en el dulce del pastel para llevárselos a la boca; en Luisita, que come la miga del pan y deja la corteza. Vigila a sus hijos. Pero también vigila sus pensamientos; se le ha dado por pensar en aquello que dijera el negro Gabino cuando lo de Julia, aunque sabe que son supersticiones contrarias a la religión. ¿Cómo iba su buena negra a saber —mucho antes de que se la regalara—, que la amortajarían con una capa de seda? Sin embargo, Gabino asegura que sí lo sabía porque lo había visto en un sueño y que en ellos mandan sus mensajes las fuerzas ocultas.

Los matanzeros, quinteros, libertos, que antes seguían a Dorrego, veneran a Rosas. Gabino dice que ellos han invocado a dioses del África para que les enviaran al Restaurador, que los negros lo han hecho y que por eso él los protege. Reprimió sus deseos de decirle que entonces los invocara para que protegieran las Islas y a todos los argentinos.

Elisa es la primera en enterarse. Está con los niños en la galería

cuando oye decir al gobernador —que llega con Loreto y Emilio—: “Habrá que partir pronto”.

En las sesiones de costura, misia María ha estado ansiosa. Pero Elisa evita imaginar el instante: la sola idea de que sus planes puedan alterarse, la enferma. Y ahora, sucedía.

Con Mariano, que en los ratos libres cava el pozo para el agua, levanta paredes, arregla techos, carpe la tierra, sólo hablan de la boda. Tal vez su señora, que le teme tanto al mar, decida quedarse... Tal vez no quiera exponer a los niños... Entonces por qué borda sin pausa el vestido de Malvinita... La asedia un sentimiento de rebeldía: ¡justo ahora! Pero ¿por qué, por qué? Su padre anda mal de salud, y cada día repite que no quiere morirse antes de verla casada.

Sin el gobernador la boda no podría realizarse y además misia María iba a ser su madrina, ya se lo ha prometido.

Hace entrar a los niños. El gesto risueño que suele acompañarla se ha borrado.

Todos están en el escritorio. Deberá esperar. Va a la cocina. Gregoria, que acaba de servir té a los hombres, dice:

—Misia María se abrazó al gobernador. Se van todos.

—¿Cuándo?

—No lo escuché. Pero por las caras, parece que mucho no ha de faltar.

El llanto no siempre alivia. El de Elisa parece ir llenándola de una ira que no es contra nadie, sino contra el destino. Está ligada a esa familia por lazos de afecto y, como ama de los niños, su obligación es acompañarlos. Apenas pueda hablar con los señores pedirá salir. Tiene que verse con Mariano.

57

A Elisa el paisaje le parece más hostil. Mira el caserío y comienza a despedirse.

Busca distintas maneras de contárselo a Mariano. Se siente mala por causarle un mal. Se siente fea porque ha llorado mucho. Y se siente ingrata e impotente.

El hueco de la ventana que él ya ha cubierto con vidrio, el pozo que cavó y el retoño de un árbol recién plantado, parecen reprocharle. No es mi culpa, quisiera gritar.

—Misia María sufre por mí. Prometió aumentarme la paga y completarnos el ajuar.

—¿Y qué gano yo con tu partida, Elisa?

—Las cosas que traeré de Buenos Aires, y el dinero, son para los dos.

—Sin nada te quiero, Elisa. ¿No puedes negarte?

—Sabes que no es posible.

Mariano entonces se acerca y la abraza.

Elisa lo conduce hasta el cuarto que Mariano ha comenzado a blanquear. Y en la cama, que tanto tiempo esperaran, sin sábanas todavía, ella aprende con su cuerpo lo que sus palabras se negaron a decir: que pertenece a este hombre sin papeles, sin ceremonia, sin cura. Por eso le quita la ropa mientras él le murmura su deseo. Un viento como el de Malvinas, gime, alborota, arrastra, hunde. Y un vaho caliente sube en el aire frío y los envuelve.

58

Cuando los lienzos blancos, uno a uno, van cubriendo los muebles, es como si un grupo de fantasmas comenzara a rodearla. El piano disimula sus formas, esquivo. Y los retratos amortajados le muestran la cara oculta de su propio miedo.

En la estancia desguarnecida, incolora, María, de vestido azul, es una gran flor en un campo de nieve.

Se han alterado los sonidos: baúles que se abren y se cierran y rechinan en sus goznes, bultos que se arrastran... El aroma a mermeladas y jaleas ha desplazado a los otros. No quedan frascos libres. Se buscaron en los roperos plumas de pájaro niño, pieles de foca y de lobos de uno y dos pelos, que asombrarán en Buenos Aires. La negra Benita y su niño también viajarán: se la ha destinado al servicio de los Sáez.

Gregoria se empeña en llevar canastas con huevos de abritanda y pájaro niño, para sorprender a sus vecinas.

—Ya tendrás oportunidad de demostrar tus dotes de cocinera malvinense, Gregoria. Los que visiten la casa de mi madre querrán conocer qué comemos aquí: manjares exóticos para la mesa de los señoritos.

La tarea más difícil será despedirse.

María abre su casa para todos los vecinos que quieran darle cartas y encomiendas. También va a saludar a aquellos amigos que ya le hicieron saber que extrañarán sus veladas de música y canto. Nadie dejará de ir a la playa para ver zarpar las goletas.

Los colaboradores directos del gobernador esperan las directivas.

Brisbane y otros están confeccionando un manifiesto en el que se comprometen a acatar las decisiones de Vernet y a obedecer a aquél designado para reemplazarlo durante su ausencia temporaria. Y aclaran: *siempre que se tome el paso importante que se ha solicitado.* Vernet sabe bien que dicho paso se refiere a que nadie, salvo los pobladores, pueda pescar en la zona.

Reina gran agitación. En la isla Soledad se anticipa el vacío de la

partida. Los marinos extranjeros que han dotado al lugar de una animación inusual, saben que sus días allí están contados; en el almacén hacen bromas y se ríen. No hay en ellos el resquemor del que debe enfrentarse a un juicio. Salen y se emborrachan; las tabernas de otros puertos, más luminosas y frecuentadas, les recorren la sangre y la memoria. Por eso soportan las miradas torvas y achinadas. Ya volverán ellos a tener las tripas calientes en sitios menos desiertos y ventosos. Pescar y cazar es un trabajo que los lleva lejos, al fin del mundo. Pero tienen muy claro donde está el mundo de verdad.

El más desolado es Mariano, que no ha pasado día sin ir en busca de Elisa. Su reclamo vuelve torpes las manos del ama y le enturbia los ojos. Esto que ha crecido entre ellos no podrá malograrse, le asegura Elisa. Él argumenta que en una sociedad pequeña tal vez haya resultado más fácil ser el elegido, y que en una ciudad como Buenos Aires, con tantos mozos elegantes…

Cuando encuentran un momento libre en sus trabajos, corren a la casa a medio hacer. Las sábanas que Elisa bordara en noches de insomnio, son las que tienden sobre la cama ansiosa.

Debajo del quillango hacen el amor y planifican. Necesitan certezas. No ha habido tiempo para encender el fuego: tiritando se desnudan, ateridos buscan el calor de sus pliegues tibios. El endemoniado mañana les tiende trampas a los ilusos. Pero igual se ilusionan. El hoy huele a cuerpo joven, a deseo. Y se aprietan el uno contra el otro, hablando del futuro.

Metcalf administrará y Brisbane quedará a cargo de las Islas.

Las velas blanquean aún más los rostros nerviosos. Emilio, Loreto, Luis Vernet y colaboradores se pasan documentos, estampan sellos, firman. El humo del tabaco y la tensión les enrojecen los ojos.

La negra encargada del servicio ha mandado a su ayudante para que hiciera correr la voz: “Metcalf y Brisbane a cargo”. Cada sirviente, cada peón, quiere estar seguro de que continuarán pagándole. El gobernador les ha prometido traer los pesos fuertes necesarios. Basta de vales. Dinero en serio, reclaman, para hacerlo valer también en el continente.

Los hombres apuran las copas. Las empanadas queman y pican, así se entra en calor. Hablan de Slacum, de su soberbia; de Rosas, de su predilección por los hombres que saben bolear. Y de la intolerancia que señorea.

59

María se dice que ninguna pena ni preocupación deben enturbiar este viaje de ida y vuelta. Verá a los suyos y les dirá lo que por pudor o pereza no les ha escrito. Mientras empaca construye diálogos, imagina gestos y caricias. A la travesía en barco debe llamarla: paréntesis. A las despedidas: saludos.

Su emotiva actividad contagia a Benita y a Gregoria. Marta, que con su marido es la encargada de vigilar que todo siga marchando durante la ausencia de sus patrones, también mueve cajas y baúles.

—Está bien ya, Domitila, deja de cebar y ve a darle una mano a Elisa —dice María, preocupada por el ama.

Elisa acomoda en los arcones con los pequeños que revolotean y quieren llevar también su soldadito, su pelota, su caballo de madera, su muñeca, su juego de té; hasta han pedido ir a buscar a don Cosme a la colonia de pingüinos. Leonor la ayuda, pero la pobre, con un niño a cuestas y un marido sin pies, no es mucho lo que puede hacer.

—Por favor, María, en cuanto te desocupes ven a la sala que quiero hablarte —dice Vernet desde el vano de la puerta y con típico asombro masculino: la colcha ha desaparecido bajo faldas de tafetán, y el sillón es ahora un gran peinetón que se asoma por sobre una mantilla de vivos colores. ¿Su mujer tendrá idea de que van con naves prisioneras y en misión difícil?

En cuanto ella lo mira a los ojos no le cabe duda: A María no se le ha escapado nada. Pero quiere vivir el acontecimiento con felicidad, y se aturde con telas y volados.

—¿Mañana, misia María?

—Sí, Gregoria, ya sabes que es mañana. ¿Por qué preguntas, entonces?

—Porque el ama me ha dicho que ojalá suceda algo y no tengamos que partir. Y como recién el señor dijo que necesita hablarle…

María se siente como si hubiese estado tratando de doblar un

inmenso edredón de plumas: moviendo sin cesar los brazos y sin embargo clavada en el piso. Bastante bamboleo la espera en alta mar. La casa la envuelve, la abriga. Los sirvientes se desviven por complacerla. Y ella recorre las habitaciones y arregla un paño que se ha descorrido, alisa una cortina, endereza un cuadro que bajo su máscara blanca se declara en rebeldía y en cuanto ella le toca un vértice y cree haberlo puesto como corresponde, vuelve a su estar oblicuo, igual que si colgara en el barco y a voluntad del oleaje.

Luis le señala uno de los asientos que ha quedado sin cubrir.

—Debemos estar alertas —dice—. Para los de la *Harriet* y los de la *Breakwater* nosotros somos los piratas. Su gobierno es poderoso y les ha inculcado que aquel que perjudica sus negocios, debe ser perseguido y castigado. No te irritarás aunque te provoquen. Sé cómo amas a tu patria y cuánto te indignan los que la avasallan. Yo he crecido en Europa y he atravesado los océanos y las luchas, tanto políticas como religiosas. Para salir indemne hay que fortalecer el carácter y no mostrar flancos débiles aunque se los tenga. Negociar es el secreto. Aquí hemos puesto mucho más que tiempo, trabajo, dinero, sacrificio... Mucho más, y tú lo sabes, María.

—Lo sé, Luis. Por supuesto que lo sé. Pero saber no quita la indignación. Hubo un tiempo en que nadie pareció reparar en este sitio. Yo misma, si no fuera por tu mirada visionaria, me hubiese olvidado de que estas islas también son mi patria. Y de pronto, por vivir aquí, mi mirada cambia. La lejanía me permitió ver Buenos Aires de otro modo. Y también pensar en Inglaterra y en los Estados Unidos de otra manera. Aquí las noticias llegan más tarde que en el continente, pero sedimentan. Y pasan los días y uno aprende y reflexiona, porque habrá que esperar una eternidad para saber cómo continúa aquello que nos inquietó. No te preocupes por mí, Luis, yo sabré estar a la altura de las circunstancias.

—¿Dónde quedó mi temerosa María? —le acaricia la mejilla.

—Aquí —se señala—. Sigo temiendo. Pero estoy dispuesta: a ir, a volver... —le extiende los brazos. Vernet se acerca y se inclina. María le rodea la cintura y él apoya su cara sobre la cabeza de su mujer.

Más tarde, cuando el último baúl estuvo cerrado, un suspiro de alivio le liberó el pecho. Sí, se dijo María, ahora sólo falta el viaje. Y sonríe pensando en la ironía: ahora sólo falta el mar embravecido, las olas como otro cielo, la goleta un juguete... Y esos días de calma, sin viento para hinchar las velas y ellos meciéndose, meciéndose muy poco, lo suficiente para enloquecer el estómago, hasta por fin divisar el campanario de la catedral y el fuerte de Buenos Aires y los carretones de desembarco y las olitas pardas.

—Ven a dormir —le había dicho Luis—. Aprovecha la cama

confortable.

Y ahí está, el pelo derramado en la almohada y la expresión tranquila, aunque el alma sea un tembladeral.

Un tajo imprevisto en la rutina diaria: dejar las islas. Pero, por otro lado, qué alegría incontenible volver a su casa, a las amigas —aprenderá los bailes nuevos— y, sobre todo, abrazar a su madre. Le gustará ver otra vez a Luis, aunque sea por unos pocos días, vestido de levita. Todo sería perfecto: el paseo, la presentación en sociedad de su hija isleña, la gota de abandono y frivolidad que le estaba haciendo falta, si no fuera…

El sueño viene, y con él una imagen tan inmaterial y a la vez tan vívida, como sólo pueden ser las de duermevela. ¿Está despierta o dormida? ¿Qué es este carruaje dorado que ve, refulgente, en donde brilla el pecho enjoyado con medallas y cintas punzó de un hombre hermoso y rubio como un semidiós? A su lado va una mujer de ceño adusto y peinetón orondo: ¡doña Encarnación! Y se ve ella misma uncida al carruaje, con otros que deben tirar de él, morenos y doctores, petimetres y damitas, todos, todos, en lugar de los caballos, asidos de los cordones rojos.

Pero ahora el carruaje va perdiendo sus oros, va tomando una geografía que ella bien conoce: ¡las islas! Y algo las arranca de cuajo como a árboles, al aire las raíces, que se han desprendido con un quejido sordo; no son ya los ciudadanos sino goletas de distintas banderas las que tiran de ellas y las arrastran dejando en el camino una huella de sangre.

—¡Luis!

—Está bien, está bien, has estado soñando.

Desayuno, reprimendas, recomendaciones. Gregoria y Benita, de pañuelo en la cabeza y pañoleta, trajinan con los bultos para disimular las emociones.

María entra en el salón desierto, los muebles enfundados, el aire quieto. Aún flota su perfume.

Recuerda el lugar de cada cosa: el reloj, el mate de su abuelo. Apenas vuelvan, ellos también volverán a ver la luz.

Debajo del blanco lienzo, la muchacha fresca, de bucles, que fue, la aguardará hasta su regreso.

Allí quedan notas, cantos, risas, suspiros… Cierra la puerta muy despacio, para que no se escapen.

Afuera, el ama ya se ha despedido de Mariano, pero están juntos, tomados de las manos. María contiene a los niños para que no los

molesten.

Uno a uno, los colonos saludan respetuosamente. Los peones ven partir al gobernador desde un poco más atrás. Adelante están Brisbane, Metcalf, Guillermo Dickson y Juan Simón, que se ocuparán de que la colonia siga marchando y de los intereses de Vernet. Son los últimos en despedirse.

Los tripulantes aguardan ya a bordo. Los Vernet suben al bote que los conducirá a la goleta y hay un silencio extraño, de ceremonia, que no logran quebrar los gritos y órdenes en inglés de los capitanes capturados.

Ya dejan atrás la protección de la bahía para salir a mar abierto. Las poderosas olas se levantan, mudas. Los también silenciosos pasajeros miran las siluetas apenas visibles de los que fueron a despedirlos. María, de pie, apoyada en la barandilla, ve las gaviotas que acompañan a la nave: sabe que pronto volverán a tierra. ¿Y ella? Allí quedan sus costas bajas, su casa de piedra, sus libros y su piano. También los amigos, los colonos esperanzados y laboriosos, los negros de bulla dominguera, su huerto y su pan. Su tierra de leche y miel.

Su castillo.

Epílogo

Vernet llega a Buenos Aires el 19 de noviembre con la *Harriet;* la *Breakwater* logra eludir la justicia argentina y huye a Stonnington, desde donde eleva su queja al gobierno norteamericano.

Enterado de estas nuevas en el Río de la Plata, el capitán Silas Duncan, al mando de la corbeta norteamericana de guerra *Lexington,* comunica al cónsul Slacum que se dirige a Malvinas para "someter a los piratas" (las autoridades argentinas).

La *Lexington* pide entrada con falsa bandera francesa (bandera amiga), y por eso se le permite fondear en Puerto Soledad el 28 de diciembre de 1831.

Duncan clava la artillería, saquea las casas —en especial la del gobernador— destruye pertenencias, secuestra y mata animales. Detiene a los colonos que no pudieron escapar —entre ellos está Jacinto, el panadero— y los envía a Montevideo en febrero de 1832. El peón llamado Mariano, no se sabe con certeza si quedó en las islas o fue deportado con los demás.

Se producen reclamos y se suspenden temporalmente las relaciones diplomáticas entre Argentina y Estados Unidos. Pero a los norteamericanos no les interesaban las islas, sino lucrar con la pesca y no pagar impuestos, y esto lo consiguen a partir del asalto de la *Lexington.*

Rosas nombra comandante de las Malvinas, mientras durase la ausencia de Vernet, al mayor de artillería Esteban Mestivier. Poco tiempo después —octubre de 1832—, José María Pinedo, en nombre del gobierno de Buenos Aires, llega a la isla Soledad, comandando la Sarandí, con presos comunes, para fundar una colonia penal.

Mientras Pinedo patrulla las costas, el 30 de noviembre los presos se sublevan y matan a Mestivier. A su regreso a Soledad, en diciembre, Pinedo restituye el orden.

El 2 de enero de 1833, la fragata inglesa *Clío,* con Oslow al mando, desembarca en Soledad y obliga a Pinedo, que tenía pocas fuerzas para

resistir, a arriar la bandera argentina e izar la inglesa. Se suceden los buques británicos, la pesca indiscriminada y la caza de ganado ajeno. Durante años las islas carecieron de habitantes permanentes, salvo el pequeño destacamento de la *Royal Navy.* Mucho tiempo después llegaron los colonos británicos con el fin de poblar las islas. Desde la invasión de la *Clío* detentan la soberanía. Y allí comienzan los reclamos argentinos, que no han cesado hasta la fecha. Según los historiadores de uno y otro signo, en los primeros tiempos, el escollo principal para negociar con Inglaterra se debió al empréstito Baring firmado el 7 de julio de 1824 que, en el momento del atropello de la fragata inglesa, se hallaba impago en su totalidad. En el año 1842, Rosas instruyó a Manuel Moreno, ministro argentino en Londres, para negociar y solucionar el problema del crédito, pero las gestiones fracasaron. Hay quienes afirman que las Malvinas fueron la prenda de la negociación. Por lo dicho, en 1833, la Argentina no estaba en condiciones de pagar la deuda y, por ello, protestar con firmeza.

El 26 de agosto de 1833, Brisbane, Metcalf, Dickson, Simón y Wagner —que custodiaban los intereses de Vernet en las islas— son asesinados en un levantamiento encabezado por el gaucho Rivero, quien los acusa de servir a Inglaterra. La historiografía argentina aún no se ha puesto de acuerdo sobre este suceso: para algunos se trató de una rebelión fundada en la paga y el descontento; para otros, Rivero es un héroe que reivindicó los derechos y volvió a izar la bandera nacional.

María Vernet, que había nacido en la Banda Oriental el 19 de noviembre de 1800, murió en Buenos Aires el 25 de marzo de 1858. Tuvo siete hijos; los tres últimos después de abandonar las islas.

Luis Vernet, había nacido en Hamburgo el 6 de marzo de 1791. Fue nombrado gobernador y comandante político y militar por el gobierno de Dorrego, confirmado luego por la revolución unitaria de Lavalle, y finalmente por Rosas. Murió, sin fortuna, en su quinta de San Isidro, rodeado del reconocimiento de sus contemporáneos. Hasta 1858, continuó reclamando ante el gobierno británico. Malvina, nacida en las Islas, vivió noventa y cuatro años y reivindicó siempre ante el periodismo mundial, su nacimiento en el archipiélago y los reclamos argentinos. Paradójicamente, se casó con el comandante norteamericano Greenleaf Cilley, quien la apoyó en la causa Malvinas y admiró siempre a Vernet, que sin ser marino se atrevió a surcar los difíciles mares australes en varias ocasiones. Cilley, ante el consulado de Estados Unidos en Buenos Aires, protocolizó, de puño y letra, su desagravio personal ante el atropello de su país.

Bibliografía

"Diario de María Sáez de Vernet", que nos hiciera conocer, amablemente, Luis V. Noailles.

"Historia viva. 1816-1866." Diario *La Razón.*

Ricardo Luis Quellet: "Historia política de las Malvinas".

Juan Carlos Coria: *Pasado y Presente de los negros en Buenos Aires.* Editorial Julio A. Roca.

José María Rosa: *Historia Argentina.* Tomo IV. Editorial Oriente.

Discurso pronunciado por Ernesto Cilley Hernández, nieto de Malvina Vernet de Cilley en ocasión de inaugurarse el Centro Cultural "Las Malvinas".

Jorge A. Fraga: *La Argentina y el Atlántico Sur.*

Mario Tesler. *El gaucho Rivero.* Editorial Peña Lillo.

"Nuestra Soberanía en las Islas Malvinas", Revista Notarial, La Plata.

"El derecho de la República Argentina a las Islas Malvinas". Informe presentado al gobierno de Buenos Aires el 10 de agosto de 1832 por Luis Vernet. Archivo General de la Nación. Sala VII: personajes.

Camilo Rodríguez Berruti: *Malvinas, última frontera del colonialismo.* Buenos Aires, Eudeba.

Ricardo Zorraquín Becú: "Los grupos sociales en la revolución de mayo".

En Historia, tomo IV, n° 22.

"Antonio Rivero, el gaucho de las Malvinas". En: Todo es Historia, año 2, número XX, diciembre de 1968.

Lily Sosa de Newton: *Las argentinas de ayer a hoy.* Editorial Plus Ultra.

Carlos Alberto Floria y César García Belsunce: *Historia de los Argentinos.* Editorial Larousse.

Carlos J. Mosquera: *La conciencia territorial Argentina.* Editorial Círculo Militar.

Vicente Sierra: *Historia Argentina.*

Carlos Vega: *Danzas y canciones argentinas.* Buenos Aires, 1936.

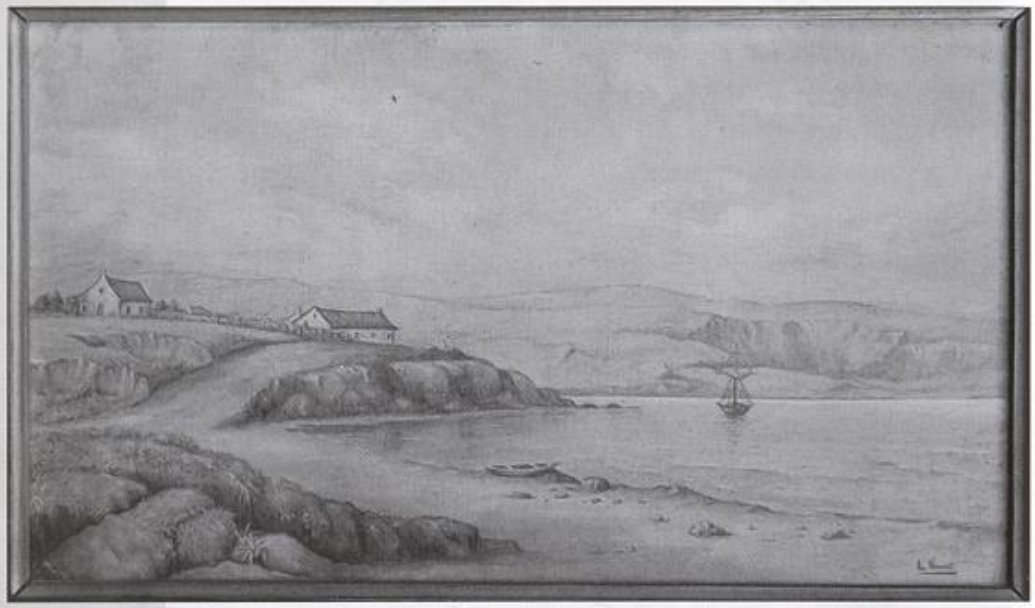
"Literatura y folklore", Tomo I, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968.

algunas imágenes...

Recuerdos

1829-1831

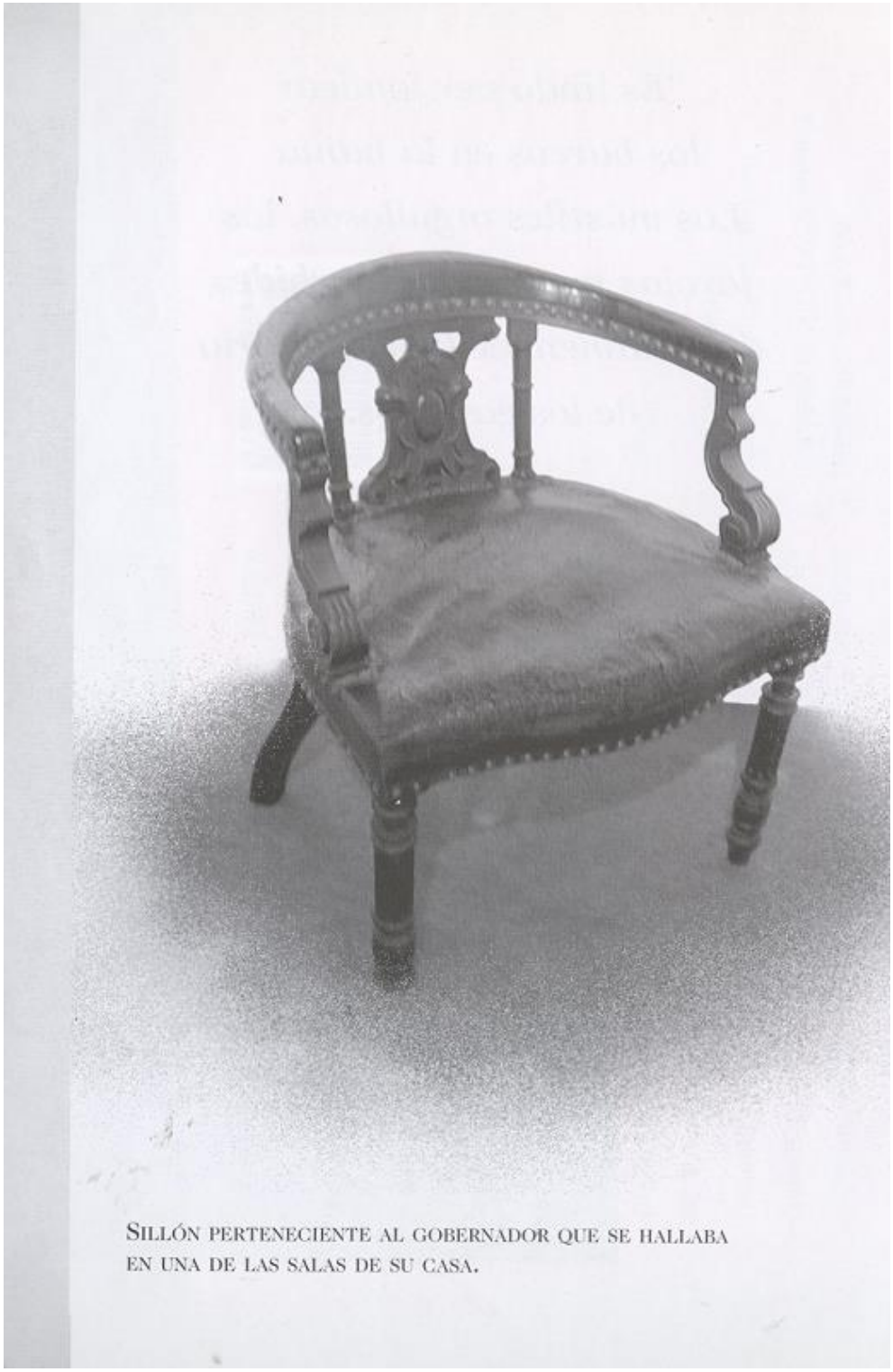
"Islas Malvinas, 1829" Primeras casas de piedra construidas por el gobernador Vernet. Óleo sobre tela realizado por Luisa Vernet Lavalle de Lloveras.



"Ese océano vasto
que aguarda, apenas más
allá, sabe, como los marinos
que lo surcan, que la quietud
maternal de la bahía
significa en sus vidas
sólo un instante."

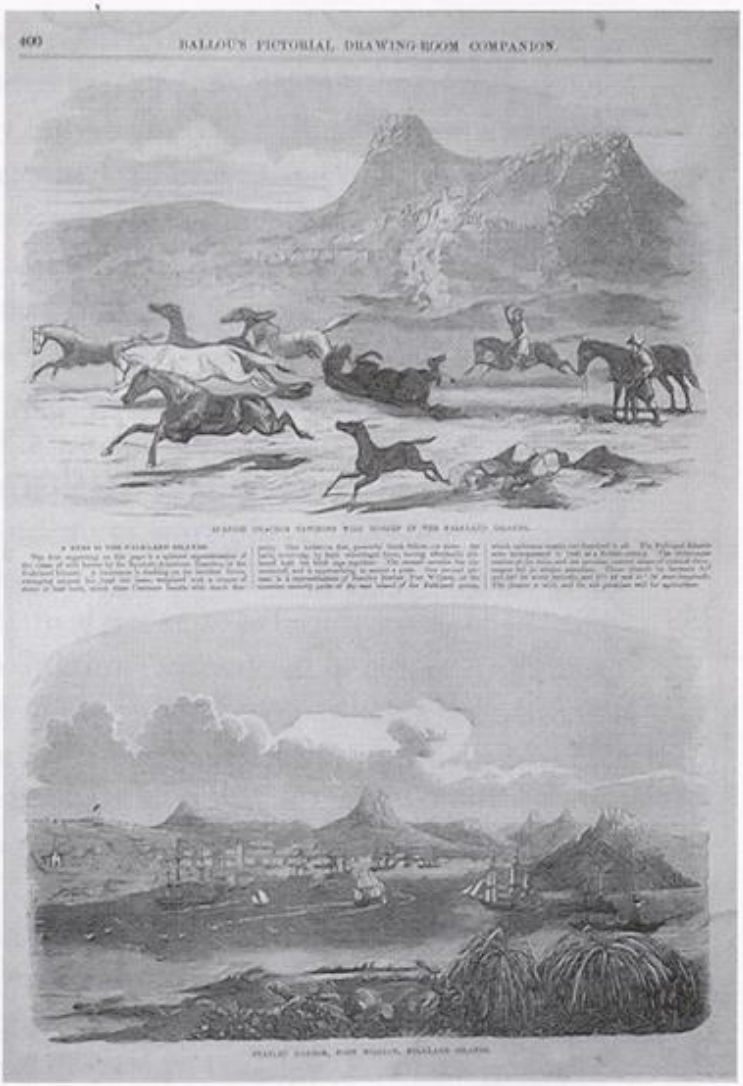
"Es lindo ver fondear
los barcos en la bahía.
Los mástiles orgullosos, las
jarcias tensas y la morbidez
del velamen, cediendo al brío
de los gavieros."

"Fragata Heroína" Acuarela sobre papel
realizada por Emilio Biggeri, 1965.
Representa el momento en que David Jewett –capitán de la fragata armada en corso– toma posesión de las islas en nombre de las Provencias Unidas del Río de la Plata, e iza la bandera argentina en Puerto Soledad, el 6 de noviembre de 1820.



SILLÓN PERTENECIENTE AL GOBERNADOR QUE SE HALLABA EN UNA DE LAS SALAS DE SU CASA.

IMÁGENES PUBLICADAS EN UNA REVISTA BRITÁNICA DE LA ÉPOCA.



"Los ingleses miran hacia el sur de América con los ojos de la experiencia: y ven aquí la riqueza y el futuro."

"Retrato de don Luis Vernet" Óleo sobre tela
realizado por Luisa Vernet Lavalle de Lloveras.

"Vernet, el entrecejo fruncido,
mira las nubes bajas, agoreras."

Agradecimiento:
Las imágenes que aparecen
en estas páginas son gentileza
del Museo Histórico Nacional.